

FUERTE COMO LA MUERTE
(Novela)

Guy de Maupassant

PRIMERA PARTE

I

Por la abierta claraboya del techo se difundía la luz en el ancho estudio. Era aquélla como un gran cuadrado de luz brillante y azulada, un espacio abierto sobre un infinito lejano de azul, por el que pasaban rápidamente bandadas de pájaros.

Pero apenas se entraba en la pieza, alta de techo y tapizada, la alegre claridad del cielo parecía como que se atenuaba dulcemente durmiéndose sobre los paños, muriendo en los huecos de las puertas, apenas alumbrando los rincones sombríos, en los que únicamente brillaban como llamaradas los marcos dorados. La paz y el sueño, esa paz de la casa del artista en que el alma humana trabaja, parecían esclavizadas allí.

En paredes como aquéllas en donde el pensamiento mora y se agita agotándose en esfuerzos violentos, parece que todo está fatigado y anonadado cuando aquél reposa.

Todo resulta inmóvil después de aquellas crisis de la vida; todo descansa; los muebles, los paños, los grandes personajes sin terminar en las telas manchadas de color, como si la mansión entera sufriese con el cansancio del dueño y hubiese trabajado con él tomando parte a diario en la lucha sin cesar renovada.

Un leve olor mareante de pintura, de trementina y tabaco a la vez, flotaba en el ambiente y empapaba los tapices y los muebles. No turbaba ruido alguno el solemne silencio fuera de los gritos vivos y rápidos de las golondrinas que pasaban sobre la cristalería abierta, y el grave rumor de Paris, apenas perceptible más arriba de las techumbres. Dentro del estudio, todo permanecía inmóvil, excepto la intermitente nubecilla de humo del cigarro que Oliverio Bertín, medio echado en un diván, fumaba perezosamente.

Con la mirada perdida en las lejanías del cielo, buscaba asunto para su nuevo cuadro. ¿Cuál sería éste? Nada sabía aún. No era Oliverio artista resuelto y seguro de sí mismo; sino espíritu inquieto de inspiración indecisa, que vacilaba a cada paso, entre todas las manifestaciones del arte. Rico, de buena cuna, poseedor de todos los honores, se encontraba al pie de la etapa de la vida, sin saber hacia cuál ideal había marchado.

Había sido becado en Roma, defensor de la tradición, evocador, como tantos otros, de las grandes escenas de la Historia.

Luego había modernizado sus tendencias y pintado hombres de hoy con recuerdos clásicos.

Inteligente, entusiasta, tenaz para el trabajo, cambiando de ideal frecuentemente, enamorado de su arte, que conocía maravillosamente, había adquirido, gracias a la penetración de su espíritu, habilidades de procedimiento verdaderamente notables y gran flexibilidad de talento, debido en parte a aquellas sus dudas y vacilaciones en las tentativas sobre diversos géneros.

Tal vez la admiración brusca del público por sus trabajos llenos de elegancia, correctos y distinguidos, había influido sobre su temperamento, impidiendo que fuese lo que, normalmente hubiera sido de otro modo.

Desde el triunfo de su “debut”, le preocupaba, sin darse cuenta de ello, el afán de gustar siempre, y esto torcía secretamente su rumbo y atenuaba sus convicciones.

Aquel deseo de agradar aparecía en él con todas las formas y había contribuido no poco a su reputación.

El agrado de sus maneras, las costumbres todas de su vida, el propio cuidado de su persona, su antiguo crédito de fuerza y destreza, de habilidad con la esgrima y la equitación, eran un conjunto de pequeñas notoriedades acumuladas a su creciente celebridad.

A partir de “Cleopatra”, el primer cuadro que dio lustre a su nombre, París se apasionó bruscamente por él, adoptándolo y festejándolo, y fue de pronto uno de esos brillantes artistas del gran mundo que pasean por el Bosque, a quienes los salones miman, y que la Academia acoge desde su juventud. Era, pues, un conquistador por el voto de París entero.

La fortuna lo había llevado con mimos y caricias hasta la edad madura.

Bajo la influencia de aquel hermoso día que palpitaba afuera, buscaba Oliverio un asunto poético.

Estaba un tanto aletargado por el almuerzo y el cigarro, y soñaba con los ojos hundidos en el espacio, dibujando sobre el azul del cielo rápidas y graciosas figuras de mujer en una avenida del bosque o en la acera de una calle, enamorados a la orilla del agua y buena porción de fantasías galantes que llenaban su espíritu.

Las cambiantes imágenes se contorneaban sobre el cielo vagas e inmóviles, con la alucinación colorista de su mirada, y los revuelos rápidos de las golondrinas, parecidos a flechas disparadas, asemejaban rayas tiradas sobre los dibujos, como rasgos instantáneos de una pluma.

Y Oliverio no daba con el asunto.

Todas las figuras entrevistas se parecían a las que ya había hecho; todas las mujeres eran hijas o hermanas de otras ya creadas por su capricho de artista, y el temor vago de que estaba impotente para el arte hacía un año, el miedo de estar agotado, de haber gastado sus facultades, de haber consumido su inspiración, se apoderaba de él en aquella meditación y por aquella dificultad para soñar nuevamente y descubrir una vez más lo desconocido.

Se levantó con dejadez para buscar en el lienzo lo que su pensamiento no hallaba, esperando que haciendo dibujos al azar surgiría de pronto la idea tenaz y rebelde.

Sin dejar de hacer bocanadas con el cigarro, sembró líneas y rasgos rápidos con la punta de su difumino; pero cansado de aquellas vanas tentativas, agobiado el espíritu, arrojó el cigarro, silbó una canción popular y recogió de una silla con algún trabajo unas pesadas esferas de gimnasia.

Levantó con la otra mano una cortina corrediza, que ocultaba el espejo que le servía para apreciar la exactitud de las posturas del modelo y medir las perspectivas para obtener la verdad exacta, y colocándose delante, probó los músculos mirándose en el espejo.

Había tenido fama en los estudios de artista por su fuerza, como la tuvo luego en la sociedad por su belleza varonil.

La edad, no obstante, pesaba sobre él y lo entorpecía.

Era Oliverio alto, de ancha espalda y pecho lleno, pero había echado vientre, como los antiguos luchadores, aunque hacía esgrima y montaba todos los días.

Tan sólo la cabeza era tan hermosa como antes, aunque de distinto aspecto; los cabellos blancos, cortos e hirsutos daban mayor brillo a la mirada de sus ojos bajo las cejas grises. Su bigote áspero, de soldado viejo, había permanecido casi castaño y daba al rostro extraño carácter de energía y fiereza.

De pie ante el espejo, las piernas juntas, el cuerpo recto, hacía describir a las esferas de hierro los movimientos reglamentarios, sostenidas en el extremo de su musculoso brazo, y seguía con complacida mirada el propio esfuerzo tranquilo y vigoroso.

De pronto, en el espejo que copiaba todo el estudio, vio moverse un tapiz. Apareció después una cabeza de mujer, sólo la cabeza, que lo miraba, y oyó una voz que decía a su espalda:

– ¿No hay nadie?

– Presente – contestó volviéndose.

Arrojó las esferas sobre una alfombra y se dirigió hacia la puerta con agilidad un tanto forzada.

Entró una mujer vestida con traje claro, y cuando se dieron las manos, dijo:

– ¿Hacíais gimnasia?

– Sí – contestó él–, hacía el pavo real y me he dejado sorprender.

Ella sonrió.

– No estaba vuestro portero –dijo–, pero como sé que estáis siempre solo a estas horas, he subido sin anunciarme.

Oliverio la miraba fijamente.

– ¡Diablo! ¡Qué hermosa estáis! ¡Qué elegante!

– ¡Ah, sí! Traigo un traje nuevo. ¿Os gusta?

– Precioso y perfectamente armónico... con vuestra belleza... Parece que todos tienen hoy la intuición del color.

Dio la vuelta en derredor de ella, aplanó la tela con las manos y arregló los pliegues con la punta de los dedos como quien conoce el tocado con la experiencia de un modisto o como artista que ha pasado su vida fijando con la punta menuda del pincel las modas tornadizas y delicadas que ponen de relieve la gracia mujeril cautiva en crespón de terciopelo y seda o bajo la nevada de los encajes.

– Ya está –dijo–; os sienta admirablemente.

Ella se dejaba admirar, satisfecha de ser bonita y agradar.

No era una niña, pero si todavía hermosa; de regular estatura, bien constituida, fresca, con la morbidez que da a la carne de cuarenta años un sabor de madurez; parecía una de esas rosas que se abren indefinidamente hasta que cansadas de florecer se marchitan en una hora.

Tenían sus cabellos rubios la gracia juvenil y despierta de esas parisienses que no envejecen nunca, que tienen en sí mismas inexplicable fuerza vital y provisión inagotable de resistencia, y que durante veinte años viven de este modo, indestructibles y victoriosas, cuidando ante todo el cuerpo y economizando la salud.

– ¡Qué! – dijo ella – ¿nadie me besa?

– He fumado...

– ¡Uf! – replicó ella.

Luego ofreció la boca a Oliverio diciéndole:

– Tanto peor.

Sus labios se unieron.

Oliverio le quitó la sombrilla y la despojó de su capita de verano con vivo y movimiento pronto y seguro, propio de quien estaba hecho a aquella familiar maniobra.

Se sentó luego ella en el diván y Oliverio le preguntó con interés:

– ¿Está bien vuestro esposo?

– Muy bien, y hasta puede que esté hablando en estos momentos en la Cámara.

– ¡Hola! ¿Y sobre qué?

– Pues seguramente de la remolacha y los aceites de colza, como siempre.

Su esposo, el conde de Guilleroy, diputado por el departamento de El Havre, había llegado a ser un especialista en las cuestiones agrícolas.

Vio ella en un rincón un croquis que no conocía y atravesó el estudio preguntando:

– ¿Qué es esto?

– Un pastel que he empezado; el retrato de la princesa de Pontève.

– Ya sabéis – dijo ella con seriedad – que si volvéis a hacer retratos de mujer os cerraré el estudio. Yo sé bien adónde lleva esta clase de trabajo.

– ¡Ah! –replicó Oliverio–. Es que no se hace dos veces un retrato de la princesa.

– Así lo espero.

La condesa examinaba el croquis empezado como mujer entendida en cuestiones de arte.

Se alejó, se acercó otra vez, se colocó bien para ver la luz y acabó por declararse satisfecha.

– Está bien – dijo –. Hacéis maravillosamente el pastel.

– ¿De veras? – preguntó halagado Oliverio.

– Sí, es un procedimiento delicado y para el que se necesita distinción. No es para los pintores vulgares.

Desde hacía doce años acentuaba la condesa su inclinación por la pintura distinguida, luchando con sus aficiones a la sencilla realidad.

Por consideraciones de elegancia puramente mundana, la condesa empujaba suavemente a Oliverio hacia el ideal gracioso, pero un poco amanerado y ficticio.

–¿Cómo es esta princesa? – preguntó.

Oliverio tuvo que dar mil detalles de todo género, detalles minuciosos en que se complacía la curiosidad celosa y sutil de la mujer, pasando de las líneas de lo pintado a las reflexiones del propio espíritu.

–¿Coqueta con vos? – preguntó de repente.

Oliverio ríe y le juró que no.

La condesa puso ambas manos en los hombros del artista y lo miró con fijeza.

El ardor de la pregunta muda hacía temblar la redonda pupila en el centro del gris azulado de sus ojos, manchado de puntitos negros a modo de salpicaduras de tinta.

–¿De veras no coquetea? – preguntó por segunda vez.

– Muy de veras.

Ella le retorció las puntas del bigote entre los índices y pulgares, y añadió:

– Además..., estoy tranquila, no podéis amar a nadie más que a mí. Esto ha acabado para las demás; es ya muy tarde para eso, amigo mío.

Sintió Oliverio el ligero estremecimiento que sienten los hombres maduros cuando se les habla de la edad y murmuró:

– Hoy como ayer y mañana como hoy, sólo vos viviréis en mi vida, Any.

Ella le tomó del brazo, y volviendo al diván lo hizo sentar a su lado.

–¿En que pensabais? – le dijo.

–Buscaba un asunto para un cuadro.

–¿Cuál?

–No lo sé, puesto que busco.

–¿Qué habéis hecho estos días?

Tuvo Oliverio que enumerar todas las visitas que había recibido, las cenas, las reuniones, las conversaciones y hasta las habladurías.

Por otra parte, ambos se interesaban por todas aquellas futilidades familiares de la existencia social.

Las pequeñas rivalidades, las relaciones conocidas o sospechadas, los juicios mil veces dichos y repetidos sobre las mismas personas, los propios sucedidos y

las mismas opiniones, todo invadía y llenaba sus espíritus en el torrente agitado que se llama vida parisina.

Conociendo como conocían a todo el mundo en todas las esferas, él como artista ante quien se abrían todas las puertas, y ella como mujer de un diputado conservador, se hallaban ejercitados en aquella gimnasia de la conversación francesa, fina y vacía, amablemente malévolas, inútilmente espiritual y vulgarmente distinguida, que da particular y envidiada reputación a aquellos cuyo idioma se ha afinado en esta charla murmuradora.

–¿Cuándo vendréis a comer? – dijo de pronto Any.

–Cuándo queráis. Señalad el día.

–El viernes; estarán la duquesa de Montemain, los Corbelle y Musadieu. Me acompañarán para celebrar el regreso de mi hija que lega esta noche; pero no lo digáis porque es un secreto.

–Acepto, acepto. Me alegraré de volver a ver a Anita después de tres años.

–Cierto; tres años.

Educada Anita primero en París, en casa de sus padres, llegó a ser el último y apasionado cariño de su abuela la señora Paradin, que estaba casi ciega y vivía todo el año en el castillo de Ronclieres, en el Eure, propiedad de su yerno.

Poco a poco, la anciana había ido guardando consigo a la niña, y como los de Guilleroy pasaban casi la mitad de su vida en aquella propiedad a que le llamaban constantemente diversos intereses agrícolas y electorales, resultó que sólo iba la niña de vez en cuando a París, porque prefería la vida libre y movida del campo a la recogida de la casa paterna.

Hacía tres años que no iba a París; prefería la condesa tenerla lejos para no crear en ella nuevos gustos del día fijado para su entrada en el mundo.

La señora Guilleroy le había dado en el castillo, dos institutrices llenas de diplomas, y hacía frecuentes viajes para ver a su madre y su hija. La estancia de Anita en el castillo había llegado a ser indispensable para la anciana.

Oliverio Bertín solía antes pasar seis semanas cada verano en Roncières, pero desde hacía tres años el reuma lo llevaba a baños termales lejanos, y cuando de ellos volvía a París, el cariño a la capital le impedía abandonarla para ir al castillo.

Anita debía haber regresado a París para el otoño, pero su padre concibió bruscamente un proyecto de bodas y la llamó antes de la fecha fijada para que conociera a su futuro, el marqués de Farandal.

Este proyecto se mantuvo en secreto, y sólo Oliverio lo sabía por la confidencia de la señora de Guilleroy.

– Entonces – preguntó Oliverio –, ¿es un hecho el proyecto de vuestro marido?

– Completamente, y lo creo acertado.

Hablaron de otras cosas luego; volvieron sobre la pintura y Any lo animó a hacer un Cristo, a lo que él se negó, diciendo que era ya tema agotado, pero Any se obstinó impaciente en la idea.

– Si yo supiese dibujar – le dijo –, veríais lo que he pensado; es nuevo y atrevido; lleva el acto del descendimiento y el hombre que ha desatado las divinas manos deja inclinar la parte superior del cuerpo. Este cae sobre la muchedumbre que abre los brazos para sostenerlo y recibirlo... ¿comprendéis?

Oliverio comprendía y hasta juzgaba la idea original, pero estaba en un acceso de “modernismo” y sólo se fijaba en su amiga medio echada en el diván.

Por bajo de la falda asomaba un pie finamente calzado y revelando la carne a través de la media casi transparente.

– Esto – exclamó – es lo que hay que pintar, esto, que es la vida: un pie de mujer asomando por una falda. Así cabe pintarlo todo: verdad, deseo, poesía. Nada más gracioso y bonito que un pie de mujer... y el misterio que revela, la pierna velada y adivinada bajo la tela.

Se sentó a la turca en el suelo, tocó el pie, lo levantó y lo descalzó; el pie pareció moverse mejor con las alegrías de la libertad.

– Esto es fino, distinguido y más tangible que la mano... ¿A ver vuestra mano, Any?

Llevaba guantes largos hasta el codo.

Para quitarse uno lo tomó por el extremo, y lo hizo resbalar, volviéndolo como si arrancase la piel de una serpiente.

Apareció el brazo blanco, regordete, mórbido, tan rápidamente descubierto, que pudo hacer pensar, al que lo hubiese visto, en un desnudo atrevido y completo.

Any enseñó su mano caída por la muñeca.

Brillaban las sortijas en sus dedos blancos, y las uñas, rosadas y puntiagudas, parecían garfios amorosos puestos en aquella pequeña garra de mujer.

Oliverio la manejaba suavemente admirándola y retorció los dedos como si hubiesen sido juguetitos de carne.

– ¡Qué cosa más rara! – dijo. – Este gracioso miembro inteligente y diestro es el que elabora lo que se quiere, libros, encajes, casas, pirámides, locomotoras, pastelillos... y caricias, que es su mejor empleo.

Quitó las sortijas una a una, y al sacar el anillo de boda saludó.

– La ley: saludemos – dijo riendo.

– Tonto – contestó Any un poco mortificada.

Oliverio había tenido siempre espíritu burlón, tendencia de todo francés, que mezcla siempre un poco de ironía en los sentimientos más serios; muchas veces ponía triste a Any sin sospecharlo, sin saber apreciar las sutiles distinciones de la mujer, ni tantear el límite de los “rincones sagrados”, como él decía.

Any se enfadaba, sobre todo cada vez que Oliverio hablaba con cierto tono humorístico de aquellas relaciones de ambos tan largas, que decían eran el más grande ejemplo de amor del siglo XIX.

– ¿Nos llevaréis al “Salón” el día de la inauguración a mí y a Anita? – preguntó la condesa después de un momento de silencio.

– Seguramente.

Any le preguntó acerca de los mejores cuadros del próximo “Salón” que debía abrirse dentro de quince días; pero como recordando de pronto un quehacer olvidado, le dijo:

– Me voy. Dadme el zapato.

Oliverio volvía y revolvía el zapatito con aire pensativo entre las manos.

Se inclinó. Besó el pie suspendido entre la falda y la alfombra, inmóvil y un poco enfriado al contacto del aire, y luego lo calzó.

Any se levantó y se fue a la mesa, cubierta de papeles, cartas abiertas, antiguas y recientes, y un tintero de pintor, con la tinta seca. Revolvió los papeles curiosamente y los levantó para ver debajo de ellos.

– Vais a descomponer mi desarreglo – dijo Oliverio acercándose.

– ¿Quién es este señor que quiere compraros vuestras “Bañistas”? – preguntó Any sin contestar.

- Un americano a quien no conozco.
- ¿Habéis hecho trato con la “Cantante callejera”?
- Sí, diez mil francos.

- Bien hecho; es muy bonita, pero no un asombro... Adiós, amigo mío.

Any le presentó la mejilla, que él rozó con un suave beso, y la condesa desapareció tras el tapiz, diciendo a media voz:

- El viernes a las ocho. No salgáis; ya sabéis que no me gusta... Adiós.

Cuando Any se fue, Oliverio encendió otro cigarro y paseó lentamente por el taller.

Todo el pasado de aquellas relaciones volvía ante sus ojos. Recordaba lejanos detalles olvidados, y los soldaba unos a otros, complaciéndose a solas con aquella caza de recuerdos.

Cuando él se levantó como un nuevo astro en el horizonte del París artístico, en tiempos en que los pintores habían acaparado el favor del público y llenaban hoteles un barrio, ganados con algunos trazos de pincel, en 1864, volvió de Roma y permaneció algún tiempo sin nombre ni éxitos.

Pero de pronto, en 1868, expuso su “Cleopatra”, y en pocos días le levantó la crítica hasta las nubes y después el público.

En 1872, después de la guerra, y cuando la muerte de Enrique Regnault colocó a todos sus compañeros sobre glorioso pedestal, una “Yocusta” de atrevido asunto y factura sabiamente original y gustada hasta por los académicos, clasificó a Oliverio entre los audaces.

En 1873 lo puso fuera de concurso una primera medalla por su “Judía de Argel”, que pintó al regreso de un viaje a África.

En 1874 se le consideró por la sociedad elegante como el primer retratista de su época por un retrato de la princesa de Salia.

A partir de entonces, fue el pintor mimado de los parisienses y el mejor intérprete de su gracia y su espiritual naturaleza.

En pocos meses todas las mujeres conocidas en París solicitaron de él el favor de un retrato.

Se dejó querer y se hizo pagar bien caro.

Como estaba de moda y visitaba con la frecuencia de hombre de mundo, vio cierto día en casa de la duquesa de Mortemain una joven de luto riguroso que salía cual él entraba y que fue como una aparición llena de gracia y distinción.

Preguntó su nombre, supo que era la condesa de Guilleroy, esposa de un señor campesino de Normandía, agrónomo y diputado, que llevaba luto por el padre de su marido y que era mujer espiritual muy admirada y muy deseada.

-Es mujer cuyo retrato haría de buen grado - dijo Oliverio preocupado por aquella figura que seducía sus ojos de artista.

Llegó al día siguiente la frase a oídos de la joven, y Oliverio recibió aquella misma tarde una cartita azulada, ligeramente perfumada, de letra fina y regular, un poco torcida hacia el lado derecho y que decía:

“Caballero:

“La duquesa de Mortemain acaba de salir de mis casa y me ha asegurado que estáis dispuesto a hacer con mi pobre rostro una de vuestras obras maestras.

“Os lo confiaría con gusto si supiese que no habíais hablado por hablar, y que realmente habíais visto en mí algo digno de ser reproducido e idealizado por vos.

“Recibid, caballero, el testimonio de mi más distinguida consideración.

“Ana de Guilleroy”.

Oliverio contestó pidiendo hora, y fue invitado sencillamente para almorzar el lunes siguiente.

Fue; vivía la dama en el boulevard Maussmann, en el primer piso de una lujosa casa moderna.

Atravesó un espacioso salón tapizado de seda azul y medias cañas de madera blanca y oro, y se le hizo entrar en uno a modo de tocador cubierto de tapicería del siglo XVIII, claras y graciosas, tapicerías a lo Watteau, de tonos tiernos y asuntos encantadores, que parecen ideados por obreros enamorados.

Acababa de sentarse, cuando apareció la condesa. Pisaba tan suave que no la sintió atravesar la habitación próxima, y se sorprendió al verla.

Ella alargó familiarmente la mano.

– ¿Con que es verdad que queréis hacer mi retrato?

– Muy feliz seré con ello, señora.

Llevaba la condesa un traje negro que la hacía más esbelta y más joven, pero dándole un aire serio que alegraba no obstante su rostro sonriente iluminado por sus cabellos rubios.

Entró entonces el conde, llevando de la mano a una niña de seis años.

– Mi marido – dijo a Oliverio.

Era un hombre de pequeña estatura, imberbe, de mejillas hundidas y ensombrecidas por el afeitado de la barba.

Tenía un aire de actor o de clérigo, con su pelo largo echado atrás y sus maneras urbanas.

En torno de la boca se dibujaban dos pliegues circulares que bajaban de las mejillas a la barbilla y que parecían producto de la costumbre de hablar en público.

Dios gracias al pintor con fluidez de palabras que revelaban al orador. Dijo que hacía mucho que tenía deseos de que se retratase su mujer, y que hubiera escogido para ello a Oliverio, si no hubiese sabido que estaba agobiado de peticiones y temido, por tanto, una negativa.

Se convino, con grandes cortesías por ambas partes, que la condesa iría al estudio desde el siguiente día.

El conde preguntó si convendría esperara a que Any se quitase el luto que llevaba, pero Bertín dijo que no quería perder la primera impresión recibida y aquel extraño contraste entre la cabeza viva y fina realzado por el rubio cabello y el negro austero del traje.

Fue, pues, al día siguiente con su marido y luego con su hija, a la que sentaban ante una mesa llena de libros con estampas.

Oliverio se mostró muy reservado, según costumbre. Las mujeres de la alta sociedad le preocupaban un poco porque no las conocía bien. Las suponía experimentadas y simples a un mismo tiempo, hipócritas y peligrosas, sencillas y complicadas.

Había tenido con mujeres de medio vuelo aventuras efímeras, debidas a su fama, a su genio alegre, a su estatura de atleta elegante, y a su rostro enérgico y moreno.

Le gustaban más, porque encontraba en ellas las maneras libres y las frases desveladas, acostumbrado como estaba a las costumbres fáciles y endiabladamente alegres de los estudios y los escenarios que frecuentaba.

Lo llevaba a la alta sociedad la gloria, y no el corazón, se hacía agradable por necesidad y recibía cumplidos y encargos, y rodaba en torno de las grandes damas sin hacerles jamás la corte.

No se permitía con ellas bromas atrevidas ni palabras salpimentadas; las creía gazmoñas, y así pasaba por tener buen tono. Siempre que una de ellas tenía sesión en su estudio, percibía Oliverio, a pesar de sus esfuerzos por hacerse grato, la disparidad de raza que impide se confundan, aunque se mezclen, los artistas y los que viven elevados.

Detrás de las sonrisas y la admiración, siempre un poco ficticia en la mujer, determinaba la escondida reserva mental del ser que se cree de superior esencia.

De esto nacía en él algo como alerta del orgullo en maneras respetuosas y casi altanera, y junto a la vanidad de cualquiera tratado de igual a igual por príncipes y princesas, surgía en él la fiera del hombre que debe a sí mismo una posición que los otros deben a su nacimiento.

Se decía de él, como con extrañeza, que estaba bien educado por todo extremo, y esta extrañeza, que lo halagaba, los mortificaba también, porque marcaba en cierto modo las fronteras.

La seriedad ceremoniosa y de propósito del pintor cohibía un poco a la señora de Guilleroy, que no sabía qué decir a aquel hombre tan frío y tenido por espiritual.

Después de dejar a su hija ante la mesita bien cargada de estampas, se sentó en una butaca cerca del boceto empezado y se esforzó por dar a su rostro la expresión recomendada por el artista.

En la mitad de la cuarta sesión, dejó de pronto de pintar Oliverio y preguntó:

– ¿Qué es lo que más os distrae?

Any calló sin saber qué decir:

– No sé... ¿por qué lo preguntáis?

– Porque necesito una mirada satisfecha en esos ojos y no la hay.

– Bueno, pues tratad de que hablemos; me gusta mucho hablar.

– ¿Estáis contenta?

– Mucho.

– Hablemos, pues.

Dijo “hablemos” en tono muy serio, y prosiguiendo la tarea trató de hallar asunto de conversación en que marchasen unidos sus espíritus.

Empezaron por cambiar observaciones sobre gente que ambos conocían, y luego hablaron de sí mismos, que es el hablar más agradable.

Al día siguiente se sintieron, al verse, más a su gusto, y notando Bertín que se hacía agradable, empezó a contar detalles de su vida de artista, puso a la vista sus recuerdos con el ingenio y la fantasía peculiares en él.

Acostumbrado a las cualidades postizas de los literatos de salón, sorprendió a Any la cháchara un poco alocada de Oliverio, que decía las cosas con lisura e ironía, y contestó en el mismo tono con atrevido y fino gracejo.

En ocho días hizo la conquista de Oliverio con su buen humor, su franqueza y su naturalidad. El pintor olvidó sus prejuicios sobre las mujeres de la alta sociedad, y casi hubiese afirmado que eran las únicas que tenían encanto.

Mientras pintaba de pie delante del lienzo, avanzando o retrocediendo con posturas de combatiente, dejaba salir sus pensamientos internos como si siempre hubiese conocido a aquella mujer negra y rubia, hecha de sol y luto, que reía sentada ante él y que le respondía con tal animación que perdía la postura a cada momento.

Tan pronto se alejaba de ella Oliverio, cerrando los ojos e inclinándose para ver su modelo en conjunto, tan pronto se acercaba lo más posible para detallar los menores matices de su rostro y la expresión más fugitiva, como artista que sabe que en un rostro de mujer hay algo más que la apariencia visible, algo que es emanación de la belleza ideal, reflejo de un no sé qué desconocido, la gracia íntima y temible de cada una que la hace ser amada perdidamente por uno o por otro.

Una tarde fue la niña a colocarse delante del lienzo y dijo con sinceridad infantil:

– Es mamá, ¿verdad?

Oliverio la tomó en brazos para darle un beso, halagado por aquel sencillo tributo al parecido de su obra.

Otro día, cuando parecía más tranquila, se le oyó decir de pronto, con cierta tristeza:

– Me aburro, mamá.

Tanto conmovió a Oliverio aquella primera queja, que al día siguiente le hizo llevar al estudio un almacén de juguetes.

Asombrada Anita al verlos, pero contenta y reflexiva, los puso en orden con gran cuidado para tomarlos uno después de otro, según cambiase su deseo.

Desde el día del regalo, Anita se encariño con el pintor como se encariñan los niños, con la amistad pegadiza que los hace tan graciosos y adorables.

Cada vez asistía la condesa con más gusto a las sesiones. Aquel invierno, por razón del duelo, estaba muy ociosa, no iba a fiestas ni a parte alguna, y encerraba en el estudio de Bertín todos los cuidados de su vida.

Hija de un comerciante parisiense riquísimo y comunicativo, muerto hacía muchos años, y de una madre constantemente enferma que pasaba en el lecho seis meses del año, Any llegó a ser desde muy joven una ama de casa perfecta. Sabía sentir, hablar, sonreír, distinguir a unos de otros, y escoger lo que a cada cual debía decirse.

Desde el primer momento se hizo a aquella vida, sin esfuerzo algunos, previsoramente y manejable.

Cuando la presentaron como futura del conde de Guilleroy, midió al primer golpe de vista las ventajas de aquel enlace, y las admitió sin rebelarse, como hija sumisa que sabe que no todo puede conciliarse, y que en la vida debe haber una mitad buena y otra mala.

Ya en la corriente del mundo, fue solicitada porque era hermosa y espiritual, y se vio cortejada por muchos hombres, sin que perdiere la calma de su corazón, no menos razonable que su cabeza.

Era coqueta, pero con coquetería agresiva y prudente.

Gustaba de los cumplidos, se sentía acariciada por los deseos que despertaba, aunque parecía pasar sin verlos, y cuando salía de un salón, después de recibir el incienso de la adoración, dormía tranquila, como hembra que ha cumplido su misión terrena.

Esta vida, que llevaba ya hacía siete años sin fatigarla con su monotonía, porque adoraba la incesante agitación del mundo, la hacía, no obstante, desear algo más.

Los hombres de sus relaciones sociales, abogados, políticos, hacendados y desocupados, la distraían como actores de la comedia de la vida sin tomarlos en serio, aunque apreciase sus funciones sociales y sus méritos.

Por esto Oliverio la agradó desde el primer instante.

Le llevaba algo nuevo.

Se divertía grandemente en el estudio, reía de todo corazón, se sentía espiritual y comprendía que él gozaba con los goces de ella.

Oliverio le gustaba también porque era guapo, fuerte y célebre. No hay mujer, aunque ellas lo nieguen, que sea indiferente a la gloria y a la belleza física.

Le halagaba haber sido notada por aquel conoedor, y dispuesta a juzgarle a su vez, descubrió en Bertín un cerebro despierto y culto, fantástico, y delicado, y una inteligencia llena de encantos, y palabra colorista que inundaba de luz cuanto trataba.

Nació rápida intimidad entre ambos, y en el apretón de manos que se daban al principio de las sesiones, iba cada día mezclándose un poco más de sus corazones.

Sin cálculo alguno, sin predeterminación, Any sintió en si el deseo de conquistarlo y cedió a él.

Nada habría previsto ni combinado; fue coqueta, pero con más gracia instintiva, como que se trataba de quien la había gustado más que otros, y puso en su mirada y su sonrisa el perfume que difunde en torno suyo la mujer que siente despertar el deseo de ser amada.

Solía decirle frases aduladoras, equivalente a un “me gustáis”, y le hacía hablar muchas veces para que viera el interés con que lo oía.

Oliverio dejaba de pintar, se sentaba cerca de ella, y con la excitación cerebral que provoca el deseo de agradar, tenía crisis de poesía, de humorismo o de filosofía, según convenía.

Any se alegraba con la alegría de Oliverio, trataba de entenderlo cuando dogmatizaba, sin conseguirlo muchas veces, y hasta cuando pensaba en otra cosa, lo escuchaba con tan dispuesta atención, que Oliverio se extasiaba viéndola, conmovido por haber hallado un alma delicada, abierta y dócil, en la que caía su pensamiento como una semilla.

El retrato adelantaba y salía admirable, en fuerza de haber llegado el pintor a la disposición de espíritu bastante para apreciar las cualidades de su modelo y expresarlas con el convencido ardor y la inspiración del verdadero artista.

Inclinado sobre ella, espiando sus movimientos, las coloraciones de su carne, las sombras de su piel, la expresión y transparencia de sus ojos y los secretos todos de su fisonomía, llegó Oliverio a saturarse de ella como de agua una esponja.

Y al llevar al lienzo aquella emanación del perturbador encanto que recogía en su mirada y fluía de su pensamiento a su pincel, solía quedar Oliverio en éxtasis, con la embriaguez del que ha bebido la gracia del eterno femenino.

Any comprendía lo que por Oliverio pasaba; se complacía en aquella victoria cada vez más segura, y se daba a si propia ánimos para acabar de alcanzarla.

Algo nuevo daba a su vida nueva savia y despertaba misterioso goce. Cuando oía hablar de Oliverio latía su corazón con más apresuramiento, y sentía deseos – que nunca llegaban a los labios – de decir: Me ama. Le satisfacía que alabasen su talento, y más aún que dijese bien de su figura, y cuando a solas pensaba en él sin indiscretos que la distrajesen, creía haber hallado en Oliverio un buen amigo, que había de contentarse siempre con un cordial apretón de manos.

Muchas veces Oliverio dejaba la paleta a mitad de sesión, tomaba en brazos a Anita y la besaba con ternura en los ojos o los cabellos mirando a la madre y como diciendo:

– “A vos os beso, no a la pequeña”.

Hacía algunos días que la condesa no llevaba a la niña siempre. Iba sola, y cuando esto ocurría, se trabajaba poco en el estudio y se hablaba mucho.

II

Any se retrasó una tarde.

Era a fines de febrero y hacía frío.

Oliverio había ido temprano al estudio como de costumbre desde que ella iba, y siempre esperando que fuese antes.

Mientras llegaba, se puso a pasear fumando y se preguntaba asombrado por centésima vez desde hacía ocho días:

– “¿Estoy enamorado?”

No lo sabía porque no lo había estado nunca verdaderamente; había tenido caprichos muy vivos y hasta muy largos, sin creer nunca que fuesen amor, pero en aquel momento se admiraba de lo que en si mismo sentía.

¿La amaba? Era seguro que no la deseaba porque no había pensado nunca en poseerla. Cuando una mujer le había gustado había sobrevenido el deseo, y siempre había adelantado sus manos para tomar el fruto, pero sin que nunca turbase su espíritu ni con la ausencia ni con la presencia de la mujer.

Y el deseo, respecto de Any, apenas se había despertado en él, como oscurecido y atrincherado detrás de otro sentimiento más poderoso pero aún oscuro e indeterminado.

Siempre había creído Oliverio que el amor empezaba soñador y poético, y lo que sentía más bien parecía provenir de una emoción indefinible más física que moral.

Estaba nervioso, vibrante e inquieto, como cuando germina una enfermedad en nosotros, pero nada doloroso se mezclaba a aquella fiebre de su sangre que contagiaba su pensamiento.

No ignoraba que la condesa era la causa de aquel estado por el recuerdo que en él dejaba y por las ansias de su espera.

No se creía impelido hacia ella por movimiento de todo su ser, pero la sentía vivir en él como si no se hubiese ido, como si le dejase algo de sí misma al marcharse, algo sutil y no bien explicado. ¿Qué era? ¿Amor?

Sondeaba su corazón para ver en él y poder comprender.

Oliverio hallaba a la condesa encantadora, pero sin encajar en el tipo ideal de la mujer que su ciego deseo había forjado. El que busca amor prevé las dotes morales y los encantos físicos de la que ha de inspirárselo, y aunque la señora de Guilleroy no tuviese tacha no le parecía ser “la suya”.

Pero si era así, ¿por qué Any le preocupaba más que las otras y con mayor insistencia y de manera distinta? ¿Era que había caído en el lazo tendido por su coquetería que él había adivinado, y fascinado por sus maniobras sufría el prestigio que da a la mujer la voluntad de agradar?

Paseaba, se sentaba, volvía al paseo, encendía cigarros y los arrojaba enseguida, y no quitaba ojo de reloj, cuyas agujas marchaban hacia la hora ordinaria con movimiento lento e inmutable.

Varias veces había tenido intención de levantar el cristal de la esfera, y hacer correr con el dedo el minuterero hasta la cifra a que tan perezosamente se acercaba. Creía que aquello bastaría para que la puerta girase y apareciese la esperada, engañada por aquella aña gaza.

Luego se reía de aquel empeño infantil y poco juicioso.

Y al fin se preguntó si podría ser su amante. Le pareció singular y porco realizable la idea, y hasta indigna de insistir sobre ella por las complicaciones que

podiera introducir en su vida, pero aquella mujer le gustaba extraordinariamente y acabó por decirse que se hallaba en un endiablado estado de espíritu.

Dio horas el reloj y el sonido de ellas lo hizo estremecerse, sacudiendo más sus nervios que su alma.

Esperó ya con la impaciencia que crece por segundos; Any era siempre exacta, y seguramente entraría antes de transcurrir diez minutos. Cuando pasaron sintió Oliverio la opresión de un disgusto próximo, y luego irritación por el tiempo que Any le hacía perder. Y de pronto comprendió que si al fin no iba, sufriría.

¿Qué hacer? Esperarla... No, saldría para que si ella iba hallase el estudio vacía. ¿Y cuando saliese? Mejor era esperar y hacerle entender con cuatro palabras frías cuando llegase que no era él de aquellos a quienes se hace aguardar. Pero, ¿y si no iba? ¿Recibiría alguna carta, recado o sirviente que fuese de su parte?

¿Y en qué ocuparse si no llegaba? Era un día perdido, porque no podría trabajar ya. Entonces..., entonces lo mejor era ir a saber de ella, porque no podía pasar por otro punto.

Si, era cierto, necesitaba verla, y era su deseo profundo y obstinado... ¿Era amor aquello? No, puesto que no sentía exaltación pasional, ni sacudimiento en los sentidos, ni sueños en el alma al pensar en lo que sufriría si no iba.

Sonó el timbre de la calle en la escalera del hotel, y Oliverio se sintió al pronto sin aliento, y tan alegre luego que arrojó el cigarro haciendo una pirueta.

Al fin entró sola.

Entonces Oliverio se arrojó inmediatamente a una audiencia increíble.

–¿Sabéis lo que me preguntaba esperándoos? – dijo.

– No.

– Pues me preguntaba si estaría enamorado de vos.

– ¡De mí! Estáis loco.

Pero al decirlo sonrió; su sonrisa decía que aquello se satisfacía.

– Eso es poco serio –dijo– ¿A qué viene esa broma?

– Hablo muy en serio –replicó él–. No afirmo que esté enamorado de vos; me pregunto si estoy en camino de llegar a estarlo.

– ¿Y qué es lo que os hace temerlo?

– Mi melancolía cuando no estáis, mi alegría cuando venís.

Any se sentó.

– No os alarméis por eso –dijo–. Mientras durmáis bien y comáis con apetito, no hay peligro.

– ¿Y si perdiese el sueño y el apetito? – preguntó riendo Oliverio.

– Avisadme.

– ¿Y entonces?

– Os dejaré en paz para que curéis.

– Gracias.

Sobre el tema de aquel enamoramiento charlaron toda la tarde y muchas de las siguientes.

Aceptado aquello como una broma ingeniosa y sin valor, la condesa le preguntaba siempre en tono bromista cuando llegaba:

– ¿Cómo vamos hoy de amores?

Oliverio le explicaba en tono entre serio y ligero los progresos de la enfermedad y el trabajo lento, íntimo y profundo de aquella ternura que sentía nacer. Hacía minuciosamente su propio análisis delante de ella, hora por hora, desde la separación de la víspera, con la indiferencia de un catedrático que explica,

y la condesa lo escuchaba con interés, algo conmovida y turbada por aquella historia que parecía sacada de un libro en el que ella fuese protagonista.

Cuando Oliverio enumeraba con manera galante y despreocupada los cuidados de que era presa, se hacía su voz más temblorosa a cada paso, y llegaba a expresar sólo con una palabra o una entonación sola el estado de su corazón.

Any le preguntaba siempre vibrante de curiosidad, con los ojos fijos en él y ávido el oído de regalarse con preceptos alarmantes, difíciles de oír y gratos de paladear.

Alguna vez, al acercarse a ella Oliverio para rectificar la postura, le tomaba la mano y trataba de besársela; pero Any retiraba aquélla de los labios del pintor con vivo movimiento, y fruncía un poco el entrecejo.

– Vamos –decía– a trabajar.

Y volvía Oliverio al trabajo, pero no pasaban cinco minutos sin que la condesa lo llevara con una pregunta diestra al terreno en que lo quería tener.

Any sentía ya nacer el temor en su corazón. Quería ser amada, pero no con exceso; segura de no ser arrastrada, temía dejarlo aventurarse demasiado y perderlo, obligada a sumirlo en la desesperación después de alentarle.

Y sin embargo, si Oliverio hubiese renunciado a aquella amistad sentida, a aquellas confidencias llenas de impalpable amor como un río lleno de partículas de oro, la condesa hubiese experimentado pena real y muy parecida a una herida en el corazón.

Cada vez que salía de su casa camino del estudio una alegría viva y punzante la aligeraba; al poner la mano sobre el timbre del domicilio de Oliverio latía de impaciencia su corazón y le parecía que la alfombra de la escalera era la más blanda que hubiesen pisado nunca sus pies.

A menudo Oliverio aparecía ceñudo, nervioso e irritable, como si le obsesionasen impaciencias comprimidas pero frecuentes.

Cierto día, después de entrar la condesa, Oliverio se sentó a su lado en vez de ponerse a pintar.

– No podéis seguir ignorando que esto no es una broma y que os amo locamente –dijo.

Desbordaba de su corazón el amor y hubo de oírlo temblorosa y pálida; habló él largo espacio sin pedir nada, con gran ternura, tristeza y resignación, y la condesa se dejó tomar las manos que Oliverio conservó entre las suyas.

Se había arrodillado Oliverio sin que ella se diese cuenta de ello, y con mirada de extraviado suplicaba que no lo hiciese sufrir. .. ¿Qué pena era la suya? Any no comprendía ni trataba de comprender, absorta con la angustia de verlo sufrir, angustia que al mismo tiempo tenía algo de goce.

De pronto vio la condesa lágrimas en los ojos de Oliverio y estuvo a punto de decir algo y besarle como se besa a los niños que lloran. El repetía a cada paso: “sufro mucho”, y repentinamente vencida por aquel dolor, por el contagio de aquellas lágrimas, sollozó y sintió sacudidos los nervios y prontos para abrir los brazos.

Cuando se sintió tomada por Oliverio, y besada apasionadamente en la boca, quiso gritar, luchar, rechazarlo, pero se juzgó perdida porque consentía resistiéndose, se entregaba luchando y lo abrazaba diciendo:

– ¡No quiero! ¡No quiero!

Quedó después alterada, el rostro entre las manos, y de pronto se levantó, recogió su sombrero caído en la alfombra, se lo puso vivamente y salió a pesar de los ruegos de Oliverio, que quería retenerla tomándola por el traje.

Cuando se vio en la calle casi se sentó en el encintado de la acera; tan desplomada iba y de tal modo le flaqueaban las piernas.

Pasó un coche, llamó al cochero y le dijo:

– Id despacio... por donde queráis.

Entró en el carruaje, cerro la portezuela, se acurrucó en el fondo, y se creyó sola entre los cristales levantados, sola para pensar. En un buen rato no hubo en su cabeza más que ruido del rodaje del coche y los saltos de éste sobre el empedrado. Miraba las casas, los que iban a pie o en coche, los ómnibus con ojos que parecían mirar el vacío, y no pensó nada, como si se concediese una tregua antes de volver sobre lo ocurrido.

Como tenía espíritu despierto y valiente, pensó que era una mujer perdida, y durante unos minutos estuvo bajo el peso de aquella desgracia irreparable, espantada como el que cae de alto y teme moverse porque adivina que tiene las piernas rotas y prefiere no intentar levantarse para no saberlo.

Pero en vez del dolor que esperaba y temía, notó que en su corazón sólo había calma y sosiego. Latía con dulzura después de aquella caída que había conturbado su alma, y no parecía tomar parte en el desorden de su espíritu.

–Sí, soy una mujer perdida– decía en voz alta para oírse y convencerse, sin que eco alguno de dolor de su carne respondiese a aquella queja de su espíritu.

Se dejó mecer por el movimiento del carruaje, aplazando las razones que le ocurrían sobre su penosa situación; no sufría, tenía miedo de meditar, de saber y de reflexionar, y no obstante, en el ser oscuro e impenetrable que constituye en nosotros la lucha eterna de las inclinaciones y las voluntades, notaba una paz inverosímil.

Pasada media hora en aquel extraño reposo comprendió al fin que la desesperación deseada no sobrevendría, se sacudió del letargo y murmuró:

–¿Qué me sucede? Apenas siento dolor por lo que ha pasado... ¿qué es esto?

Se reconvino entonces a sí misma, colérica por su ceguera y su debilidad. ¿Por qué no lo había previsto? ¿Cómo no comprendió que la lucha llegaría? ¿Cómo no notó que aquél le agradaba lo bastante para hacerla cobarde? ¿Cómo no adivinó que aun en los corazones más rectos suelo soplar el deseo como una racha que arrastra a la voluntad?

Pero una vez reconvenida se preguntó con miedo por lo que había de suceder.

Su primera idea fue la de romper con el pintor y no volver a verlo jamás, pero apenas pensó en ello cuando surgieron mil razones contra el proyecto.

¿Cómo explicaría la ruptura? ¿Qué diría su marido? ¿No sería sospechada la verdad, dicha luego en voz baja, y en voz alta por último?

¿No sería mejor para cubrir las apariencias hacer ante el mismo Oliverio la comedia hipócrita de la indiferencia y el olvido, haciéndole entender que ella había borrado aquel momento de su memoria y hasta de su vida?

Pero, ¿podría hacerlo? ¿Tendría valor para fingir que de nada se acordaba ante aquel hombre con quién había compartido un goce rápido y brutal?

Después de vacilar mucho se decidió por este último extremo. Iría al día siguiente con valor bastante, y le haría entender sobre la marcha lo que de él exigía; que nunca le recordase aquella vergüenza con la palabra ni con la mirada.

Seguramente esto habría de dolerle, pero como hombre leal tomaría su partido y sería en lo porvenir lo que había sido siempre.

Tomada esta resolución dio la dirección de su casa al cochero, y entró en ella presa de profundo abatimiento, con deseos de acostarse, de no ver a nadie, de dormir y olvidar.

Se encerró en su cuarto y en él estuvo hasta la hora de comer echada en una meridiana, absorta, sin querer ocupar el alma con aquel recuerdo lleno de peligros.

Bajó al comedor a la hora precisa de comer, admirada de verse tan tranquila y esperando a su marido con el rostro de todos los días.

El conde llegó con su hija en brazos.

Any estrechó la mano de su marido y besó a su hija sin turbación.

El señor Guilleroy se informó de lo que había hecho, y ella dijo con indiferencia que había estado en el estudio, como todos los días.

– ¿Sale bien el retrato?– preguntó el conde.

–Muy bien.

Habló el conde de sus asuntos, de los que gustaba tratar mientras comía, de la sesión de la Cámara y de la discusión del proyecto de ley sobre adulteración de comestibles.

Aquella conversación que la condesa soportaba a diario la irritó esta vez y la hizo examinar con mayor atención al hombre vulgar y hacedor de frases que tomaba interés por aquellas cosas, pero sonrió al escucharlo y respondió con agrado, y hasta más graciosamente que otras veces, sintiéndose instintivamente con más indulgencia para aquellas monadas.

Y pensaba mirando a su marido:

–Lo he engañado, es mi marido y lo he engañado... ¡Qué extraño! Nada puede evitar ya esto, nadie puede borrarlo. He cerrado los ojos, he sufrido durante unos segundos, nada más que unos segundos, los besos de otro hombre y no soy ya una mujer honrada. Esos pocos segundos de mi vida que no es posible suprimir, han traído sobre mí un hecho irreparable, cierto, criminal y vergonzoso para una mujer... y no siento desesperación por ello. Si me lo hubiera dicho ayer no lo hubiese creído, y habría pensado en las amarguras que hoy debieran remorderme... y nada, casi nada.

El conde salió, como siempre, después de comer.

Entonces tomó la condesa en brazos a su hija, y lloró besándola, lloró sinceramente, pero con la conciencia, no con el corazón.

No pudo dormir aquella noche.

En la oscuridad de su cuarto se preocupó grandemente con los peligros que podría crearle la actitud de Oliverio y cobró miedo a la entrevista del siguiente día y a lo que tendría que decirle cara a cara.

Se levantó temprano y estuvo toda la mañana echada en la meridiana, esforzándose en prever lo que tuviera que responderle y en prepararse para toda clase de sorpresas.

Salió temprano para seguir reflexionando por el camino.

Oliverio no la esperaba, y desde la víspera se preguntaba cuál había de ser su conducta para con ella.

Después de la fuga de la condesa, a la que no se atrevió a oponerse, se quedó solo, oyendo, aunque estaba ya lejos, el ruido de sus pasos, el roce de su traje y el golpe de la puerta, empujada por su mano nerviosa.

Permaneció en pie, saturado de goce ardiente y profundo como un hervidero. ¡Había sido suya! ¡Se había cumplido el hecho entre ambos! ¿Era posible? Después de la sorpresa, saboreaba el triunfo, y para gustar mejor de él, se echó sobre el diván en que la había poseído.

Permaneció allí largo rato, lleno el espíritu de ella, pensando que era su amante, que entre aquella mujer tan deseada y él se había anudado ese lazo misteriosos que ata secretamente dos seres.

Toda su carne, aun vibrante, temblaba ante el recuerdo agudo del rápido instante en que tropezaron sus labios, y en que sus cuerpos unidos se electrizaron con el supremo estremecimiento de la vida.

No salió por la noche para deleitarse en el recuerdo, y se acostó temprano radiante de dicha.

Apenas despertó al día siguiente, se preguntó qué debía hacer.

Si se hubiera tratado de una cortesana o una actriz, le hubiera enviado flores o joyas; pero era la suya una situación nueva que lo dejó perplejo.

Debía escribir, aunque no sabía qué. Rasgó y rompió, volvió a empezar veinte cartas. Todas le parecían humillantes, odiosas y ridículas.

Quería expresar en términos delicados y llenos de encanto la gratitud de su alma, sus impulsos de loca ternura, sus ofertas de tierno sacrificio; pero para fijar estas cosas apasionadas y llenas de matices, solo halló palabras groseras y pueriles.

Renunció a escribir y se decidió por ir a verla cuando pasase la hora de costumbre, porque estaba seguro de que ella no iría.

Se encerró en el estudio contemplando el retrato, cosquilleándole el deseo de besar los labios pintados en los que algo de ella había. De tanto en tanto miraba la calle por la ventana, y todos los trajes femeniles que aparecían a lo lejos, le producían un más presuroso latir del corazón.

Veinte veces creyó reconocerla, y cuando la mujer vista pasaba, tenía que sentarse como si hubiese sufrido una decepción.

La vio de pronto, dudó, tomó los gemelos, se cercioró de que era ella, y con violenta emoción se sentó para esperarla.

Cuanto entró, Oliverio se puso de pie y quiso tomarle las manos, pero Any las retiró con brusquedad.

Al verla en el suelo con expresión de angustia y mirándola, le dijo ella con altanería:

– ¿Qué es esto, caballero? No me explico vuestra actitud.

– ¡Oh, señora, por Dios!... –balbuceó él.

–Esto es ridículo; levantaos –dijo Any con rudeza.

Oliverio se levantó trastornado.

– ¿Qué tenéis? –murmuró–. No me tratéis así... ¡os amo!

Con unas cuantas palabras rápidas y secas, expresó la condesa su voluntad e impuso la regla de conducta.

–No comprendo qué queréis decir; no volváis a hablarme de vuestro amor o me iré para no volver jamás. Si olvidáis alguna vez esta condición que os impongo, dejaréis de verme para siempre.

Oliverio la miraba dolorido por aquella dureza imprevista.

–Obedeceré –dijo, comprendiendo al fin.

–Bueno, así lo esperaba –respondió la condesa–, ahora trabajad, porque verdaderamente dura demasiado este retrato.

Oliverio tomó la paleta y se puso a pintar; pero su mano temblaba y sus ojos miraban sin ver.

Tal pena sentía en el corazón, que tuvo impulsos de llorar.

Trató de hablar, pero ella apenas contestaba; intentó una galantería sobre el buen color de su rostro, pero Any lo detuvo con tono tan decisivo, que Oliverio

pasó por una de esas cóleras de enamorado que cambian en odio la ternura. Hubo en su ser moral y físico una sacudida nerviosa, y, sin transición, creyó que la aborrecía.

¡Aquella era la “mujer”, igual a todas, falsa, movable y débil. Lo había seducido con gatadas de niña, tratando de enloquecerlo sin dar nada a cambio, provocándolo para negarse, empleando para con él las cobardes maniobras de las coquetas, siempre dispuestas al don de su desnudez, mientras el hombre con quien juegan siente la sed del deseo como el perro callejero la sed del agua.

Pues peor para ella, porque él la había poseído. Podía la condesa purificar su cuerpo y contestar con altanería, sin que con esto borrara nada ni evitase que él la olvidara. En verdad que él, Oliverio, hubiera hecho una tontería cargando con semejante querida, que hubiese anulado su vida artística y comido su posición con sus dientes caprichosos de mujer bonita.

Casi se puso a silbar como lo hacía delante de las modelos, pero sentía gran enervación. Temiendo cometer una tontería, abrevió la sesión pretextando una cita.

Cuando se saludaron al separarse, se creyeron más alejados uno del otro que el día en que se encontraron en casa de la duquesa Mortemain.

Después de irse la Condesa, Oliverio salió a la calle.

Un sol pálido en un cielo azul, empapado de bruma, echaba sobre la capital una luz débil y algo triste.

Anduvo algún espacio con paso rápido e irritado, tropezando con los transeúntes para no perder la línea recta, y su cólera contra Any se desperdigó en desconsuelo y arrepentimientos.

Después de repetirse todas las reconvenciones contra ella, recordó, viendo pasar otras mujeres, cuán seductora y bonita era Any.

Como tantos que no lo confiesan, Oliverio había esperado siempre la imposible mitad, la afección rara, única y apasionada, cuyo ideal flota eterno sobre nuestros corazones. ¿Había dado con él? ¿Era ella la que debió proporcionarle aquella imposible felicidad? ¿Por qué nada se realiza completo en el mundo? ¿Por qué no se alcanza lo que se persigue, o se logra sólo en partículas que hacen más dolorosa esa cacería de decepciones?

No culpaba a la joven sino a la vida. Puesto en la razón, ¿qué tenía que echarle en cara? Haber sido amable, buena y graciosa, mientras a su vez podía decir de él que se había conducido como un salteador. Regresó lleno de tristeza.

Hubiera querido poder pedirle perdón, sacrificarse por ella, hacer olvidar lo sucedido, y estudió qué era lo que haría para hacerle entender que sería, hasta morir, dócil a sus voluntades.

Fue la condesa al día siguiente con su hija.

Tenía el aspecto tan apenado, tan melancólica la sonrisa, que el pintor creyó ver en aquellos pobres ojos azules, hasta entonces alegres, la tristeza, el remordimiento y la angustia de su corazón de mujer.

Se sintió lleno de compasión y para que olvidase tuvo con ella, con suave reserva, todo género de delicadezas. Any las pagó con dulzura y bondad, y con la actitud cansada y dolorida de una mujer que sufre.

Mirándola Oliverio, sintiendo deseo loco de amar y ser amado, ser preguntaba cómo aquella mujer no estaba más indignada, y como podía volver, hablarle y responderle habiendo entre ambos aquel recuerdo.

Puesto que podía verla, oír su voz, soportar ante sus ojos la idea que no debía abandonarla, era porque aquella idea no debía serle odiosamente intolerable.

Cuando una mujer aborrece al hombre que la ha seducido, no puede verlo sin que su odio estalle. No puede serle indiferente; o lo perdona o lo detesta, y cuando perdona está cerca de amar.

Mientras pintaba con lentitud, Oliverio argumentaba para sí con razonamientos claros y seguros; se sentía lúcido, fuerte y dueño ya de los acontecimientos.

Le bastaría ser prudente y tener paciencia para que la recobrase un día u otro.

Y supo esperar; para tranquilizarla y reconquistarla fue astuto a su vez; empleó ternuras disimuladas bajo aparentes arrepentimientos, atenciones vacilantes y actitudes indiferentes.

Tranquilo con la certeza de la próxima dicha, poco le importaba que llegase pronto o tarde, y hasta experimentaba cierto placer refinado en no precipitarse, en espiarla, y en decirse que tenía miedo al ver que iba siempre con su hija.

Comprendía que entre ambos se verificaba lento trabajo de aproximación, y veía en las miradas de la condesa algo extraño, algo dolorosamente dulce, como llamamientos de un alma que lucha y un corazón que desfallece, y parece decir:

– ¡Oblígame!

Poco tiempo después fue ya la condesa sola al estudio, tranquilizada con la reserva de Oliverio, y entonces la trató él como a una amiga, hablándole de sus proyectos y de su arte como lo hubiera hecho a una hermana.

Encantada por aquella confianza, tomó ella gustosa el papel de consejera, halagada porque la distinguiese entre las demás, y creyendo que su talento ganaría en delicadeza con aquella intimidad intelectual.

Pero en fuerza de consultarla y mostrarle deferencia, Oliverio la hizo pasar de las funciones de consejera al sacerdocio de inspiradora.

Any halló de su gusto esta extensión de su influjo sobre el grande hombre, y consintió de cierto modo que la amase como artista, puesto que ella inspiraba sus obras.

Y una tarde, después de una larga conversación acerca de las mujeres amadas por los pintores ilustres, la condesa se dejó caer en brazos de Oliverio, y allí permaneció esta vez, sin tratar de huir y devolviéndole sus besos.

No sintió ya remordimientos, pero sí el vago presentimiento del olvido. Creyó en la fatalidad para acallar el grito de la razón.

Arrastrada hacia él por su corazón, que había permanecido virgen, y por su alma, llena de afectos, dejó dominar su carne por la lenta conquista de las caricias y se fundió en él poco a poco, como todas las mujeres cariñosas que aman por primera vez.

El hecho fue en Oliverio como una aguda crisis de amor sensual y poético. Muchas veces creía que en su esperar con los brazos abiertos, había conseguido aprisionar el ideal que espolea constantemente nuestro deseo.

Había concluido el retrato de la condesa, su mejor retrato, ciertamente, puesto que en él había fijado ese algo inexpresable, ese reflejo misterioso, esa fisonomía del espíritu que rara vez descubre el pintor y que pasa impalpable sobre todos los rostros.

Pasaron meses y años sin que apenas aflojasen el lazo que ataba a la condesa y a Oliverio. No sentía éste los ardores primeros, pero sí un afecto sosegado como una amistad llena de amor que había llegado a ser una costumbre en él.

Crecía en ella, por el contrario, aquella adhesión apasionada, la adhesión de ciertas mujeres cuando se entregan por entero y para siempre a un hombre. Fieles y rectas en el adulterio como lo hubiesen sido en el matrimonio, hacen fe de un

amor único del que nada las separa, sólo desean el amor de un hombre, sólo en él se miran, y en tal medida llenan con él su corazón y su pensamiento, que nada cabe en ella fuera de este defecto. Siguen con él su existencia con la resolución del que sabiendo nadar y queriendo morir, se liga las manos antes de saltar el parapeto de un puente.

A partir del momento en que la condesa se entregó de este modo a Bertín, empezó a sentir dudas sobre la constancia de Oliverio. A ella no lo unía más que su voluntad de hombre, su capricho pasajero por una mujer encontrada por azar, como tantas otras.

Se veía libre y fácil para la tentación, porque vivía, como todos los hombres, sin deberes y sin escrúpulos.

Era célebre, buena figura, solicitado; tenía al alcance de sus deseos fáciles todas las mujeres del gran mundo, cuyo pudor es tan frágil, y todas las mujeres del teatro y alquiler pródigas de sus favores para con hombres como él. Cualquiera de ellas podía, después de una cena, seguirlo, gustarle y guardarlo para sí.

Vivió con el temor de perderlo, espionando sus actitudes y maneras, alarmándose por una palabra, angustiándose cuando admiraba a otra mujer o cuando alababa el encanto de un rostro o la gracia de un talle.

Todo lo que ella ignoraba de su vida la hacía temblar, y lo que sabía la aterraba.

Cada vez que se veían, gastaba el ingenio en interrogarlo sin que él lo notase, para que diese su opinión sobre la gente que había visto, las casas en que había comido, o las impresiones que habían pasado por su espíritu; y cuando creía presenciar en él la influencia de alguien, la combatía con prodigiosa astucia e innumerables recursos.

No dejaba nunca de sospechar esas intriguillas sin raíz profunda, que de tanto en tanto, ocupan quince días en la vida de todo artista conocido.

Entonces sufría y dormía con sueño turbado por el torcedor de la duda.

Iba a su casa sin prevenirlo para sorprenderlo, le hacía preguntas que parecían sencillas, y tanteaba en su corazón y su pensamiento, como se ausculta en un organismo para conocer la enfermedad desconocida.

Cuando se veía sola lloraba, segura de que aquella vez se lo arrebataban y le robaban aquel amor a que tan firme se adhería ella, por lo mismo que en él había puesto toda su voluntad y su fuerza afectiva, sus esperanzas y sus sueños todos.

De este modo, cada vez que lo veía volver hacia ella después de aquellos rápidos apartamientos, experimentaba el recobrarlo, como cosa perdida y hallaba luego, una felicidad profunda y muda que la hacía entrar en cualquier iglesia al paso para dar gracias al cielo.

Su preocupación de seguir gustándole más que ninguna otra y de guardarle contra las demás, había hecho de su existencia una lucha no interrumpida de coquetería para él sólo con su belleza, su gracia y su elegancia por armas.

Quería que donde quiera que Oliverio oyese hablar de ella alabasen su gusto, su ingenio y sus trajes, y se empeñaba en gustar a los demás por él, para que se sintiese orgulloso de ella. Y siempre que notaba en él celos hallaba medio de proporcionarle el placer de una victoria después de hacerlo sufrir un poco, para que se reavivase su amor excitando su vanidad.

Comprendiendo que un hombre puede encontrar otra mujer, de encanto físico más poderoso por ser más nuevo, recurrió a un nuevo medio: lo aduló y lo mimó.

Por modo discreto y continuo lo rodeó de elogios, lo meció con su admiración, con el fin de que lejos de ella, aquellos homenajes le resultasen fríos e incompletos junto a los suyos. De esta manera, si otras podrían amarlo ninguna lo comprendería como ella.

Hizo de manera que los salones de su casa, que él frecuentaba, fuesen un cebo para su orgullo de artista, tanto como para su amor de hombre, y el único sitio de París que Oliverio prefiriese porque en él satisfacía todas sus ambiciones.

No solamente se dedicó a halagar todos sus gustos en aquella casa, haciéndole experimentar un bienestar irremplazable, sino que supo crearle otros nuevos en apetitos de todo género, morales y materiales, en pequeños cuidados, en afección, en adoración y halagos.

Se esforzó en conquistar sus ojos por el espectáculo de la elegancia, su olfato por los perfumes, su oído por los elogios y su paladar por los manjares.

Pero cuando la condesa hubo acostumbrado el cuerpo y es espíritu del soltero egoísta y mimado en fuerza de cuidados tiránicos; cuando estuvo segura de que ninguna amante tendría como ella el cuidado de mantenerlos para retenerlo con todos los goces de la vida, tuvo de pronto miedo al verlo aburrido de su propio hogar y quejándose sin cesar de vivir solo y de no poder ir a casa de ella sino guardando todas las reservas impuestas por la sociedad.

Y cuando lo vio buscar en su círculo y en todas partes el medio de endulzar su soledad, tuvo miedo de que llegase a pensar en el matrimonio.

Sufría en ciertos momentos tanto con este temor, que deseaba hacerse vieja para acabar con aquella angustia y descansar en un afecto que entonces sería sosegado y tranquilo.

Pasaron, no obstante, los años sin desunirlos. La cadena que Any había forjado era sólida, y cuidaba de reponer los eslabones gastados. Siempre cuidadosa, vigilaba el corazón del pintor como se cuida de un niño que cruza una calle llena de carruajes, sin dejar de temer el acontecimiento imprevisto que parece amenazarnos siempre.

Sin sospechas ni celos, hallaba el conde natural aquella intimidad entre su mujer y un artista célebre, recibido en todas partes con grandes miramientos, y a fuerza de verse aquellos dos hombres, habían acabado por habituarse primero uno a otro, y por estimarse al fin.

III

Llegado el viernes fue Oliverio a casa de su amiga para comer y celebrar el regreso de Anita de Guilleroy.

No encontró en el salón pequeño estilo Luix XV más que al señor de Musadieu, que acababa de llegar también.

Era éste un anciano de agudo ingenio, que hubiese podido ser hombre de valer, y que no se consolaba de no haberlo sido.

Antiguo ex conservador de los museos imperiales era cuando logró ser nombrado inspector de Bellas Artes de la República, lo cual no le impedía ser, ante todo, amigo de los príncipes, de todos los príncipes y princesas, de las duquesas de la aristocracia europea, y protector jurado de los artistas de todo género.

Dotado de viva inteligencia, capaz de entenderlo todo, con facilidad de palabra que le permitía decir con elegancia las cosas más vulgares, y de una ductibilidad en el pensar que lo hacía estar a su gusto en todos los ambientes, gozaba de un olfato de diplomático que le facilitaba el juzgar a los hombres a primera vista, y paseaba por los salones un día y otro día su actividad despierta, inútil y parlera.

Apto para todo, al parecer, hablaba de todo con aires de competencia simpática y claridad de vulgarizador, lo cual le hacía ser apreciado de las mujeres a quienes prestaba los servicios de un bazar de erudición ambulante.

Sabía, efectivamente, muchas cosas, sin haber leído más libros que los indispensables, y hacía buenas migas con las cinco Academias, y con todos los sabios escritores y eruditos especialistas a quienes sabía escuchar.

Olvidaba pronto las explicaciones sobrando técnicas o inútiles para sus relaciones, retenía bien las demás, y revestía estos conocimientos así espigados de aspecto propio y bonachón, que los hacía comprensibles como la ciencia recreativa.

Después de oído se lo juzgaba como un depósito de ideas, como un vasto almacén en el que no hallase nunca los objetos raros pero si los corrientes, y éstos de todo género, de universal origen y baratos, desde los utensilios caseros hasta los vulgares instrumentos de física recreativa o de cirugía doméstica.

Los pintores con quienes por sus funciones tenía que rozarse, hablaban mal de él y lo temían, pero él les prestaba ciertos servicios, hacía que vendiesen sus cuadros, les buscaba relaciones en sociedad y gustaba de presentarlos y protegerlos empujándolos.

Parecía consagrado a una empresa misteriosa, consistente en fundir a la gente del arte con las del mundo, y se alababa de conocer íntimamente a éstas, de entrar familiarmente en su casa, y de cenar la misma noche con Pablo Adelmans, Oliverio Bertín y Amaluray Maldant.

Bertín lo apreciaba mucho, y le parecía simpático.

– Es la enciclopedia de Julio Verne encuadrada en piel de asno –decía él.

Al entrar Oliverio estrechó la mano del señor Musadieu y se pusieron a hablar de la situación política y de los rumores de guerra que Musadieu creía alarmantes.

Para ello exponía sus razones que juzgaba incontrastables, pues Alemania tenía interés en aplastarnos y en apresurar el momento esperado durante dieciocho años por Bismark.

Oliverio probaba también con argumentos irrefutables que aquellos temores eran quiméricos, que Alemania no podía comprometer su conquista por una aventura dudosa, y que no podía ser que el canciller fuera tan imprudente, que arriesgase en los últimos años de su vida, su obra y su gloria de un golpe.

El señor de Musadieu se daba aire de saber cosas que se podían revelar. Aquel día había hablado con un ministro y encontrado al gran duque Wladimir, que había regresado de Cannes la noche anterior.

El artista resistía y ponía en duda con tranquila ironía la competencia de los bien informados porque además de aquellos rumores estaban los manejos de Bolsa. Únicamente Bismark podía saber la verdad en todo aquello.

Entró el señor de Guilleroy y se excusó con frases suaves de haberlos dejado solos.

—¿Y qué pensáis vos de los rumores de guerra, mi querido diputado? —preguntó el pintor.

El señor de Guilleroy se enredó en un discurso al oír la pregunta.

Dijo que como miembro de la Cámara sabía de aquello más que nadie, y no estaba conforme con la mayoría de sus compañeros. No, no creía en la probabilidad de un conflicto próximo a menos que fuese provocado por el turbulento carácter francés o las quijotadas de los que se llamaban patriotas de la Liga.

Hizo de Bismark un retrato a grandes rasgos, a lo Saint-Simon. Dijo de él que era un hombre a quién no quería entenderse por el afán de colgar a otros el propio modo de pensar o de ver que haría lo que uno mismo, a estar en su lugar. Bismark no era un diplomático falso y embustero, sino un cantaclaro, una verdad brutal que decía lisamente lo que intentaba. Si decía que quería la paz es que quería la paz y nada más que la paz, como lo probaba de modo claro hacía dieciocho años, incluso por sus armamentos, sus alianzas y el haz de pueblos unidos contra nuestra impetuosidad.

El señor de Guilleroy acabó diciendo con tono profundo y convencido.

Es un gran hombre, pero muy grande, que desea la paz, creyendo que las amenazas y los medios violentos son el mejor camino para lograrla. Es, en suma, un ilustre bárbaro de la Edad moderna.

—El que quiere el fin, quiere los medios —replicó Musadieu—. Concedo que desee la paz si me concedéis vos que siempre ha querido la guerra para obtener aquella. Esta es una verdad indiscutible y aplastante: en el mundo sólo se hace la guerra por la paz.

— ¡La señora duquesa de Mortemain! —anunció el criado.

En la puerta apareció una mujer alta y robusta, que entró con solemnidad.

—¿Qué tal duquesa? —preguntó Guilleroy saliendo a su encuentro y besándole el extremo de los dedos.

Los otros dos hombres la saludaron con cierta familiaridad reservada. La duquesa tenía maneras cordiales y bruscas.

Era viuda del general de Mortemain, y madre de una hija casada con el príncipe de Salia.

Hija del marqués de Frandal, de alta prosapia y riquísimo, recibía en su palacete de la calle de Varennes a todas las personalidades del mundo que allí se daban cita.

Ninguna Alteza pasaba por París sin comer en su mesa; ningún hombre hacía hablar de sí sin que ella sintiese deseo de conocerlo. Necesitaba verlo,

hacerlo hablar y juzgarle, y esto la divertía extraordinariamente, ocupaba su vida y alimentaba la llama de curiosidad altanera y protectora que ardía en ella.

Apenas se hubo sentado la duquesa cuando el criado anunció a los barones de Corbelle.

Eran jóvenes ambos, él grueso y ya calvo, y ella delgada, elegante y muy morena.

Esta pareja ocupaba un lugar especial en la aristocracia francesa, debido a la escrupulosa elección de sus relaciones.

Procedían de no muy egregia cepa., y valían, por sí, muy poco.

Pero regulaban sus actos por un cariño inmoderado por todo lo que era escogido, distinguido y correcto.

A fuerza de pisar solamente las casas más tituladas, de mostrar sus sentimientos realistas, piadosos y correctos en grado sumo, de respetar lo respetable y despreciar lo despreciable, no engañándose nunca en punto a dogmas sociales ni dudando nunca en puntos de etiqueta, habían llegado a pasar a los ojos de muchos por la flor de la “high-life”.

Su opinión era como un decreto de la corrección misma, y su presencia en una casa daba ejecutoria de respetabilidad.

Los Corbelle eran parientes del conde de Guilleroy.

–¿Y vuestro mujer? – preguntó admirada la duquesa.

–Un momento, nada más que un momento –dijo el conde– Ahora vendrá...

Hay sorpresa.

Cuando la señora de Guilleroy al mes de casada hizo su entrada en el mundo, fue presentada a la duquesa de Mortemain, quién la adoptó y protegió acto seguido.

Esta amistad no se había enfriado en veinte años, y cuando la duquesa decía “mi niña”, se notaba aún en su voz la emoción de aquella afección súbita y persistente.

En casa de la duquesa ocurrió el encuentro del pintor y la condesa.

–¿Ha visto la duquesa la exposición de los “Intemperantes” –preguntó Musadieu acercándose a la duquesa.

–No ¿qué es eso?

–Un grupo de artistas nuevos, impresionistas en estado de embriaguez. Dos de entre ellos son notables.

–No me gustan las bromas de esos caballeros –repuso desdeñosamente la duquesa.

Autoritaria y brusca, no admitía otra opinión que la suya, fundada únicamente en la conciencia de su posición social, y tenía a los artistas y a los sabios, sin darse buena cuenta, por mercenarios inteligentes encargados por Dios de distraer a la gente del gran mundo o servirla.

Sus juicios no tenían otra base que el grado de admiración o de placer, sin razonar que procuraba la vista de un objeto, la lectura de un libro o el relato de un descubrimiento.

Alta, robusta, pesada y con buena voz, pasaba por tener grandes modales, opinión que debía a que nada la turbaba, a que decía todo sin ambages, y a la protección que a todos dispensaba: a los príncipes destronados con sus recepciones en honor suyo, y hasta al Todopoderoso por sus mercedes al clero y sus donativos a los templos.

–¿Sabe la duquesa que se cree haber dado con el asesino de Maria Lambourg? –preguntó Musadieu.

–¡No! Contadme eso –dijo sintiéndose bruscamente interesada.
Musadieu contó con detalles el caso.

El viejo Musadieu, alto, chupado, con su chaleco blanco, sujeta la pechera con botones de diamantes, hablaba sin gesticular, con su ademán correcto, que le permitía exponer sin alarma los conceptos más escabrosos, arte en que era peritísimo.

Era un miope y a pesar de sus lentes nunca parecía ver a nadie. Cuando se sentaba se hubiese creído que su armazón óseo seguía y se amoldaba en las líneas de la butaca; su torso doblado se achicaba, como si la columna vertebral hubiera sido de caucho; sus piernas cruzadas una sobre otra, parecían dos madejas retorcidas, y los brazos posados en los del sillón dejaban caer las manos pulidas terminadas por largos dedos.

Su pelo y su bigote, artísticamente teñidos, pero dejando ver algún hilo blanco hábilmente olvidado, eran motivo de crítica con frecuencia.

Estaba contando Musadieu a la duquesa que las joyas de la cortesana asesinada habían sido regaladas por el presunto asesino a otra mujer de la misma especie cuando se abrió la puerta del salón y aparecieron dos mujeres con los brazos en los talles y sonriendo.

Iban vestidas de encajes blancos y blondas sobre fondo de Malinas crema, y se parecían como dos hermanas de edades diferentes que fuesen una más dura, más hecha, y la otra más fresca y espigada.

Se acogió su entrada con exclamaciones y aplausos.

Nadie, fuera de Oliverio, sabía nada del regreso de Anita de Guilleroy.

La aparición de la hija junto a la madre, hizo que se hallase encantadoras las dos, porque de lejos parecía la condesa tan fresca y hasta más bella que su hija, como flor y abierta y en todo su esplendor, mientras que Anita era como el capullo entreabierto y empezaba solamente por ser bonita.

La duquesa aplaudía encantada y exclamando:

–¡Pero que monas están juntas, Dios mío! Mirad, señor de Musadieu, mirad cómo se parecen.

Se comparó a la madre con la hija y hubo dos opiniones. Según parecer de Musadieu, de los Corbelle y del conde, Any y su hija sólo se parecían en el color, en los cabellos, y sobre todo, en los ojos, que eran los mismos, que estaban igualmente salpicados de puntitos negros como gotitas de tinta caídas en el iris azul.

Pero añadían que en breve plazo y cuando la joven fuese una mujer, ya no se parecerían.

Según la duquesa y Oliverio, las dos se parecían y sólo había diferencia en la edad.

– ¡Cómo ha cambiado en tres años! – decía el pintor–. No la conozco y no quiero tutearla ya.

– ¡Cómo! – replicó riendo la condesa–, ¡tendría gracia que hablaseis de “vos” a Anita!

– Yo seré quien no se atreverá a usar del “tú” con el señor Bertín –repuso la joven, que dejaba ya asomar en sus modales tímidamente resueltos la desenvoltura que había de tener.

–Puedes seguir esa mala costumbre, te lo permito –dijo su madre sonriendo–. Ya reanudareis las amistades.

Anita movió negativamente la cabeza.

–No –dijo–, eso me molestaría.

La duquesa la besó y la examinó como perita interesada.

–A ver, nena, mírame a la cara... Sí, tienes la misma mirada de tu madre, ya serás algo en cuanto brilles un poco. Hay que engordar algo, no mucho; estás delgada.

–No le digáis eso –dijo la condesa.

–¿Por qué no?

–Porque es muy bonito estar delgada; yo voy a procurar adelgazarme.

La duquesa se enfadó, olvidando, con sus raptos de viveza la presencia de una joven.

– ¡Siempre así! –exclamó–. Estáis por el hueso porque se viste mejor que la carne. Yo soy de la generación de las mujeres gruesas. Lo que decís me recuerda las vacas de Egipto, y no comprendo cómo los hombres se contentan con vuestras armazones. En mis tiempos tenían otro gusto; pero ahora lo dejan todo para la modista y nada para la intimidad...

Se calló al ver las sonrisas de todos, y añadió:

– Mira a tú mamá, nena; ponte como ella, ni más ni menos.

Pasaron todos al comedor, y cuando estuvieron sentados, Musadiou prosiguió la discusión:

– Yo sostengo que los hombres deben ser delgados –dijo – porque han nacido para ejercicios que reclaman destreza y agilidad incompatibles con la obesidad. En las mujeres es distinto. ¿No opináis como yo, Corbelle?

Corbelle se quedó perplejo, porque la duquesa era gruesa y su mujer más que delgada.

Pero la baronesa acudió en auxilio de su marido, pronunciándose por la esbeltez. Precisamente el año anterior hubo de luchar ella contra el principio de la obesidad, que logró dominar en seguida.

–¿Y qué hicisteis? – preguntó la señora de Guilleroy.

La baronesa explicó el método seguido por las mujeres elegantes del día, que consistía en no beber en las comidas y tomar solamente una hora después una taza de té hirviendo.

Era de éxito seguro, y citó casos de mujeres gruesas que en tres meses se habían quedado como cuchillos.

– ¡Pues es tonto mortificarse de ese modo! – dijo con enfado la duquesa–. Con esa dieta acabáis porque no os guste ni el champagne. Vamos a ver, señor Bertín, vos que sois artista, ¿qué opináis?

– Yo soy pintor, señor, y visto con el pincel. Si fuese escultor, tal vez me quejase.

– ¿Yo? Pues... una elegancia... bien mantenida, la que llama mi cocinera un pollo cebado, que no está gordo, pero si lleno y fino.

El símil hizo reír, pero la condesa seguía en sus trece y miraba a su hija diciendo:

–Es muy agradable estar delgada; las mujeres delgadas no envejecen.

Este punto se discutió también y dividió a la reunión, pero todos convinieron en una cosa: que no era conveniente que una persona demasiado gruesa adelgazase rápidamente.

Esta observación dio ocasión para pasar revista a algunas mujeres conocidas y a nueve dimes y diretes sobre su gracia, su elegancia o su belleza.

Musadiou opinaba que la rubia marquesa de Lochrits era incomparablemente guapa, mientras que Bertín creía que no tenía rival la señora de Mandelière, que

era morena, de frente bien asentada y de boca un poco grande, en la que blanqueaba la dentadura.

Estaba Oliverio sentado junto a la joven, y de pronto se volvió a ella y le dijo:

–Oye bien, Anita: al menos una vez por semana y hasta que seas vieja oirás repetir lo que hemos dicho. En ocho días aprenderás de memoria cuanto piensa la gente sobre la política, las mujeres, las obras dramáticas, etc. Te bastará cambiar los nombres o los títulos de tanto en tanto, y una vez oídos todos los pareceres tú formarás el tuyo sosegadamente, como cumplimiento del deber de tener uno. Y después no necesitarás volver a pensar porque podrás descansar con la opinión hecha.

La joven no contestó y lo miró maliciosamente con sus ojos en que destellaba una inteligencia nueva, despierta, viva, y como sujeta hasta entonces y dispuesta a volar.

Pero la duquesa y Musadieu, que jugaban con las ideas como a la pelota, sin ver que siempre se cambiaban las mismas, protestaron en nombre del pensamiento y de la actividad humana.

Bertín se esforzó entonces por demostrar que la inteligencia de la gente elevada, aun la más instruida, carece de valor, o fundamento y de empuje, que sus creencias están pobremente basadas, que su gusto por los placeres del espíritu es débil e indiferente, que sus aficiones son tornadizas y dudosas.

Tocado por uno de esos accesos de indignación, mitad verdaderos y mitad ficticios que provoca el deseo de ser elocuente, y que refuerza un criterio claro de ordinario oscurecido por la benevolencia, demostró que la gente que tiene por únicas ocupaciones de la vida hacer visitas y comer fuera, acaban de modo fatal e irresistible por ser figurillas ligeras y bonitas, pero huecas, vagamente agitadas por cuidados, creencias y ambiciones superficiales.

Hizo ver que en ellas nada hay profundo, ardiente ni sincero, que su cultura intelectual es nula, y su erudición un barniz, y que son, en suma, maniqués que remedan los gestos de gente de calidad sin tenerla.

Probó que nada quieren porque las débiles raíces de sus instintos agarran en las convenciones y no en las realidades, y que el lujo de su existencia es una satisfacción a su vanidad y no el culto de una pasión refinada del cuerpo, puesto que en casa de esta gente se come mal y se bebe peor, pero pagado muy caro.

–Viven –añadió– aparte de todo, sin ver ni penetrar en nada, junto a la ciencia, que desconocen, junto a la naturaleza a la que no saben ver; aparte de la felicidad, porque son impotentes para gozar ardientemente de algo; aparte de las bellezas del mundo o del arte de que hablan sin haberlas visto y hasta sin creer en ellas, pues ignoran que cosa es la embriaguez que dan los goces de la vida y la inteligencia, y son incapaces de adherirse a una cosa para adorar sólo en ella y de interesarse en nada hasta el punto de saturarse en la felicidad de comprenderla.

El barón de Corbelle creyó su deber tomar la defensa de los ausentes.

Y lo hizo con argumentos inconsistentes e irrefutables de esos que se funden ante la razón como la nieve al calórico; razonamientos impalpables, absurdos y contundentes como los que emplearía un cura de misa y olla para demostrar la existencia de Dios. Acabó comparando a la gente del gran mundo con los caballos de carrera, que no sirven, ciertamente, para nada, pero que son gloria de la raza caballar.

Amoscado Bertín ante aquel adversario, guardó silencio desdeñoso y cortés, pero la imbecilidad del barón lo irritó, y cortándole bruscamente el discurso refirió la vida de un hombre bien educado desde que se levanta hasta que se acuesta.

Se veía primeramente al caballero, vestido por su ayuda de cámara, desarrollando unas cuantas ideas generales ante el peluquero que iba a afeitarlo, y después, al dar el paseo matinal, preguntando a los mozos de cuadra por la salud de los caballos. Después de trotar por las avenidas del bosque, cuidando únicamente de saludar y ser saludado; luego el almuerzo con su mujer (quién por su parte ha salido en su cupé), y enumerándole las personas vistas por la mañana; más tarde, por la noche, de salón en salón, para fortificar la inteligencia con el trato de sus semejantes, o comiendo en casa de un príncipe donde se discuta la actitud de Europa. Y concluía la noche en el “foyer” del cuerpo de baile de la ópera, en el que su afán de vivir y corrido se satisface con aquello, con el inocente placer de pisar un sitito mal afamado.

Sin que hubiera alusión mortificante para nadie, era tan exacto el retrato que todos rieron.

Movida la duquesa por su alegría contenida de obesa, reía discretamente y acabó por decir:

–Es demasiado; vais a hacerme morir de risa.

–Señora –replicó Bertín muy excitado–, nadie se muere de risa en el gran mundo; apenas se ríe ya, porque lo que se hace es aparentar que nos reímos. Se imita bien la mueca, no más. Id a los teatros populares y veréis reír también. Visitad los camastros del soldado, y lo veréis reír hasta llorar, ante las gracias de uno de ellos. Pero en nuestros salones no se ríe, porque en ellos se hace simulacro de todo, hasta de eso.

–Permitid... sois muy severo –dijo interrumpiendo Musadieu–. Me parece que vos mismo no despreciáis ese gran mundo del que tan bien os burláis.

–¿Yo? Al contrario: me gusta –contestó Bertín sonriendo.

–¿Entonces...?

–Entonces... os diré que también me desprecio un poco como mestizo de raza dudosa.

–Eso es sólo por hablar –dijo la duquesa.

Oliverio se defendió de la acusación, y la duquesa cerró la discusión declarando que a todos los artistas les gustaba hacer tomar gato por liebre.

Se generalizó luego la conversación amistosa y discreta.

La comida tocaba al fin, y de pronto dijo la condesa señalando sus copas llenas:

–No he bebido nada, ni una gota; veremos si adelgazo.

Enfadada la duquesa quiso que bebiera uno o dos sorbos de agua mineral, pero fue en vano.

–¡Tonta!– exclamó –, ¿a qué la vuelve loca su hija? Os ruego, Guilleroy, que impidáis a vuestra mujer hacer semejante tontería.

El conde estaba explicando en aquel momento a Musadieu un sistema de desgranadora mecánica inventada en América, y no había oído.

–¿Qué locura, duquesa?

–La de hacer adelgazar.

El conde miró a su mujer benévolo e indiferente.

–El caso es que no he adoptado la costumbre de contrariarla –dijo.

La condesa se había levantado tomando el brazo de su vecino de mesa, el conde ofreció el suyo a la duquesa, y todos pasaron al salón grande. El saloncito tocador se reservaba para las recepciones de día.

Era el salón una pieza amplia y clara.

Las paredes, cubiertas de hermoso revestimiento en seda azul pálido de dibujo antiguo, tomaban tono lunar con la luz de las lámparas y la araña.

En el centro del entrepaño mayor, el retrato de la condesa, hecho por Oliverio, parecía vivir y animarlo todo. Estaba allí como en casa propia, derramando en el salón su sonrisa de mujer joven, la gracia de su mirada y el encanto de sus cabellos rubios.

Era ya casi costumbre, como el hacer la señal de la cruz al entrar en la iglesia, detenerse ante el retrato y cumplimentar a la modela por la obra del pintor.

Musadieu no faltaba jamás a la costumbre. Su opinión de experto pagado por el Estado tenía gran valor, y creía deber suyo alabar convencido el valor de aquella pintura.

– Verdaderamente –dijo– es éste el mejor retrato moderno que conozco; tiene una vida prodigiosa.

El conde, que creía poseer una obra maestra en fuerza de oírlo alabar, se acercó. Durante un par de minutos, ambos acumularon sobre la tela todas las fórmulas usadas y técnicas sobre las cualidades aparentes o intencionadas del lienzo.

Todos los ojos, levantados sobre él, parecían llenos de admiración, y Oliverio, acostumbrado a aquellos elogios de los que no hacía más caso que de las preguntas sobre la salud después de un encuentro en la calle, colocó mejor el reflector de la luz que el criado había dejado de través.

Se sentaron después todos, y el conde se acercó a la duquesa.

–Creo que mi sobrino vendrá y os pedirá una taza de té. –dijo la de Mortemain a Guilleroy.

Entre la duquesa y el conde había habido, respecto de este sobrino, proyectos mutuos que aún no se habían confiado.

El marqués de Farandal, tenía veintiocho años, y era uno de los más envidiados directores de cotillón en Europa, a tal punto, que muchas veces se lo llamaba de Viena y Londres para coronar con giros de vals los bailes de príncipes.

Aunque carecía de fortuna era uno de los hombres más buscados y envidados de París, ya por su posición, por su familia, por su nombre o por sus parentescos casi regios.

Era preciso consolidar aquella gloria naciente de bailarín y “sportman”, y reemplazar después de un enlace con novia rica, muy rica, aquellos éxitos sociales por éxitos políticos.

Una vez que fuese diputado, el marqués sería por aquel solo hecho uno de los más firmes sostenes del futuro trono, consejero del rey, quién sabe si jefe de partido.

Bien informada la duquesa, sabía que la fortuna del conde de Guilleroy era enorme.

Era el conde prudente economizador y habitaba un simple piso, pudiendo vivir como gran señor en uno de los mejores palacetes de París.

La duquesa conocía sus especulaciones siempre afortunadas, su olfato de negociante, su participación en los más fructuosos negocios emprendidos de diez años atrás, y había concebido el proyecto de casar a su sobrino con la hija del

diputado normando, quien adquiriría por aquel hecho influencia preponderante en la sociedad aristocrática y entre los íntimos de los príncipes.

Guilleroy, que había hecho un matrimonio rico y aumentado hábilmente su fortuna propia, acariciaba también otras ambiciones.

Creía en la vuelta del rey, y deseaba hallarse para entonces en disposición de aprovechar el suceso del modo mejor posible.

No contaba para ello gran cosa con su simple posición de diputado pero una vez convertido en suegro del marqués de Farandal, cuyos antecesores habían sido los íntimos fieles y preferidos de la casa real, subiría al primer lugar.

La amistad de la duquesa con su mujer daría, por otra parte, a aquella unión carácter íntimo que aumentaría su valor.

Había hecho volver a su hija para precipitar el acontecimiento, temerosos de que el marqués diese con otra joven que supiese engancharlo.

Presintiendo o adivinando sus proyectos, la duquesa les prestaba su complicidad silenciosa, y aquel mismo día, sin tener noticia del brusco regreso de Anita, había comprometido a su sobrino para que fuese a casa de Guilleroy, con objeto de acostumbrarlo poco a poco a que la frecuentase.

Por primera vez hablaron abiertamente el conde y la duquesa de sus mutuos deseos, que se sellaron en un trato de alianza antes de separarse.

En el otro extremo del salón se oía reír:

Musadieu contaba a la baronesa de Corbelle el caso de la presentación de una embajada de negocios al presidente de la República, cuando fue anunciado el marqués de Farandal.

Apareció en la puerta y se detuvo en el umbral. Con movimiento rápido y familiar del brazo se colocó el monóculo en el ojo derecho y allí lo mantuvo, más que para ver quién había en el salón, para que los demás tuviesen tiempo de verlo y lo tuviese él para marcar bien su entrada.

Con un movimiento imperceptible de la mejilla y la ceja, dejó caer el lente colgado de finísimo hilo de seda, y se adelantó vivamente hacia la señora de Guilleroy, cuya mano besó inclinándose. Hizo lo mismo con su tía, y luego saludó a los demás con apretones de manos, yendo de uno a otro con elegante desenvoltura.

Tenía el marqués buena estatura, bigote rubio, y era un poco calvo ya, airoso, y con ademanes de “sportman” a la inglesa.

Se adivinaba, viéndolo, que todos sus miembros estaban más trabajados que la cabeza, y que sus aficiones debían ir por el lado del desenvolvimiento de la fuerza y actividad físicas.

Era, no obstante, instruido, porque se esforzaba en aprender, forzando la tensión cerebral, lo que más tarde podía serle útil, ya la historia, fijándose en las fechas y despreciando las enseñanzas de los hechos, ya las nociones de economía política necesarias para un diputado, ya el ABC de la sociología para uso de las clases directoras.

Musadieu lo apreciaba y decía de él que llegaría a ser hombre de valor; Bertín conocía su destreza y su vigor.

Iban a la misma sala de armas, cazaban juntos con frecuencia y solían encontrarse a caballo en las avenidas del Bosque.

Había, pues, nacido entre ellos una simpatía de gustos comunes, masonería instintiva que crea entre dos hombres un asunto de conversación preferida y agradable para ambos.

Cuando presentaron Anita al marqués, tuvo éste una brusca intuición de los proyectos de su tía, y después de inclinarse la examinó rápidamente como buen aficionado.

La encontró graciosa y llena de promesas. Su larga práctica en el cotillón le había hecho conocer a las muchachas y predecir sobre el porvenir de la belleza, como un catador que gusta vino nuevo.

Cambió con ella unas cuantas frases insignificantes, y se sentó junto a la baronesa de Corbelle para charlar a media voz.

Se retiró todo el mundo temprano.

Cuando todos se hubieron ido y se apagaron las luces y los criados se acostaron, el conde retuvo a su mujer en el salón alumbrado sólo con dos bujías, y delante de ella, ya soñoliento en una butaca, expuso, pasando arriba y abajo, sus proyectos, previó todas las combinaciones y marcó todas las actitudes que habían de tomarse.

Era ya tarde cuando se retiró, y encantado de la velada de aquella noche, murmuró para sí:

– Creo que es negocio hecho.

IV

“¿Cuándo venís, amigo mío? No os he visto hace tres días y me parecen muchos. Mi hija me distrae, pero ya sabéis que no puedo pasar sin vos.”

Estaba Oliverio dibujando al lápiz, en busca siempre de un asunto nuevo, cuando volvió a leer la carta de la condesa, que después dejó en una papelera sobre un montón de otras recibidas desde el principio de sus relaciones.

Se habían acostumbrado a verse casi diariamente Oliverio y la condesa, gracias a las facilidades que para ello les daba el alto medio social en que vivían. De vez en cuando iba ella a casa de él, y sin interrumpir su trabajo se sentaba a su lado una o dos horas, en la misma butaca en que se sentaba cuando Oliverio la retrató.

Pero la condesa temía el espionaje de los criados, y prefería para verse y cambiar la moneda menuda del amor, recibirlo en su casa o hallarlo en su salón.

Claro es que se pensaban de antemano estas combinaciones, que seguían pareciendo a Guilleroy muy naturales.

El pintor comía con otros amigos en casa de la condesa al menos dos veces por semana; los lunes iba a saludarla al palco de la Ópera, y se citaban para la misma hora en ésta o la otra casa, en que se veían como por casualidad. Oliverio sabía que noches no salía ella y entraba a tomar una taza de té, sentándose a su lado, al abrigo de aquel afecto madurado, dominado por la costumbre de verla siempre en alguna parte, de pasar junto a ella unos instantes, de cambiar algunas palabras e ideas. Y era esto en medida tal, que aun mitigada la llama del amor en Oliverio, sentía necesidad imperiosa de verla.

Mezclaba un poco de egoísmo en su afecto el deseo de la familia, la necesidad de un hogar animado, de una comida en compañía, de las veladas en que se charla sin fatiga con gente amiga y la aspiración hacia la vida de relación y de intimidad que duerme en todo corazón humano, y sobre todo en el del solterón, que pasea aquella ansia de puerta en puerta y de amigo en amigo, a los que deja algo de si mismo.

En aquella casa en que era querido y mimado, hallaba aquel sosiego, y endulzaba su soledad.

Hacía tres días que no veía a los condes, a quienes el regreso de su hija debía tener un tanto revueltos, y se aburría ya, amoscado porque no lo hubiesen llamado antes y sin querer ser el quién solicitase volver.

La carta de la condesa le sacudió el aburrimiento bruscamente.

Eran las tres de la tarde y decidió ir inmediatamente a su casa, para verla antes de que saliese.

Llamó a su criado.

– ¿Qué tiempo hace, José?

– Muy hermoso, señor.

– ¿Calor?

– Sí.

– Trae el chaleco blanco, el chaqué azul y el sombrero gris.

Vestía siempre con gusto, pero, aparte del corte correcto de su sastre, el modo de llevar el traje, la manera de andar, el ceñido de su vientre en chaleco blanco y el sombrero de fieltro gris de copa pronunciada, un poco echado atrás, revelaban de golpe al artista solterón.

Al llegar a casa de la condesa le dijeron que iba a salir para dar un paseo por el bosque.

No puso buen gesto y esperó.

Paseó, según costumbre, por el salón velado por los cortinajes, yendo de una silla a otra o de los balcones a la pared.

Sobre los veladores con pies dorados del salón se veían “bibelots” preciosos y caros, de todo género, en estudiado desorden: cajas antiguas de oro labrado, tabaqueras con miniaturas, estatuitas de marfil, objetos de plata mate muy modernos y de gusto inglés, una cochinilla minúscula y un gato debajo bebiendo en una cacerola, una petaquita en forma de pan, una caja para guardar fósforos y su estuche, un aderezo de muñeca completo, con collares, brazaletes, sortijas, broches, pendientes con brillantes, zafiros, rubíes y esmeraldas, microscópico capricho que parecía labrado por obreros liliputienses.

De tanto en tanto tomaba Oliverio uno de aquellos objetos regalados por él en determinado aniversario, lo volvía entre las manos, lo examinaba con pensativa indiferencia y volvía a colocarlo en su sitio.

En un velador colocado delante de un canapé circular había algunos libros vírgenes de lectura y encuadernados con lujo. Junto a ellos la “Revista de los dos mundos”, muy traída y llevada, con los cantos enrollados, como de haber sido muy leída, y otras publicaciones sin abrir como las “Artes Modernas” que estaban allí por el tono de su elevado precio, cuatrocientos francos al año, y la “Hoja Libre”, en que se espacian los últimos poetas que se llamaban neuróticos.

En un entrepaño estaba la mesita de escribir de la condesa, bonito mueble del siglo XVIII, en el que la condesa escribía las repuestas urgentes que le pedían durante las recepciones.

Sobre este mueble también había libros, enseña del espíritu y del corazón de la mujer: Musset, Manon Lescaut, Werther, y como para demostrar que no era extraña a las sensaciones complicadas y a los misterios de la psicología estaban las “Flores del mal”, “Rojo y Negro” y las “Mujeres del siglo XVIII”, de los Goncourt.

Junto a los volúmenes un precioso espejito de mano, obra maestra de joyería, con el cristal biselado y encuadrado en terciopelo bordado y labrado en oro y plata por el reverso.

Bertín lo tomó y se miró. De algunos años a la fecha envejecía terriblemente, y aunque creía tener el rostro más lleno de carácter que antes, empezaba a entristecerlo la caída de sus mejillas y los pliegues del cutis.

Sintió que abrían una puerta detrás de él.

–Buenos días, señor Bertín –dijo Anita entrando.

–¡Hola, nena! ¿Qué tal?

–Bien, ¿y vos?

–¡Cómo! Decididamente, ¿no me tuteas?

–No; la verdad, me cuesta trabajo.

–Vaya, bueno.

–Sí, me cuesta trabajo; me dais respeto.

– ¿Por qué?

–Porque... porque no sois ni bastante joven ni bastante viejo.

–Ante esa razón no insisto –dijo el pintor riendo.

Ana se puso de pronto encarnada hasta la raíz de los cabellos y replicó confusa:

–Mamá me encarga deciros que baja en seguida, y preguntaros si queréis venir con nosotras al Bosque.

–Sí. ¿Vais solas?

– No. Viene la duquesa de Mortemain.

– Bueno; iremos.

– ¿Me permitís que me ponga el sombrero?

– Ve, hija mía.

Al salir Anita entró la condesa, ya dispuesta.

– No se os ve, Oliverio –dijo estrechando las manos del pintor–. ¿Qué hacéis?

– Temí molestaros.

En la manera de decir “Oliverio”, puso la condesa reconvención y cariño.

– Sois la mujer más buena del mundo –dijo él conmovido por el tono con que se había pronunciado su nombre.

Arreglado aquel pequeño detalle de sus corazones, la condesa prosiguió en tono natural y ligero:

– Vamos a buscar a la duquesa a su hotel y luego daremos una vuelta por el Bosque. Antia tiene que verlo todo.

El “landau” esperaba en el portal.

Bertín se sentó frente a las dos mujeres, y el coche arrancó entre el ruido de las pisadas de los caballos en el oscuro portal.

Fueron por el gran bulevar hacia la Magdalena, templados por la alegría de la nueva primavera que caía del cielo sobre las criaturas.

El sol y el aire tibio daban a los hombres aspecto de fiesta y de amor a las mujeres, infundían placer de corretear a los chicuelos y los pinches de cocina que dejaban los cestos sobre los bancos para jugar con aquéllos; los perros iban más aprisa y los canarios en las porterías trinaban con más alegría; solamente los pencos de alquiler seguían su camino con su andadura fatigada de caballo moribundo.

– ¡Qué hermoso día hace! –exclamó la condesa.

El pintor contemplaba a madre e hija a la viva luz del día, y se decía que eran diferentes, pero al mismo tiempo tan parecidas que eran la una como la continuación de la otra, sangre de su sangre, carne de su carne animada por la misma vida.

Los ojos sobre todo, aquellos ojos manchados con los puntitos negros, de un azul fresco en la hija y un poco de colorado en la madre, lo miraban de modo tan igual cuando hablaba que parecía iban a contestar la misma cosa.

Al oírlas reír y hablar notaba con sorpresa que tenía delante dos mujeres distintas, una que había vivido y otra que empezaba a vivir.

No podía predecir Oliverio lo que sería aquella niña cuando su inteligencia nueva se abriese con los roces de la vida y al empuje de instintos y gustos todavía dormidos.

Anita era la criatura virgen dispuesta para los azares del amor, ignorante e ignorada, y salía de un puerto al que su madre volvía después de atravesar la existencia y amar.

Se conmovió pensando que aquella mujer, aun hermosa, mecida en aquel “landau” por el ambiente templado de la primavera, lo había escogido a él y seguía prefiriéndolo a los demás; se lo agradeció con una mirada que ella adivinó, y para devolver la gratitud con un estremecimiento de su traje.

– Sí, qué hermoso día –murmuró a su vez Oliverio.

Cuando hubieron recogido a la duquesa en la calle de Varenne, bajaron hacia los Inválidos, atravesaron el Sena y subieron por la avenida de los Campos Eliseos entre una marea de carruajes.

Anita iba sentada junto a Oliverio, y miraba los trenes que cruzaban, con ojos ávidos. De tanto en tanto, y cuando su madre y la duquesa contestaban a un saludo con leve inclinación de cabeza, preguntaba quién era y le contestaban que los de Pontaignin, o los de Puicelci, la condesa de Lochrist o la de Mandelière.

Siguieron por la avenida del bosque de Bolonia entre el ruido de los rodajes. Eran allí menos los coches.

Las berlinas, los pesados landós, las carretelas solemnes, se adelantaban unos a otros, y eran a lo mejor distanciados por una victoria rápida que hendía locamente aquella multitud aristocrática o media, dejando atrás clases y jerarquías y llevando a una mujer joven e indolente, con traje claro y vistoso que dejaba al pasar perfume de flor desconocida.

–¿Quién es esa señora?– preguntó Anita.

Su madre y la condesa cambiaban una sonrisa y Oliverio contestaba:

–No lo sé.

Brotaban las hojas; los ruiseñores familiares de aquel jardín parisiense cantaban ya en el Bosque, y cuando cerca del lago se formó la fila al paso, se cambiaron saludos, sonrisas y frases amables de coche a coche cuyas ruedas se tocaban.

Daba el espectáculo idea de una escuadrilla de barcas en que iban sentados personajes juiciosos. La duquesa inclinaba la cabeza a cada momento para contestar saludos de unos y otros, y pasaba revista o sospechaba de los que pasaban delante de ella.

–Mira, nena, la hermosa Mandelière, la belleza de la República.

La belleza de la República dejaba admirar en su carruaje ligero y coquetón y con cierta indiferencia por aquella indiscutible gloria de su hermosura, sus ojazos negros, sus dos dedos de frente bajo un rizado de cabellos negros, y su boca un poco grande.

–Es muy hermosa –dijo Oliverio.

No gustaba a la condesa que elogiase a otras mujeres y se encogió de hombros sin decir nada.

Pero se despertó en Anita el instinto de la rivalidad y se atrevió a decir que no la encontraba tan hermosa.

– ¡Cómo! ¿No te gusta? –dijo Oliverio volviéndose.

–No; parece que tiene el cutis tomado de tinta.

– ¡Bien, nena! –exclamó encantada la duquesa. Hace seis años que los hombres se extasían en París delante de esa mulata; creo que es para burlarse de nosotras... Mira, en cambio, la condesa de Lochrist.

Iba sola en un “landau” con un perrillo blanco; era una figura fina como una miniatura. También hacia cinco o seis años que servía de tema a sus adoradores, a quien saludaba con una sonrisa estereotipada en los labios.

Anita no se dio tampoco por satisfecha.

–Parece que está pasada– dijo.

Bertín no solía ayudar a la condesa en las discusiones con motivo de las dos rivales, pero se amoscó con la intransigencia de Anita.

–¡Caramba! –dijo–, sea o no simpática, no se puede negar que es encantadora y te deseo que te parezcas a ella.

–Callad – repuso la duquesa – no os gustan más que las mujeres que han doblado los treinta años, y tiene razón Anita, puesto que os gusta ésa que está realmente marchita.

–Permitid– dijo Oliverio–. La mujer sólo es verdaderamente hermosa, cuando sus líneas están definitivamente marcadas.

Desarrolló toda la teoría de que la primera juventud no es más que el barniz de una belleza que aun ha de madurar y probó que los hombres de gusto no se engañan prestando poca atención a las hermosas jóvenes y que tienen razón en no darles títulos de hermosas sino cuando llegan a su total desenvolvimiento.

–Tiene razón– dijo halagada la condesa–; juzga como artista; un rostro joven es precioso, pero... soso.

El pintor insistió, fijando el momento en que una cara graciosa y joven toma su forma y su fisonomía definitivas.

A cada punto decía la condesa que sí con una leve inclinación de cabeza, y cuanto más afirmaba él con calor de abogado sospechoso que defiende la causa propia, más vivamente aprobaba Anita con gestos y miradas.

Parecían aliados que se ayudaban contra un peligro o se sinceraban de una acusación falsa.

Anita no los escuchaba, ocupada sólo en mirar.

Su rostro, de ordinario sonriente, se había puesto serio, y callaba aturdida de gozo ante aquel movimiento.

El sol, las hojas, los carruajes, toda la vida espléndida y alegre que pasaba parecía creada para ella.

Pensaba que podría ir todos los días, ser conocida, envidiada, saludada a su vez y señalada por los hombres que tal vez dijese que era hermosa. Buscaba entre ellos lo que le parecían más elegantes y preguntaba sus nombres, sin preocuparse más que de aquellas sílabas reunidas, que muchas veces le producían ecos de respeto y admiración por haberlas oído en los periódicos o en la historia.

No se hacía a aquel desfile de celebridades y las creía falsas, como si asistiese entonces a una comedia.

Los alquileres le hacían pésimo efecto y decía a menudo:

–A mí me parece que no debían dejar venir por aquí más que coches particulares.

– ¿Y qué hacemos entonces, señorita, de la libertad, la igualdad y la fraternidad? –dijo Bertín.

Hizo Anita una mueca de indiferencia y replicó:

–Para los de alquiler podía haber un bosque, el de Vincennes, por ejemplo.

–Vienes retrasada, nena, y no sabes que nadamos en plena democracia. Si quieres ver el Bosque libre de esta mezcla ven por la mañana; entonces verás la flor y de la mejor sociedad.

Con este motivo trazó Oliverio un cuadro de los que tan bien sabía pintar; el Bosque por la mañana, con sus jinetes y sus amazonas que hacía de aquél un club de lo más selecto, y en el que todos se conocían por sus nombres, diminutivos, parentesco, títulos, cualidades y vicios, como vecinos del mismo barrio o del mismo pueblo.

– ¿Venís a menudo?– preguntó Anita.

–Mucho; realmente es de lo más encantador que hay en París.

– ¿Montáis a caballo por la mañana?

–Sí.

– ¿Y hacéis visitas por la tarde?

–También.

–Entonces, ¿cuando trabajáis?

–Pues... trabajo alguna vez, y como he adoptado la especialidad de retratar mujeres hermosas, tengo que verlas y seguir las un poco.

– ¿A pie o a caballo? –siguió preguntando Ana siempre seria.

Oliverio la miró de reojo y como diciendo:

– ¡Vaya, vaya! Ya tiene ingenio y travesura... Tú llegarás. Un soplo de aire frío que llegaba de los lejanos campos, apenas despiertos, pasó sobre el bosque friolero y parisién que se estremeció todo.

El soplo hizo temblar las hojillas en los árboles y los chales sobre los hombros; todas las mujeres los anularon con movimientos casi iguales.

Los caballos, de uno a otro extremo de la avenida, tomaron el trote, como si la ráfaga los hubiese fustigado.

Se emprendió el regreso entre el ruido argentino de los tocados tascados y a la luz de la ondulación oblicua del sol poniente.

– ¿Volvéis a casa?– preguntó la condesa al pintor, cuyas costumbres conocía.

–No; voy al Círculo.

–Entonces os dejamos en él de paso.

– ¿Y cuando nos convidáis a almorzar con la duquesa?

– ¿Qué día os conviene?

El pintor privilegiado de las parisienses y a quien sus admiradores llamaban el “Watteau realista”, y sus enemigos “Fotógrafo de trajes y abrigos”, recibía con frecuencia, ya a almorzar, ya a comer, a las hermosas que había reproducido con el pincel, y a otras también igualmente conocidas, que rompían la monotonía de su domicilio de soltero con aquellas pequeñas fiestas.

–Pasado mañana. ¿Es buen día querida duquesa? – preguntó la señora de Guilleroy.

–Sí, encantadora. El señor Bertín no se acuerda nunca de mí para estos casos, sin duda porque no soy joven.

–Bien, estaremos solos los cuatro –dijo la condesa, que tomaba la casa del pintor un poco como suya–. Los cuatro del “landau”: la duquesa, Anita, yo y vos. ¿No es así, gran artista?

–Sí, nosotros solos –contestó el pintor apresurándose– y mandaré preparar cangrejos a la alsaciana.

–Vais a acostumbrar mal a Anita.

Saludó Oliverio junto a la portezuela y entró luego rápidamente en el ancho portal del Círculo.

Entregó el gabán y el bastón a la tropa de criados que se habían incorporado como soldados al paso de un oficial, subió la ancha escalera, pasó por delante de otra brigada de criados de calzón corto, empujó una puerta, y se sintió como rejuvenecido al oír al extremo del pasillo ruido de choques de florete y exclamaciones dichas con tonos vigorosos.

– ¡Tocado! ¡A mí! ¡Pasada! ¡Estoy! ¡Tocado! ¡Vos ahora!

Estaban los tiradores en la sala de armas, vestidos de tela gris y chaleco de piel, calzones ajustados al tobillo y una especie de delantal sobre el vientre, el brazo al aire, una mano recogida y en la otra empuñando el fino florete con el guante enorme, replegándose e irguiéndose con brusca destreza de figuras mecánicas.

Otros socios descansaban y hablaban aun sofocados y llenos de sudor, sobre el diván que daba vuelta al salón, mientras miraban los asaltos de Liverdy contra Landa, y de Taillade, el maestro del círculo, contra el gran Rocdiane.

Bertín, que se hallaba allí a su gusto, estrechaba las manos de unos y otros.

–Esgrimiremos los dos –le dijo el barón de Baverie.

–Bien, voy en seguida.

Entró en el tocador para desnudarse.

Hacía tiempo que no se hallaba tan ágil y vigoroso, y creyendo que había de jugar un buen asalto se daba prisa como un escolar que va al recreo.

Cuando se vio ante su adversario lo atacó con gran ardor, tocándolo once veces en diez minutos y cansándolo, hasta que pidió tregua. Luego esgrimió contra Punisimet y con su compañero Amaury Maldant.

–¿Comes aquí? –le preguntó Maldant.

–Sí.

–Podemos hacerlo con Livery, Rocdiane y Landa, que se quedan. Date prisa, que son las siete y cuarto.

El comedor desbordaba de socios.

Allí estaban todos los vagabundo nocturnos de París, los ocupados y los desocupados que no saben que hacer desde las siete, y comen en el Círculo con esperanza de poder unirse por el azar a algo o a alguien.

–Estáis hecho una fiera esta noche –dijo a Oliverio el banquero Liverdy, hombre de cuarenta años, vigoroso y rechoncho.

–Sí –contestó el pintor– Hoy estoy en vena de hacer cosas sorprendentes.

Todos sonrieron, y el paisajista Amaury Maldant, persona flaca y menuda, calva y con barba gris, dijo con tono picaresco:

– Y yo; en abril parece como que me vuelve la savia, lo cual me hace echar algunas hojas, media docena, pero no paso de ahí, no doy fruto.

El marqués de Rocdiane y el conde de Landa lo compadecieron. Eran hombres de más edad que él, sin que fuese posible fijarla, naturalezas de círculos, buenos jinetes, buenos tiradores, hechos de acero en aquellos ejercicios incesantes, envejeciendo sin cansancio, y creyéndose más jóvenes que los entecos de la nueva generación.

Rocdiane, que venía de buena casta, frecuentaba todos los salones, pero era sospechosos de negocios poco limpios. Lo cual, como decía Oliverio, no era extraño en quien ha vivido así siempre. Era casado y estaba separado de su mujer, que le pasaba un tanto; había sido administrador de bancos belgas y portugueses, y parecía llevar muy alto, con un aspecto quijotesco, el honor un tanto deslustrado de caballero apto para todo, honor que limpiaba de vez en cuando con un rasguño en un desafío.

El conde de Landa era un coloso envanecido con su estatura y sus buenas espaldas, y aunque casado y padre de dos niños, sólo comía y con trabajo en su casa tres veces por semana, y el resto en el Círculo con sus amigos.

–El Círculo es una familia –decía–; es la familia de los que aún no la tienen, de los que no la tendrán y de los que se aburren con la suya.

Empezando por el capítulo de las mujeres, rodó la conversación de anécdota en recuerdo, de recuerdo en propias alabanzas, hasta las confidencias indiscretas.

El marqués de Rocdiane dejaba adivinar sus amantes con indicaciones precisas, y eran aquellas mujeres de la buena sociedad cuyos nombres callaba para que así se conociesen mejor.

El banquero Liverdy designaba a las suyas con sus nombres de pila, y refería que por aquellos días estaba de mieles con la mujer de un diplomático.

–Una noche, al despedirme, le dije: “Mira, Margarita...”

Callaba al ver que se sonreían, y proseguía:

–He dejado escapar algo, ¿eh? Debía adoptarse la costumbre de llamar Sofía a todas las mujeres.

Oliverio, que era muy reservado, solía contestar si le preguntaban:

–A mi me basta con mis modelos.

Fingían creerle, y Landa, que compraba el amor al paso, se entusiasmaba con las buenas piezas que andan por las calles y con las muchachas que se desnudaban delante del pintor a razón de diez francos por hora.

A medida que vaciaban las botellas, aquellos silenos, como los llamaba la gente joven del círculo, se enardecían con los rostros colorados y movidos por deseos y ardores fermentados.

Después del café se abría Rocdiane a indiscreciones más verosímiles, y dejaba a las damas para emprenderla con las simples cortesanas.

–París –decía con una copa de kummel en la mano – el la única ciudad en que el hombre no envejece, la única en que, con cincuenta años bien conservados, podéis hallar una chicuela de dieciocho años y hermosa como un ángel que os ame.

Landa veía después de los licores a su Rocdiane auténtico y aprobaba lo que decía y enumeraba las muchachas que encontraba todos los días prontas a adorarlo.

Pero Liverdy, más escéptico, pretendía saber exactamente lo que valen las mujeres, y decía:

–Eso dicen, que os adoran.

–Y me lo prueban –respondió Landa.

–Esas pruebas no bastan.

–A mí sí.

–Y a mí también –dijo Rocdiane– ¿Creéis que una muchachuela bonita con veinte años de edad y cinco de ejercicio en París, ¡en París, donde todos nuestros bigotes la han hecho aprender a qué sabe un beso!, creéis, digo, que sepa distinguir un hombre de treinta de otro de sesenta? ¡Bah, conversación! Ha visto mucho y conocido no poco, y os apuesto que en el fondo de su corazón prefiere un banquero viejo a un gomoso joven. ¿Piensa, por ventura, cuando elige? ¿Tienen edad los hombres aquí? Creedme: nosotros rejuvenecemos al encanecer, y cuanto más encanecemos más amor nos juran; más nos lo demuestran y mejor lo creemos.

Se levantaron todos de la mesa congestionados y enardecidos por el alcohol, dispuestos para emprender todas las conquistas, y empezaron a discutir el empleo de la noche.

Bertín habló del “Circo”, Rocdiane del “Hipódromo”, Maldant del “Edén”, y Landa de “Folies Bergères”.

En esto llegó viniendo de lejos ruido de violines al ser templados.

–¡Toma, pues hay música hoy en el Círculo! –exclamó Rocdiane.

–Sí – contestó Bertín, a quien gustaban mucho los conciertos– ¿Vamos allá a pasar diez minutos antes de irnos?

–Vamos.

Atravesaron un salón, la sala de billar y la de juego, y llegaron a una especie de palco que dominaba la galería de los músicos.

Cuatro socios hundidos en sendas butacas esperaban con aire beatífico, y hata otros diez hablaban abajo en pie o sentados, en el centro de las sillas vacías.

El director de orquesta dio aviso con repetidos golpes sobre su atril, y empezó la música.

Oliverio la adoraba como el aficionado adora el opio, porque lo hacía soñar.

Desde que se anegaba en la onda sonora, se sentía poseído de un modo de embriaguez nerviosa que ponía su cuerpo y su inteligencia en increíble vibración.

La imaginación campaba locamente, medida por la melodía, en esferas de sueños dulces y pensamientos alegres; cerraba los ojos, cruzaba las piernas, dejaba caer los brazos, al tiempo mismo que oía, veía pasar algo indefinible por ante los ojos de su espíritu.

Tocaba la orquesta una sinfonía de Haydn, y velando el pintor los ojos con los párpados, volvió a ver el bosque, la multitud de coches en derredor, y enfrente, en el landau, la condesa y su hija hablando.

Oía sus palabras, sentía el movimiento del carruaje y respiraba a pleno pulmón el aroma del bosque.

El socio que estaba a su lado cortó tres veces, hablándole, aquella visión, que volvió como vuelve después de una travesía por el mar el movimiento del buque al que está inmóvil en su lecho.

Oliverio prolongó su visión en lejano viaje con las dos mujeres, siempre sentadas frente a él; unas veces en ferrocarril, en mesas redondas de hoteles extranjeros otras.

Mientras duró la música lo acompañaron de este modo, como si con aquel paseo al aire libre hubiesen dejado ellas sus imágenes grabadas en el fondo de la retina de Oliverio.

Cesó la música.

Ruido de sillas movidas y de voces disiparon aquel vapor de ensueño, y vio Oliverio en torno suyo a sus cuatro amigos, en actitudes de atención desmadejadas por el sueño.

– ¡Eh! ¿Qué hacemos ahora? –dijo despertándolos.

–Yo –contestó francamente Rocdiane– tengo ganas de seguir durmiendo un poco aquí todavía.

– Y yo también – añadió Landa.

–Pues yo me voy –repuso Bertín – estoy un poco cansado.

No por cierto; se sentía por el contrario muy animado, pero quería irse por miedo a los finales de noche en torno de la mesa del bacará del Círculo, que conocía demasiado.

Volvió a su casa, y al día siguiente, después de una noche de tensión nerviosa, de las que colocan a los artistas en ese estado de actividad cerebral que llaman inspiración, decidió no salir y trabajar hasta la tarde.

Fue para él un gran día, uno de esos días de inspiración fácil en que parece bajar la idea por sí sola a la mano, y fijarse sola también en el lienzo.

Con las puertas cerradas, separado del mundo en la tranquilidad de su domicilio sin entrada para nadie, clara la vista, lúcido el espíritu, sobreexcitado y bien dispuesto por el sosiego amistoso del estudio, gustó del placer reservado a los artistas solamente cuando dan vida a su obra con íntimo regocijo.

Durante aquellas horas de trabajo nada existía para él, fuera del lienzo en que surgía la imagen con la caricia de su pincel.

Experimentaba en aquellas crisis fecundas, extraña sensación de abundante vitalidad que lo embriagaba y rebosaba de él; por la noche se sintió cansado como después de sana faena, y se acostó pensando con delicia en su almuerzo del siguiente día.

La mesa estaba cubierta de flores, y el menú fue escogido por la señora de Guilleroy, que era gastronoma.

Después de una resistencia enérgica y corta, Oliverio obligó a beber champagne a sus convidados.

– ¡Que se va a poner alegre la niña! –decía la condesa.

– ¡Bah! –replicaba indulgentemente la duquesa–, una vez no importa.

Al volver al estudio todos se sentían un poco alegres, con esa alegría que parece disminuir el propio peso.

La duquesa y la señora de Guilleroy tenían que asistir a una junta del comité de Hermanas francesas, y debían llevar a casa a Anita, antes de ir a la Sociedad, pero Oliverio se ofreció para dar con ella una vuelta a pie por el bulevar Malesherbes y se fueron juntos.

–Tomemos el camino más largo –dijo Anita.

–¿Quieres que vayamos al parque Monceau? Es un sitio muy bonito; veremos los bebés y las niñeras.

–Sí, vamos.

Tomaron por la avenida de Velázquez y entraron por la verja monumental y dorada que sirve de marco y entrada al parque elegante, que muestra en pleno París y rodeado de palacetes suntuosos, su gracia verdegueante y ficticia.

A lo largo de las anchas alamedas que trazan a través de céspedes y macizos sus curvas geométricas, multitud de hombres y hembras sentados en sillas de hierro veían el desfile de paseantes; por las veredillas que se hunden serpenteando por las umbrías como arroyuelos, gorjeaba sobre la arena otra multitud de niños, corriendo y saltando a la comba, bajo la indolente vigilancia de las niñeras y la mirada inquieta de las madres.

Los grandes y ondulantes macizos de césped se decoraban con los árboles recortados en cúpula como monumentos de hojarasca, con los castaños gigantes cuyo verde pesado se mancha con puntos rojos o blancos, y con los sicomoros elegantes y vistosos de tronco sabiamente retorcido.

Hacía calor; las tórtolas arrullaban en el follaje de copa a copa, y dos gorriones se bañaban en el arco iris que formaba al sol el riego con que se refrescaba la hierba.

Hasta las estatuas parecían regocijarse con aquel fresco verdor. Un muchacho de mármol procuraba sacar del pie una astilla inhallable, como si hubiese acabado de clavársela corriendo detrás de la Diana que huía más lejos, hacia el lago rodeado de bosquecillos que ocultaban las ruinas de un templo griego.

Otras esculturas se abrazaban amorosas y frías a orillas de los arriates, o meditaban con una rodilla entre las manos.

Una cascada espumaba rodando sobre rocas. Aquí un árbol truncado como una columna, se revestía de hiedra; allá mostraba su inscripción una tumba.

Los fustes de piedra saliendo del césped recordaban la Acrópolis, en igual medida que aquel elegante parque copiaba un bosque virgen.

El parque es el lugar artificial y bonito en que el vecino de París va a contemplar las flores criadas en estufa, y admirar, como en el teatro el espectáculo de la vida, aquella representación de la hermosa naturaleza en pleno París.

Hacía muchos años que Oliverio acostumbraba ir casi diariamente a aquel sitio de su preferencia con objeto de ver moverse a las parisinas en su verdadero marco.

–Este es un parque hecho para la elegancia –decía–. La gente mal vestida se despega de esto.

De tanto rodar por allí horas y horas, conocía todas las flores y los paseantes habituales.

Marchaba junto a Anita a lo largo de las alamedas, distraído por el aspecto animado y lleno de color del jardín.

–¡Qué monada!– exclamó Anita señalando a un niño de rubios rizos que la miraba con sus ojos azules y aire de admiración.

Pasaba revista a todos los chiquitines, y el placer que sentía mirando a aquellos muñecos llenos de cintas la ponía habladora y comunicativa.

Andaba a paso corto y transmitía a Bertín sus impresiones sobre los nenes, las niñeras y las madres.

Los niños gordos le arrancaban una exclamación de gozo, y los pálidos de compasión.

Oliverio escuchaba más entretenido con ella que con los niños, y pensaba que debería hacer un cuadrado que podría ser precioso, de un rincón del jardín con grupos de niños, madres y niñeras, extrañado que no se le hubiera ocurrido antes.

–¿Te gustan estos revoltosos? –preguntó a Anita.

– Los adoro.

Viendo cómo los miraba se comprendía que la entraba en ganas de tomarlos y besarlos con ternura maternal de madre futura, y Oliverio admiraba aquel secreto instinto oculto en todo cuerpo de mujer.

Como la veía dispuesta a hablar la interrogó Oliverio sobre sus gustos.

Confesó Anita con adorable sencillez sus esperanzas de éxitos en los salones, y sus deseos de tener hermosos caballos, punto que conocía, puesto que las cuadras ocupaban buen espacio en el castillo de Roncières, pero no mostró más deseos de conocer un enamorado que el que hubiera sentido por alquilar un piso entre la multitud de otros desalquilados.

Al acercarse al lago en que flotaban dulcemente dos cisnes y seis patos que parecían de porcelana, pasaron por delante de una joven sentada en una silla, con un libro abierto sobre la falda, y los ojos y el alma nadando, al parecer, en otras regiones. Estaba inmóvil como una figura de cera; era fea, modesta y sencillamente vestida, como quien no piensa en agradar; parecía una institutriz.

Estaba camino del jardín de las ilusiones llevada por alguna frase del libro que leía y que había llenado su corazón, y debía seguir, conforme con sus pensamientos, la aventura leída en el libro.

– No debemos seguir sin ver bien esto –dijo Bertín sorprendido.

Habían pasado y volvieron sin que la lectora los viese, tan ensimismada estaba.

–Dime –dijo el pintor a Anita– ¿Te cansaría servirme una o dos veces de modelo para una figura?

–No; al contrario.

–Pues fíjate en esa joven que pasea por las regiones del ideal.

– ¿La de la silla?

–Sí, pues te sentarás en igual postura, abrirás también un libro y procurarás ponerte como ella. ¿Has soñado despierta alguna vez?

–Sí.

– ¿Y en qué?

Trató Oliverio de confesarla sobre el particular, pero Anita no quiso contestar y evitaba las preguntas mirando cómo los patos luchaban por una migaja de pan que les echaba una señora. Parecía que aquello había tocado en ella algo sensible.

Para cambiar de conversación habló de su vida en Roncières, habló de su abuela, a la que leía mucho en alta voz todos los días, y que debía estar muy triste sola.

Al oírla se sentía el pintor alegre como un pájaro, como no lo había estado nunca.

Todo lo que ella decía, aquellos detalles y minucias de su vida de muchacha lo entretenían e interesaban extraordinariamente.

–Sentémonos –dijo.

Se sentaron cerca del agua, y los cisnes nadaron hasta cerca de ellos para ver si caía algo.

Notaba Bertín revivir en él recuerdos lejanos hundidos en el olvido y que de pronto volvían sin saber por qué.

Surgían rápidos y de todo género, y tan numerosos que parecía como que una mano removía el fondo de su memoria.

No se explicaba aquel hervor de su vida pasada que ya otras veces, aunque con menos ímpetu, había notado.

En el fondo de los frascos viejos de tocador había hallado a menudo, partículas de su existencia. Todos los olores erráticos de las calles, de los campos, de las casas, de los muebles, los dulces y los amargos, los ardientes de las noches de verano, los helados de las de invierno, le llevaban lejanas reminiscencias, como si los olores guardasen en sí embalsamadas las cosas muertas, como los aromas conservan las momias.

¿Era el césped mojado o la flor de los castaños lo que reanimaba el pasado? Si no fuera aquello, ¿qué era?

¿Debía a los ojos aquel punto de atención? ¿Qué había visto? Nada.

Entre las personas que había visto, tal vez una se parecía a otra de otros tiempos, y había sacudido, sin que él la reconociera, todos sus recuerdos de ayer.

¿Había sido un sonido? Muchas veces un piano oído por casualidad, una voz desconocida, un organillo que tocase en la calle, una sonata olvidada, le habían bruscamente rejuvenecido veinte años, llenándole el pecho con pasadas ternuras.

Seguía la llamada de sus memorias incesante, irritándolo casi

¿Qué tenía cerca o en torno suyo que así galvanizaba emociones muertas?

–Hace un poco de fresco –dijo–. Vámonos.

Se levantaron y echaron a andar.

Oliverio miraba al paso sentados en los bancos a los que eran bastante pobres para no pagar silla.

También Anita los miraba compadeciendo su existencia, y admirada de que teniendo el aspecto tan mísero paseasen su pereza en aquel hermoso jardín público.

Más que antes pasaban ante Oliverio sus años pasados, y como que una mosca zumbase en sus oídos con el confuso torbellino de los días pasados.

– ¿Qué tenéis? Parecéis triste –dijo la joven viéndolo pensativo.

Oliverio se estremeció hasta el fondo del corazón.

¿Quién había hablado, ella o su madre? No su madre con su voz de ahora, sino con la de otros tiempos, pero tan cambiada que apenas si pudo reconocerla.

–No tengo nada –contestó sonriendo me distraes mucho porque eres muy mona y me recuerdas a tu mamá.

¿Cómo no había notado antes aquel extraño eco de una voz siempre familiar que al presente salía de nuevos labios?

–Habla... –dijo Oliverio.

– ¿De qué?

–Dime lo que te han hecho aprender tus institutrices. ¿Las querías mucho?

Volvió a hablar Anita y siguió oyéndola él con emoción creciente. Esperaba, espiando, oír entre las frases de aquella niña, casi por completo extraña a su corazón, una palabra, un sonido, una risa que se pareciese a algo que hubiese quedado en su garganta desde la juventud de su madre.

Ciertas inflexiones lo estremecían y asombraban. Había, sí, entre ambas, tonalidades diferentes, cuyos débiles puntos de semejanza no había notado de pronto, y que las hacía, no obstante distintas. Pero aquellas diferencias no hacían más que dar mayor relieve al brusco despertar de la voz de la madre.

Hasta entonces había echado de ver con examen de curioso y amigo el parecido de los dos rostros, pero el misterio de aquella voz que resucitaba las mezclaba y confundía en forma tal que volviendo la cabeza para no ver a la joven se preguntaba si la que hablaba a su lado no era la condesa de doce años atrás.

Y luego, aleccionado por aquella evocación, se volvía hacia ella y al choque de su mirada sentía algo de aquel desfallecimiento que en los comienzos de su amor le hacían experimentar los ojos de su madre.

Habían ya dado tres veces la vuelta al parque, pasando por delante de las mismas personas y de los mismos niños y nodrizas.

Anita examinaba los palacetes que rodean el parque y preguntaba los nombres de sus habitantes. Quería saber todo lo posible de ellos, e interrogaba con voracidad, como queriendo saturar su memoria de todo, con el rostro radiante de interés y oyendo con toda su alma.

Al llegar al pabellón que en el bulevar exterior separaba ambas puertas, vio Oliverio que eran ya las cuatro.

–Ya es hora de ir a casa –dijo.

Llegaron poco a poco al bulevar Malesherbes.

Después de dejar a la joven, el pintor bajó hacia la plaza de la Concordia con objeto de hacer una visita a la orilla izquierda del Sena.

Iba canturreando, y se sentía tan ágil que le entraban deseos de correr y hasta de saltar por encima de los bancos.

Le parecía París más alegre y bonito que nunca.

–Decididamente –pensaba– la primavera rejuvenece a todo el mundo.

Se hallaba en una de esas horas en que el espíritu, excitado asimila todo con más alegría, en que los ojos miran mejor y parecen más impresionables y claros, en que se siente placer más vivo al mirar y sentir; horas en que se diría que una mano omnipotente refresca los colores todos de la tierra, reanima los movimientos de los seres, y da cuerda en nosotros, como en un reloj parado, a la actividad de las sensaciones.

–¡Y pensar que no sé a veces qué pintar!– se decía Oliverio devorándolo todo con la mirada.

Sentía la inteligencia tan libre y clarividente que le pareció vulgar su obra de artista, y entrevió como una manera nueva, más verdadera y original, de expresar la vida.

Esto lo hizo entrar de pronto en ganas de trabajar, y lo obligó a volverse sobre sus pasos y encerrarse en el estudio.

Pero al verse solo delante del lienzo empezado se apagó bruscamente aquel ardor, se sintió cansado y se echó sobre el diván para soñar.

La especie de feliz indiferencia en que vivía, la del hombre harto cuyas necesidades están satisfechas, dejaba de llenar su corazón como si entonces empezase a faltarle algo.

Veía su casa vacía y desierto su gran estudio, y mirando en torno suyo se le figuró ver pasar a su lado la sombra de una mujer cuya presencia le era dulce.

Hacía tiempo que había olvidado las amantes impacencias del que espera el regreso de la mujer amada y de pronto la sentía lejos de él, deseándola con ansias de joven.

Se deleitó en recordar cuánto se habían amado, y en aquel vasto salón en que ella había estado tantas veces veía recuerdos suyos, de sus gestos, de sus palabras y de sus besos.

Volvían a su memoria determinados días y horas, y como que aun vibraban en torno suyo las caricias antiguas.

No pudo seguir sentado y se levantó poniéndose a pasear y a pensar que a pesar de sus relaciones con la condesa que habían llenado su existencia, seguía estando tan solo como antes, porque después de largas horas de trabajo y cuando pude decirse que volvía a la vida real, sólo veía las paredes como única compañía al alcance de su mano y de su voz.

Había tenido, falto de la mujer que sólo encontró con precauciones de malhechor, que dejar correr sus horas perdidas en los lugares públicos en que se halla o se compra el derecho de matar el tiempo.

Tenía, en consecuencia, hábitos de círculo, de hipódromo, de teatro, todo en día fijo y un poco por todas partes, con tal de no meterse en su casa, que le hubiera parecido alegre si ella la hubiera alegrado con su presencia.

Muchas veces, y en tiempos pasados, cuando sentía accesos de loco cariño, sufría cruelmente por no poder guardar a su amante para él solo; pero había sabido contenerse sin rebelarse ante la separación y su libertad.

Y al presente sentía las mismas ansias, como si empezase a amarla de nuevo con el primer ímpetu.

Notó que aquel recrudescimiento de su cariño se apoderaba de él sin motivo, bruscamente. ¿Era por las alegrías del día o por haber oído hacía poco la voz de otros tiempos de aquella mujer?

– ¿Qué poca cosa es suficiente para conmover el corazón de un hombre que declina y para quien el recuerdo tiene algo de doloroso?

Volvió, como otras veces, a sentir necesidad de verla de nuevo con fiebre del espíritu y de la carne. Pensó en Any como un cadete enamorado, enalteciéndola más en su corazón para desearla más, y acabó por decidirse, a pesar de que la había visto por la mañana, a ir a pedirle aquella misma noche una taza de té.

Se le hicieron largas las horas de espera, y al subir el bulevar Malesherbes, temió no hallarla en casa y verse obligado a pasar una noche más, solo, como había pasado tantas otras.

A su pregunta de si estaba en casa la condesa contestó afirmativamente el criado y aquello lo puso contento.

–Soy yo, yo –dijo alegremente al pisar el dintel de la puerta del saloncito en que trabajaban la condesa y su hija a la luz recogida por la pantalla rosa, de una lámpara de doble mechero en metal inglés, sostenida por pie largo y estrecho.

– ¡Cómo! –exclamó la condesa– ¿Sois vos? ¡Qué fortuna!

–Sí, soy yo. Me he visto muy solo y he venido.

–Bien hecho.

– ¿Esperáis a alguien?

–No... –dijo–; no sé, porque a veces...

Oliverio se sentó y miró con desdén la gruesa manta que las dos mujeres confeccionaban con ayuda de largas agujas de madera.

–¿Qué es esto? –preguntó.

–Cobertores.

–¿Para los pobres?

–¡Claro!

–Son muy feos.

–Pero abrigan mucho.

–Es posible, pero son muy feos, sobre todo en un saloncito Luís XV en el que todo es encanto a la vista. Conforme en que sea para los pobres, pero para vuestros amigos debíais hacer las caridades... más elegantes.

–¡Qué hombres! –replicó la condesa encogiéndose de hombros–. En todas partes hacen ahora estos cobertores.

–Lo sé, lo sé. No se puede hacer de noche una visita sin ver esas horribles mantas grises sobre vestidos elegantes y muebles preciosos. La caridad tiene mal gusto esta primavera.

Para juzgar mejor la opinión de Oliverio, extendió la condesa el cobertor sobre la silla de seda que había vacía a su lado.

–En efecto, es feo –dijo con indiferencia.

Siguieron trabajando.

Las dos cabezas, casi juntas e inclinadas, tomaban a la doble luz de la pantalla un matiz rosa que tenía las carnes de la mejilla, los cuerpos y las manos movibles, y miraban su trabajo con la atención sostenida y viva de las mujeres acostumbradas a labor manual, que se sigue sin que el espíritu tome parte en ello.

En los cuatro ángulos de la habitación había otras tantas lámparas de porcelana china, sostenidas en columnas antiguas de madera. Las luces daban a la tapicería un reflejo atenuado y regular, velado por las pantallas transparentes que cubrían las bombas.

Bertín tomó una butaca enana en que apenas cabía, pero que prefería para hablar con la condesa, poniéndose casi a sus pies.

–Habéis dado un buen paseo con Anita por el Parque –dijo la condesa.

–Sí; hemos hablado como dos amigos antiguos; la quiero mucho porque se os parece. Cuando pronuncia ciertas palabras se creería, que habías puesto vuestra voz en su garganta.

–También me lo ha dicho muchas veces mi marido.

Oliverio las veía trabajar a la luz de las lámparas, y el pensamiento que lo atosigaba a menudo, recrudecido aquel día de su soledad en su palacete desierto, silencioso y frío a pesar del fuego de la chimenea, volvió a punzarlo como si lo atacase por primera vez.

¡Con qué alegría hubiese sido el marido y no el amante de aquella mujer!

Antes había sentido deseos de robársela a aquel hombre, de hacerla completamente suya, y ya sentía celos, celos del marido engañado que vivía siempre junto a ella, entre los hábitos de la casa y con la vulgaridad de su contacto.

Al mirarla sentía el corazón lleno de antiguos recuerdos que hubiera querido comunicarle. La amaba aún, la amaba tal vez más que antes, y con el deseo de explicar aquel rejuvenecimiento suyo que tanto había de alegrarla, hubiese visto con gusto que Anita se fuese a acostar lo antes posible.

Con la obsesión de quedarse solo con ella, de acercarse más a sus rodillas, sobre las que apoyaría su cabeza, de tomarle las manos, echando a rodar el cobertor, las agujas y el ovillo de lana que correría desarrollando el hilo, no hablaba y miraba la hora, opinando que no debía acostumbrarse a las niñas a pasar las veladas con las personas mayores.

Sonaron pasos en la habitación próxima, y el criado asomó la cabeza anunciando al señor de Musadiou.

Oliverio reprimió un movimiento de ira, y cuando estrechó la mano del inspector de Bellas Artes, tuvo impulsos de tomarlo por los hombros y echarlo fuera.

Musadiou llegaba cargado de noticias.

Iba a caer el ministerio y se comentaba un escándalo del marqués de Rocdiane.

–Lo contaré luego –dijo mirando a Anita.

La condesa miró el reloj y vio que iban a dar las diez.

–Ya es hora de que te acuestes, niña –dijo a Anita.

La joven dobló su cobertor sin contestar, besó a la madre en ambas mejillas, dio la mano a los hombres, y se fue ligeramente como si al andar no moviese siquiera el aire.

–¿Y el escándalo? –preguntó la condesa cuando salió Anita.

Era ello que el marqués de Rocdiane, separado amistosamente de su mujer que le pasaba una renta que él creía suficiente, había dado con un medio seguro y raro de aumentarla. Seguida la marquesa por orden de su marido, se había dejado sorprender “in fraganti”, y había tenido que rescatar con una nueva pensión el acta extendida por el comisario de policía.

La condesa escuchaba, curiosa la mirada, inmóviles las manos sobre la labor interrumpida.

Bertín, indignado desde la salida de la joven por la presencia de Musadiou, afirmó con el calor de quien estaba en autos que aquello era una odiosa calumnia, uno de esos vergonzosos cuentos que las personas de buen tono no debían escuchar ni repetir.

Se amoscó y se apoyó contra la chimenea en la actitud nerviosa de quien está dispuesto a hacer de lo dicho una cuestión personal.

Rocdiane era su amigo, y si en algún caso había podido acusarlo de ligero, no podía reprocharle de acto alguno verdaderamente sospechoso.

Sorprendido y cortado, Musadiou se excusaba y defendía.

–Permitid... –decía–; lo he oído referir hace un momento en casa de la duquesa de Mortemain.

–¿Y quién os lo ha dicho? –replicó Oliverio–. Alguna mujer, sin duda.

–No, ciertamente; me lo ha dicho el marqués de Farandal.

–No me asombra eso en él –dijo con irritación el pintor.

Hubo una pausa. La condesa volvió al trabajo y Oliverio añadió con más calma:

–Me consta que todo eso es falso.

Lo cierto era que no sabía nada; fue la primera vez que oía hablar de aquello.

Musadiou preparaba su retirada conociendo su desairada situación, y ya citaba a los Corbelle, diciendo que iba en seguida a su casa, cuando entró el conde de Guilleroy que regresaba de comer fuera.

–¿No sabéis el escándalo de que se habla esta noche? –preguntó el conde.

Nadie contestó y él repuso:

–Parece que Rocdiane ha tomado a su mujer en coloquio criminal y se lo ha hecho pagar caro.

Entonces Oliverio, con aire consternado y disgusto en la voz y el gesto, puso una mano en la rodilla de Guilleroy y le repitió en términos suaves y amistosos lo que poco antes había arrojado como perdonada al rostro de Musadieü.

Medio convencido y disgustado por repetir ligeramente una cosa dudosa y tal vez comprometedor, el conde abogó por su ignorancia y su buena fe, porque ¡se dicen tantas cosas inexactas y perversas!

Todos convinieron en que el mundo acusa, sospecha y calumnia con deplorable facilidad. Durante cinco minutos, los cuatro parecieron convencidos de que lo que se murmura es mentira, que las mujeres no tienen nunca los amantes que se les atribuye, que los hombres no cometen las infamias que se cuentan, y que es la superficie, en suma, más fea que el fondo.

Bertín, que ya miraba menos mal a Musadieü desde la llegada del conde, le habló de cosas agradables y de su gusto, y abrió la espita de su conversación.

El conde estaba satisfecho, como quien lleva consigo a todas partes la concordia y el sosiego.

Dos criados entraron, pisando con tiento en la alfombra, y colocaron el agua caliente en una brillante maquinilla, calentada por la llama azulada de una lámpara de alcohol.

La condesa se levantó, preparó el té con las precauciones que han popularizado los rusos, ofreció una taza a Musadieü y otra a Bertín, y sacó los platos con emparedados de foie-gras y pastas inglesas y austriacas.

El conde se acercó a la mesita volante en que también había jarabes, licores y copas, si hizo un “grog”, y desapareció discretamente por la habitación próxima.

De nuevo se encontró Bertín frente a Musadieü, y volvía a sentir deseos de poner en la puerta a aquel inoportuno que, encarrilado ya, sembraba anécdotas y charlaba hasta por los codos.

Bertín no quitaba ojo del reloj, cuyas manecillas se acercaban a las doce; la condesa lo notó, y comprendió que quería hablarle, y con la destreza de las mujeres de buen tono que saben cambiar con el matiz de la voz el giro de una conversación o el ambiente de una reunión, haciendo entender cuándo se debe permanecer o irse, hizo con su actitud, con su rostro, con el aburrimiento de la mirada el frío en torno suyo, como si hubiera abierto una ventana.

Musadieü sintió aquella corriente de aire que helaba sus ideas y sin explicarse el cómo, le entró el deseo de irse y se levantó.

Por respeto a las conveniencias, hizo lo propio Oliverio, y los dos se retiraron, atravesando los dos salones y seguidos por la condesa que iba hablando con el pintor.

Este se detuvo con ella en la puerta, mientras un criado ayudaba a Musadieü a ponerse el gabán.

Como la condesa seguía hablando con Bertín, el inspector de Bellas Artes se decidió a bajar la escalera para no seguir solo con el criado.

La puerta se cerró suavemente cuando salió aquél.

–Y en verdad, ¿por qué os vais? –dijo la condesa al pintor con gran naturalidad–. Quedaos un poco más; aún no son las doce.

Volvieron al saloncito.

–¡Cómo me aburría ese animal! –dijo Oliverio cuando estuvieron sentados.

–¿Por qué?

–Porque me quitaba algo de vos.

–No mucho.

–Corriente, pero me aburría.

–¿Tenéis celos?

–No es tener celos pensar así de un hombre pesado.

Se había sentado Oliverio en el sillón enano, cerca de ella, retorciendo entre los dedos la tela de su vestido, y le refirió lo del soplo primaveral que había pasado por su corazón aquel día.

La condesa escuchaba con alegre sorpresa, y peinó suavemente los canosos cabellos de Oliverio, como para mostrarle su gratitud.

–¡Si yo pudiera vivir junto a vos! – dijo Oliverio.

Pensó en aquel marido, acostado en cualquier pieza vecina.

–¡Pobre amigo mío! – suspiró Any con lástima de él y también de si misma.

Había posado Oliverio la mejilla en el regazo de la condesa y la miraba con ternura un poco melancólica y dolorosa, menos vehemente que hacía poco, cuando la separaban de ella su hija, su marido y Musadieu.

– ¡Cuanta cana! – dijo Any sonriendo y acariciando la cabeza de Oliverio con sus finos dedos.

– ¡Ay, ya lo sé! Esto va muy de prisa.

– ¡Habéis encanecido muy joven – replicó ella temiendo haberlo entristecido –. Estáis así desde que os conozco.

– Es verdad.

Para acabar de borrar el tiente de melancolía que había provocado, se inclinó la condesa, levantó la cabeza de Oliverio entre ambas manos, y lo besó en la frente con besos largos y tiernos que parecían no acabar nunca.

Después se miraron buscándose en el fondo de los ojos del reflejo de su mutuo afecto.

–¡Cuánto daría por pasar con vos un día entero!– dijo Oliverio, con oscuras ansias de gozar en la intimidad.

Creía hacía poco que la partida de las personas que con ellos habían estado durante la velada bastaría para realizar su sueño de aquel día, y solo ya con la mujer querida, sintiendo en la frente el calor de sus manos y en la mejilla, a través de la tela, el de su cuerpo, volvía a experimentar la misma turbación, el mismo anhelo del amor fugitivo y desconocido.

Pensó que tal vez fuera de aquella casa, a solas, los dos en un bosque, se calmase la inquietud de su corazón.

–Sois un niño – contestó la condesa–, ¿No nos vemos todos los días?

Entonces le rogó Oliverio que viese medio para que almorzasen juntos, como en otro tiempo, en un punto de los alrededores de París.

La condesa se admiró de aquel capricho, difícil de satisfacer, estando su hija en París. Dijo que lo procuraría cuando se fuese su marido a Ronces, lo cual sucedería después de la víspera del Salón, el sábado siguiente.

– Y de aquí a entonces, ¿cuándo os veré? –dijo Oliverio.

– Mañana por la noche, en casa de los Corbelle. Podéis venir el jueves a las tres, si estáis desocupado, y creo que el viernes comeremos juntos en casa de la duquesa.

–Bueno, adiós –dijo Bertín levantándose.

–Adiós, amigo mío.

Se quedó de pie sin decidirse a marcharse; no había dicho nada de lo que pensaba, y tenía el pensamiento lleno de cosas inexplicables, repleto de vagas confusiones que no habían salido.

Tomó las manos de la condesa y repitió el “adiós”.

–Adiós, amigo mío.

–Os adoro.

Asomó a los labios de ella, una de esas sonrisas en que la mujer recuerda al hombre en un segundo cuanto de sí le ha dado.

–¡Adiós!– dijo Oliverio, vibrante el corazón, por tercera vez. Y salió.

Parecía que todos los coches de París hacían aquel día peregrinación al Palacio de la Industria.

Llegaban desde las nueve de la mañana por todas las calles, por las avenidas y por los puentes hacia aquel mercado de las Bellas Artes, en el que todo París artista invitaba al París elegante para asistir al fingido barnizado de tres mil cuatrocientos cuadros.

La multitud se agolpaba en las puertas y desdeñando la escultura, subía seguidamente a las galerías de pintura.

Al embocar las escaleras se levantaba ya la vista hacia los cuadros colgados sobre los muros en que se coloca la clase especial de los pintores del vestíbulo, que envían, ya obras de dimensiones desusadas, ya otras que no ha habido valor para rechazar.

En el salón cuadrado hervía la multitud.

Los pintores, en funciones hasta la noche, se daban a conocer por su actividad, la sonoridad de sus voces, y la autoridad de los ademanes.

Tomaban a los amigos por las mangas y los llevaban a los cuadros que señalaban con mímica enérgica de aficionados.

Los había de todos los tipos: altos, con cabellos largos y sombreros grises o negros de formas inexplicables, anchos y redondos, con ala caída que daban sombra a casi toda la nuca.

Estaban también la flor de los elegantes y de los gomosos, los artistas del bulevar, lo mejor de entre los académicos, correctos y condecorados con rosetas rojas enormes o microscópicas, según el concepto que el portador tenía de la elegancia y el buen tono, y lo mejor también de los pintores vulgares, rodeados de la familia como de un coro triunfal.

En los cuatro gigantescos entrepaños, estaban los lienzos admitidos a los honores del salón cuadrado, y atraían al entrar por la viveza de los tonos, el llamear de los marcos y la crudeza de los colores nuevos acusados por el barniz.

El retrato del Presidente de la República estaba frente a la puerta, y en otra pared se veía un general cubierto de oro, con sombrero lleno de plumas de avestruz y ceñido de paño rojo; estaba el general vecino a unas ninfas desnudas bajo los sauces y a un navío naufrago casi tragado por una ola. Un obispo antiguo y excomulgando a un bárbaro, una calle de Oriente llena de muertos pestilentes, y la sombra del Dante en excursión por los infiernos, atraían la vista con expresión enérgica y violenta.

Aún había más en la inmensa sala: una carga de caballería, tiradores en un bosque, vacas en el pasto, señores del siglo pasado batiéndose en el rincón de una calle, vendimiadores, ríos, una puesta del sol, un efecto de luna, muestras, en fin, de todo lo que han hecho, hacen y harán los pintores hasta la consumación de los siglos.

Oliverio cambiaba sus impresiones en el centro de un grupo de compañeros célebres, miembros del Instituto y del jurado.

Sentía malestar e inquietud por su cuadro, cuyo éxito no veía a pesar de las felicitaciones oficiosas.

La duquesa de Monthermain apareció en la puerta y Oliverio se fue hacia ella.

– ¿No ha venido la condesa? – preguntó.

– No la he visto – dijo Oliverio.

– ¿Y el señor de Musadiieu?

– Tampoco.

– Me había prometido estar a las diez en lo alto de la escalera para guiarme por las salas.

– ¿Me permitís que lo reemplace, duquesa?

– No, no. Hacéis falta a vuestros amigos; nos veremos pronto, porque cuento con que almorzaremos juntos.

Musadiieu llegaba sin aliento; se excusó diciendo que le habían detenido unos minutos en la escultura.

– Por aquí, duquesa –dijo–. Empezaremos por la derecha.

Acababan de desaparecer entre un remolino de cabezas, cuando entró la condesa de Guilleroy llevando del brazo a su hija y buscando con la mirada a Oliverio.

El pintor las vio y se acercó.

– Preciosas las dos –dijo al saludar–; verdaderamente, Anita embellece mucho; en ocho días ha cambiado.

La examinó con mirada observadora y añadió:

– Las líneas son más suaves, más embebidas y el cutis más luminoso. Es ya menos niña y mucho más parisiense.

De pronto se acordó del asunto de actualidad.

– ¿Qué se dice? –preguntó la condesa muy al tanto de cosas de pintura y preocupada como si expusiese:

– Buen “Salón” hay un Bonnat notable, dos Carolus Duran excelentes, un Puvis de Chavannes admirable, un Roll asombroso y muy nuevo y muchos otros.

– ¿Y vos? –dijo la condesa.

– Me dan enhorabuenas, por no estoy contento.

– Nunca lo estáis.

– Algunas veces, sí, pero hoy creo que tengo razón.

– ¿Por qué?

– No lo sé.

– Vamos a verlo.

Cuando llegaron delante del cuadro que representaba dos aldeanas bañándose en un arroyo, vieron un grupo admirándolo. La condesa se regocijó de ello.

– ¡Pero si es delicioso, si es una joya! No habéis hecho nada mejor.

Oliverio se unió más a ella sintiendo que el amor palpitaba en cada palabra y que cada palabra sosegaba un dolor o vendaba una herida.

Rápida argumentación fulguraba en su espíritu para convencerlo de que ella tenía razón, de que debía ver claro con sus ojos inteligentes de parisiense.

Para calmar sus temores olvidaba que desde hacía doce años le reconvenía él su admiración por los perfiles y delicadezas elegantes, los sentimientos bien expresados, los matices bastardos de la moda, y jamás el arte, el arte solo, el arte desprendido de las ideas, de las tendencias y los prejuicios del buen tono.

– Sigamos –dijo Oliverio llevándola más lejos.

Las paseó largo rato de sala en sala enseñándoles los cuadros y explicando los asuntos, contento y feliz de estar junto a ellas.

– ¿Qué hora es? –dijo la condesa.

– Las doce y media.

– Pues vámonos en seguida a almorzar; la duquesa nos espera en el restaurante Ledoyen, y me encargó fuésemos si no la veíamos por las salas.

En medio de un islote de árboles y plantas parecía el restaurante una colmena repleta y vibrante.

Hervor confuso de voces, llamadas, choques de vasos y platos llenaba el ambiente y desbordaba por las ventanas y las anchas puertas.

Las mesas, muy aprovechadas y llenas de gente que se disponía a comer, estaban repartidas por filas largas que seguían los paseos próximos a derecha e izquierda del estrecho paso en que se tropezaban los mozos atareados y confusos, llevando en vilo bandejas cargadas de servicios.

Bajo la galería circular había tal aglomeración de gente que formaba una masa humana compacta.

Allí se reía, se llamaba, se comía y se bebía entre la alegría excitada por el vino; la masa estaba en una de esas horas de alegría que suelen caer sobre París con el sol en ciertos días.

Un mozo acompañó a la condesa, Anita y Bertín a la salita reservada en que los esperaba la duquesa.

Al entrar vio el pintor al marqués de Farandal junto a su tía: estaba solícito y sonriente, recogiendo las sombrillas y chales de la condesa y su hija, y sintió al verlo tal contrariedad, que experimentó otra vez impulsos de decir algo desagradable y brutal.

La duquesa contó el encuentro con su sobrino y la ausencia de Musadieu, a quién se había llevado el ministro de Bellas Artes.

Pensando Oliverio que aquel marqués presuntuoso debía casarse con Anita, que habría ido sólo por ella y que la miraba ya como cosa propia, sintió que algo se rebelaba en él, como si atacase a derechos misteriosos y sagrados.

Cuando se sentaron a la mesa, el marqués se colocó junto a la joven y se ocupó sólo de ella, con las maneras oficiosas de quien estaba autorizado para cortejarla. La miraba curioso pareciéndole al pintor sus miradas atrevidas e investigadoras, y tenía para ella sonrisas dulces y satisfechas de galantería familiar y oficial. En sus palabras y maneras se veía algo de la audacia del que espera una toma de posesión próxima.

La duquesa y la condesa parecían aprobar y proteger aquellos aires de pretendiente, y cambiaban entre sí miradas de cómplices.

Acabado el almuerzo regresaron a la Exposición.

Había tal muchedumbre en las salas que parecía imposible poder penetrar en ellas; el ambiente se volvía pesado con el calor de la gente y el olor de los trajes. No se examinaba ya los cuadros sino las caras y los vestidos; se buscaba a la gente conocida, y a veces se movía el oleaje de aquella espesa masa, cuando la escalera de los barnizadores pasaba.

—¡Cuidado señores! —decían aquellos.

Cinco minutos después, Oliverio y la condesa se vieron separados de los demás. Oliverio quiso buscarlos, pero ella dijo apoyándose en su brazo:

—¿No estamos bien así? Dejémoslos, puesto que hemos convenido en que si nos separamos nos veremos a las cuatro en el “buffet”.

—Es verdad —contestó Oliverio.

Pero le preocupaba saber que el marqués acompañaba a Anita y seguía charlando con su elegante fatuidad.

—¿Me amáis siempre? —preguntó la condesa.

—¡Cómo! —dijo Oliverio preocupado. ¡Siempre!

Y buscaba por encima de las cabezas el sombrero gris de Farandal.

Any lo vio distraído y queriendo empapararlo en su pensamiento, añadió:

–Si supierais cuanto me gusta vuestro cuadro de este año... Es vuestra obra maestra.

Oliverio olvidó a los prometidos para no acordarse más que de su preocupación del día.

–¿De veras? –preguntó.

– Sí, me gusta más que ninguno.

– Me ha hecho trabajar mucho.

La condesa prosiguió halagándolo, sabiendo el imperio que sobre el artista tiene la adulación cariñosa.

Encantado y contento con aquellas dulces palabras, Oliverio no vio más que a ella en aquel mar humano y habló de nuevo.

– Siento un deseo loco de besaros – le dijo al oído y como para darle gracias.

La condesa experimentó viva emoción y repitió mirándolo en sus ojos brillantes:

–Luego, ¿me amáis siempre?

–¡Sí, os amo! –contestó Oliverio con el tono que ella quería y no había oído antes.

–Id a verme a menudo por la noche; ahora tengo a mi hija y saldré poco.

Any se sentía feliz notando aquel regreso de él a las ternuras de siempre.

Ya, y en vista de las canas de Oliverio y el paso de los años, temía menos que le fuese robado por otra mujer, pero sí que se casase por horror a la soledad. Este temor, antiguo ya, crecía sin cesar, y provocaba en su espíritu combinaciones inverosímiles, a fin de tenerlo cerca lo más posible y evitar que pasase las noches enteras en el frío silenciosos de su vacío apartamento. No pudiendo atraerlo y retenerlo, le proporcionaba distracciones y lo hacía ir al teatro y los salones, prefiriendo que estuviese entre mujeres a que se aburriese en la tristeza de su casa.

–¡Ah, si pudiera teneros siempre conmigo! –dijo, respondiendo a su oculto deseo–, ¡cómo os mimaría! Prometedme que iréis con frecuencia a verme, puesto que saldré poco.

–Os lo prometo.

–¡Mamá! –murmuró al oído de la condesa una voz.

La condesa se estremeció, se volvió y vio a Anita, al marqués y la duquesa.

–Son las cuatro –dijo la duquesa–; estoy muy cansada y tengo ganas de irme.

–Yo también –replicó la condesa–; no puedo más.

Tomaron la escalera interior, que arranca de las galerías en que se exponen los dibujos y acuarelas y domina el jardín estufa de las obras de escultura.

Desde el descansillo de la escalera se veía de extremo a extremo la gigantesca estufa llena de estatuas que se erguían en los pasos, en derredor de los macizos arbustos y verdeantes y sobre la multitud que cubría el piso movedizo y oscuro.

Los mármoles brillaban en aquel mar de sombreros y hombros, punteándolo en cien sitios, y parecían luminosos de puro blancos.

–¿Vendréis esta noche? –dijo la señora de Guilleroy a Oliverio, al despedirse de éste en la puerta.

–Sí.

Oliverio volvió a las salas para hablar con los demás artistas y cambiar las impresiones del día.

Los pintores y escultores formaban grupos en torno de las estatuas, delante del “buffet” y allí se discutía como todos los años, sosteniendo y combatiendo las

mismas ideas, con iguales argumentos y, poco más o menos, sobre las obras casi iguales.

Oliverio, que de ordinario se animaba con estas disputas, en las que tenía la especialidad de las respuestas prontas y los ataques desconcertantes, y reputación de teórico ingenioso en que basara su amor propio, procuró apasionarse, pero lo que contestaba por hábito le interesaba lo mismo que lo que oía. Tenía ganas de irse y no oír más, sabiendo ya, como sabía, todo lo que había de decirse sobre aquellas eternas cuestiones cuyas frases conocía.

Gustaba, no obstante, de aquello que le había interesado hasta entonces por modo casi exclusivo; pero aquel día estaba embebido en una preocupación tenaz, una de esas preocupaciones que parecen ligeras, y que son a pesar de todo, como una espina clavada en el pensamiento.

Hasta había olvidado su inquietud respecto de sus “Aldeanas en el baño” para no acordarse más que de la fastidiosa actitud del marqués con Anita.

¿Y qué le importaba, después de todo, a él? ¿Qué derecho tenía? ¿Con qué razón había de impedir él aquel enlace, conveniente en todos los conceptos?

Pero ninguna reflexión borraba la impresión de malestar, y disgusto que había experimentado viendo a Farandal hablar y sonreír con aspecto de novio, y acariciar con la vista el rostro de la joven.

Cuando por la noche entró en casa de la condesa y la halló sola con su hija, prosiguiendo a la luz de la lámpara su cobertor para los pobres, hubo de contenerse para no hablar mal del marqués y no hacer ver ante los ojos de Anita toda su vulgaridad, encubierta con el barniz del “chic”.

Hasta entonces y en aquellas visitas después de comer, solía callar a veces soñoliento y adoptar posturas de amigo de confianza que no se recata; se hundía en su butaca, cruzaba las piernas, echaba atrás la cabeza, soñaba y hablaba, y descansaba cuerpo y espíritu en aquella tranquila intimidad.

Pero ya al presente, de pronto, había sentido la actividad de los hombres que desean agradar, a quien preocupa lo que van a decir y que buscan ante determinadas personas palabras más brillantes o menos gastadas, para vestir las ideas y presentarlas mejor.

No dejaba languidecer la conversación, sino que la sostenía y activaba con su esfuerzo; cuando provocaba la risa franca en la condesa y su hija, o cuando las veía conmovirse y levantar hacia él la mirada sorprendida, dejando de trabajar para escucharlo, sentía cosquilleo de placer y aura de éxito, que le premiaba el esfuerzo.

Iba siempre que sabía que estaban solas, y nunca, tal vez, había pasado mejores veladas.

Esta asiduidad calmaba los temores de la señora de Guilleroy que hacía todo género de esfuerzos para atraerlo. No aceptaba las invitaciones a comer, no iba a bailes ni teatros, con objetos de depositar a las tres, cuando salía, en el buzón de telégrafos el papel azul que decía: “Hasta luego”.

Al principio, para apresurar el momento de quedarse solos, enviaba a acostarse a su hija al dar las diez. Después, viendo un día que Oliverio se admiraba y decía que no debía tratarse a Anita como a una niña revoltosa, concedió un cuarto de hora, media hora luego y después una.

Por otra parte, Oliverio no tardaba mucho en irse cuando la joven desaparecía, como si el encanto que lo retenía se fuese con ella. Acercaba a los pies de la condesa la butaca enana, se sentaba cerca de ella y apoyaba la mejilla en su regazo. Ella le daba una de sus manos, que Oliverio conservaba entre las suyas,

y así parecía decrecer la fiebre de su espíritu, y descansar en cariñoso silencio del esfuerzo hecho.

La condesa iba comprendiendo poco a poco, con su olfato de mujer, que Anita lo atraía casi tanto como ella misma. No se incomodó por ello y le agradó que Bertín encontrase en las dos algo de la familia de que ella le había privado; procuraba retenerlo lo más posible entre ambas, haciéndose la mamá para que él se creyese casi padre de aquella niña, y para que un nuevo efecto lo atase más a aquella casa.

Su coquetería, siempre despierta, se avivó, pero se hizo más recelosa con los ataques de la edad, parecidos a innumerables alfilerazos casi imperceptibles todavía.

Para ser tan esbelta como Anita no bebía, y la delgadez del talle le hacía realmente cintura de muchacha, de tal modo, que de espaldas apenas de diferenciaban; pero su rostro se resentía con aquel régimen.

El cutis distendido se plegaba y tomaba un matiz amarillo que hacía aparecer más brillante la soberbia fresca del de la joven.

Cuidó entonces su rostro con procedimientos de actriz, y aunque a la luz del sol obtuvo una blancura un tanto sospechosa, aparecía a la artificial con el tono falso y encantador que da a las mujeres bien pintadas un cutis incomparable.

La certeza de esta decadencia y el empleo del artificio modificaron sus costumbres. Evitó las comparaciones en plena luz y las buscó con la artificial, que le daba ventaja.

Cuando se sentía fatigada, pálida y más marchita que de ordinario solía tener jaquecas oportunas que la obligaban a faltar a bailes y espectáculos. Pero cuando conocía que estaba hermosa, triunfaba y jugaba a la hermana mayor con grave modestia de madre joven.

Con objeto de llevar trajes casi siempre iguales a los de su hija, le hacía vestidos un poco serios para ella, y Anita, que cada vez aparecía con carácter más jovial, los llevaba con graciosa gentileza.

Anita se prestaba con toda su alma a los manejos de coquetería de su madre, hacía con ella por instinto escenas graciosas, sabía besarla a tiempo, tomarle la cintura con cariño, y hacerle creer con un movimiento o una caricia que ambas eran bonitas y se parecían.

A fuerza de verlas juntas y compararlas sin cesar, llegaba Oliverio casi a confundirlas. Alguna vez, cuando la joven le hablaba estando él mirando a otra parte, tenía que preguntarse cuál de ellas había hablado, y en muchas ocasiones se entretenía en jugar con aquella equivocación siempre que estaban los tres solos en el salón de tapicería Luís XV.

Cerraba los ojos y les rogaba que le hiciesen una después de otra la misma pregunta, y cambiasen después el orden de las interrogaciones con objeto de ver si las conocía por la voz.

Y de tal modo se adiestraban ellas en modular iguales entonaciones y decir iguales frases con el mismo acento, que muchas veces no adivinaba Oliverio.

Y, realmente, pronunciaban de un modo tan igual, que con frecuencia decían los criados “señora” a Anita, y “señorita” a la condesa.

Con la costumbre de imitarse y copiar los movimientos por diversión, adquirieron semejanza tal de actitudes y gestos, que el mismo Guilleroy, al verlas pasar por la parte oscura del salón, solía preguntar:

—Anita, ¿eres tú o es tu mamá?

Aquel parecido natural y buscado hizo nacer en el espíritu del pintor la rara impresión de un ser doble, antiguo y nuevo, conocido e ignorado: de dos cuerpos hechos uno después de otro con la misma carne, de una mujer rejuvenecida y vuelta a lo que fue.

Y vivía entre ambas, compartiéndose entre las dos, conmovido, inquieto, sintiendo reverdecer por la madre su antiguo amor, y como cubriendo a la hija con misteriosa ternura.

SEGUNDA PARTE

I

“París, 20 de julio. Once de la noche”

“Mi madre acaba de morir en Roncières, amigo mío, y nos vamos a las doce de esta noche. No vengáis, porque no avisamos a nadie, pero pensad en mí y compadecedme.

Any”

21 de julio. Doce de la mañana.

“Hubiera ido a pesar vuestro, mi pobre amiga, si para mi no fuesen órdenes vuestros deseos. Pienso en vos desde ayer con punzante dolor, y me figuro el silencioso viaje que habréis hecho con vuestra hija y vuestro marido, en un vagón mal alumbrado y camino de vuestra muerte.

“Veía a los tres bajo la lámpara grasienta, vos llorando y sollozando Anita.

“Vi vuestra llegada a la estación: el horrendo trayecto en coche; la entrada en el castillo entre los criados; vuestro paso rápido ya en la escalera hacia el cuarto mortuorio y el lecho en que yacía vuestra primera mirada y el beso que disteis sobre su rostro flaco e inmóvil.

“Y pensé en vuestro corazón cuya mitad es mía, roto, dolorido, ahogándose como a mí me ahoga en este momento.

“Un beso para vuestros ojos llenos de lágrimas, con la profunda compasión de vuestro:

Oliverio.”

23 de julio – Roncières

“Si algo me consolara en este horrible infortunio, vuestra carta me hubiera hecho muy bien.

“Ayer enterramos a la muerte, y me parece que dese que dejó esta casa estoy sola en el mundo. Se quiere a una madre casi sin saberlo, porque esto es tan

natural como el vivir, y no se sabe cuán profundas están las raíces de este amor hasta el momento de la eterna despedida.

“Ninguna otra afección es comparable a ésta; las demás las proporciona el ocaso y ésta el nacimiento; las demás vienen en el camino de la vida, y ésta vive en nuestra sangre desde el primer día.

“Además... no es sólo una madre lo que se pierde, es la mitad de nuestra infancia la que desaparece, porque nuestra vida de niña era tanto de ella como de una misma; sólo la madre la conocía como una, y sabía una porción de cosas lejanas, insignificantes y queridas, que son y eran las primeras y más dulces emociones del corazón.

“Sólo a mi madre podía yo decir: ¿Te acuerdas de tal día en que pasó esto? ¿Te acuerdas de la muñeca de porcelana que la abuela me regaló?

“Y charlábamos juntas de un montón de cosas menudas que nadie en el mundo sabía más que ella y yo.

“Luego ha muerto una parte de mi misma, la mas antigua y la mejor; he perdido el corazón en que la niña que fui vivía íntegra, y ya nadie conoce ni recuerda a Anita con sus trajecitos cortos, sus risas y sus juegos.

“Llegará un día, que tal vez no esté lejos, en que me iré a su vez, dejando sola en el mundo a mi querida Anita, como a mi me han dejado ahora. ¡Triste, cruel y duro es esto! No se piensa en ello, no se ve a cada paso cómo la muerte toma a alguien, como nos tomará a nosotros, porque si se viese, si lo que pasa ante nosotros no nos cegase y aturdiese, no podríamos vivir; el espectáculo de esta carnicería sin fin nos volvería locos.

“Estoy tan quebrantada, tan desesperada, que no tengo fuerzas para hacer nada. Pienso en mi madre noche y día; la veo en la caja, hundida en la tierra bajo la lluvia, y aquel rostro envejecido que yo besaba con tanta alegría convertido en podredumbre horrible. ¡Qué horror, amigo mío!

“Cuando perdí a mi padre acababa de casarme y no sentí todo esto como ahora. Compadecedme, pensad en mí y escribidme. Os necesito más que nunca.

Ana.”

París, 23 de julio

“Amiga mía: vuestra pena provoca otra horrible en mí, y no veo ya la vida de color de rosa.

“Desde que os fuisteis me veo solo, como perdido, abandonado, sin refugio ni afectos. Todo me cansa, me aburre y me irrita, y pienso sin cesar en vos y en vuestra Anita. Estáis las dos lejos cuando más cerca os necesito.

“Es extraño esto de que sienta de tan lejos la necesidad que de vos tengo. Nunca, ni aun en los días de mi juventud fuisteis “todo” para mí como ahora; hace tiempo que presentía esta crisis, que es como el verano de San Martín, y es tan raro lo que me pasa, que quiero contároslo.

“Figuraos que desde que os fuisteis, no puedo pasear. Antes, hasta no hace mucho, me gustaba ir solo, vagando por las calles, distraído con personas y cosas, probando el placer de ver y trotar las calles con pie alegre, andando por andar, por respirar.

“Ahora ya no puedo. Cuando me veo en la calle siento angustia, como un ciego que ha perdido su perro, y experimento la intranquilidad del viajero extraviado en un bosque.

“Y vuelvo a casa, porque París me parece vacío y feo. Me pregunto a dónde voy a ir y me digo que a ninguna parte, que a paseo solamente. Pues bien: no puedo pasear sin un fin. La sólo idea de andar sin objeto me fatiga y anonada de fastidios, y voy a templar mi melancolía al Círculo.

“¿Sabéis a qué debo esto? A que no estáis aquí seguramente.

“Cuando estáis en Paris no hay paseo inútil, puesto que es posible que os encuentre en cualquier esquina, y me voy a todas partes porque en todas partes podéis estar.

“Si no doy con vos, puedo encontrarme con Anita, que es como un reflejo vuestro; una y otra llenáis de esperanza para mí las calles, ya porque os veo venir a lo lejos u os adivine siguiéndoos.

“París me parece entonces hermoso, y las mujeres, cuyo andar se parece al vuestro, hacen latir mi corazón como el movimiento hace palpar las calles, y fijan mi atención ocupando mis ojos y llenándome de algo como ansias de veros.

“Me llamaréis egoísta, pobre amiga mía, al ver que os hablo de mi soledad de viejo pichón arrullador, cuando vos lloráis dolorida.

“Perdonadme: estoy tan acostumbrado a que me miméis que me dan ganas de pedir auxilio cuando no estáis conmigo.

“Os beso los pies para que me tengáis compasión.

Oliverio”

“Roncières, 30 de julio.

“Gracias por vuestra carta, amigo mío. Tenía necesidad de saber que me amabais, porque acabo de pasar días muy tristes.

“He llegado a creer verdaderamente que iba a matarme el dolor. Lo sentía como un enorme bloque de angustia encerrado en mi pecho, que crecía sin cesar y que me ahogaba.

“El médico a quien se había llamado para que calmase los cuatro o cinco ataques de nervios que he tenido al día, me ha inyectado morfina que me ha puesto casi loca, y ha agravado mi estado con los grandes calores que atravesamos, colocándome en un estado de delirante sobreexcitación.

“Me he calmado algo con la tempestad del viernes.

“Debo deciros que desde el entierro casi no lloraba; pero durante el huracán, cuya proximidad me alteró, sentí que me brotaban de los ojos las lágrimas lentas, a intervalos, abrasadoras.

“¡Cuánto daño hacen estas primeras lágrimas! Me arañaban como garras, tenía la garganta tan oprimida, que casi no me dejaba respirar. Luego fueron las lágrimas más rápidas, más gruesas y más tibias; salían de mis ojos como de una fuente, y en tal cantidad, que empapé el pañuelo y hube de buscar otro.

“Y pareció que el bloque de mi pecho se ablandaba y se fundía, saliendo por mis ojos.

“Desde entonces lloro de la mañana a la noche, y esto me alivia. Se llegaría a la locura o a la muerte si no se pudiese llorar.

Estoy, además, muy sola; mi marido hace excursiones por el país y he querido que se lleve a Anita para que se distraiga y se consuele.

“Se van en coche o a caballo ocho o diez leguas de Roncières y Anita regresa llena del color de la juventud, a pesar de su tristeza, con los ojos animados por el aire libre del campo y el cansancio. ¡Qué hermosa edad!

“Creo que estaremos aún aquí quince días o tres semanas, y luego, a pesar de llegar agosto, volveremos a París por la razón que sabéis.

“Os envío lo que queda de mi corazón.

Any”

París, 4 de agosto.

“No puedo más, amiga mía; es preciso que volvías o me pasa algo. No sé si estoy enfermo. Tal disgusto me produce todo lo que hacía y he hecho hasta ahora con placer o resignación indiferente.

“Hace tanto calor en París, que cada noche equivale a un baño turco de ocho o nueve horas.

“Me levanto rendido por la fatiga de este sueño en estufa, y me paseo durante una hora o dos ante un lienzo en blanco, con intención de pintar algo.

“Pero nada encuentro en mi cerebro, nada pueden la vista y la mano. ¡No soy ya un pintor! Este inútil esfuerzo para el trabajo me exaspera. Hago venir modelos, los coloco, y como me dan actitudes y posturas que he copiado hasta la saciedad, los invito a que se vistan y se vayan.

“No veo nada nuevo y sufro como si estuviese ciego. ¿Es esto cansancio de la mirada o del cerebro, decadencia de las facultades artísticas o desviación del nervio óptico?

“¿Quién lo sabe? Me parece que estoy como si acabase de descubrir el rincón inexplorado que se acaba, y que no veo sino lo que todos ven; hago lo que hacen todos los pintores malos y no poseo más que la observación pedestre.

“Antes, no hace mucho, el número de asuntos nuevos me parecía ilimitado, y disponía de tal variedad de medios para expresarlos que dudaba en la elección. Y de pronto, aquel universo de asuntos entrevistados se despuebla, y mi investigación resulta impotente y estéril. La gente que pasa no significa nada para mí; no veo en cada ser humano el sabor y carácter que tanto gozaba en analizar y hacer visibles.

“Creo, sin embargo, que haría un bonito retrato de vuestra hija. ¿Os confundo con ella en el pensamiento porque os parecéis tanto? Tal vez.

“Después de esforzarme en pintar un hombre o una mujer que no se parezcan a los modelos conocidos, me decido por ir a almorzar a cualquier parte, porque no tengo valor para sentarme solo en mi mesa. El bulevar Malesherbes parece la calle de un bosque encerrada en una ciudad muerta. Todas las casas parecen vacías; en el arroyo los mangueros lanzan los penachos de blanca lluvia que mojan el entarugado, del que se exhala vapor de alquitrán mojado y de cuadra lavada; de uno a otro extremo de la larga pendiente, desde el parque Monceau a San Agustín, se ven cuatro o seis formas negras, transeúntes sin importancia, proveedores o criados.

“La sombra de los plátanos marca el pie de los árboles, sobre las aceras que quemán, una mancha rara que parece líquida como el agua extendida que se seca. la inmovilidad de las hojas en las ramas, y su silueta gris en el asfalto, expresan el cansancio de la ciudad abrasada, soñolienta, y traspinando como un obrero dormido al sol sobre un banco.

“Parece sudar la capital y echar el aliento fétido por las bocas de las alcantarillas los tragaluces de los sótanos y cocinas, y los arroyos grasientos de las

calles. Pienso entonces en las mañanas de estío de vuestra huerta, llenas de florecillas campestres que embalsaman con miel el ambiente. Vuelvo disgustado del restaurante, en que comen con aspecto cansado parroquianos calvos y ventrudos con el chaleco abierto y la frente reluciente.

“Todos los manjares están calientes; el melón que se funde bajo el hielo, el pan blando, el filete manido, la legumbre recocida, el queso purulento y las frutas pasadas del escaparate. Salgo con náuseas y regreso a casa para ver de dormir un poco hasta la hora de comer, en que voy al Círculo.

“En él me encuentro siempre a Adelmans, Maldrant, Rocdiane, Landa y otros, que me aburren como un organillo. Cada uno tiene su sonata, o sonatas, que oigo hace quince años; todas las tocan juntos cada noche en este Círculo que parece debía ser lugar de distracción. Debían cambiarme la generación a que pertenezco y que me sé de memoria. Estos amigos que os cito siguen haciendo conquistas todos los días, y se felicitan por ello mutuamente.

“Bostezo tantas veces como minutos hay entre las ocho y las doce, vuelvo para acotarme y me desnudo pensando en que tengo que volver a empezar al día siguiente.

“Sí, amiga mía; estoy en la edad en que la vida de soltero se hace intolerable, porque no hay para mí nada nuevo bajo el sol.

“Un soltero debe ser joven, curioso, investigador, y cuando no se es así es peligroso vivir libre. ¡Pensar que yo he querido tanto en otros tiempos mi libertad, antes de quererlos más que a ellas! ¡Cómo me pesa!

“La libertad, para un solterón como yo, es el vacío en todas partes, el camino de la muerte sin nada que impida ver el fin; es la eterna pregunta: ¿qué hacer?, ¿a dónde ir para no estar sólo?

“Y se va de amigo en amigo, de mano en mano, mendigando amistad, y recojo algunas migajas que no hacen un pedazo.

“Os tengo a vos, pero no sois mía. Y tal vez por vos sufro así, porque este estado mío es el deseo de vuestro contacto, de vuestra presencia, de la vida bajo el mismo techo, de las mismas paredes encerrando nuestras existencias, del mismo interés en nuestros corazones, la misma comunidad de esperanzas, de penas, de placeres, de alegrías y tristezas, y hasta de objetos materiales. Estáis en mí porque tomo siempre algo de vos, pero quisiera respirar siempre el aire que respiráis, compartirlo todo con vos, no servirme más que de cosas que pertenecen a ambos, saber que todo lo que vive en mí vive en vos, y que lo mío es vuestro, el vaso en que bebo, la silla en que descanso, el pan que como y el fuego que me reanima.

“Adiós; volved pronto. Aun lejos estoy saturado de vos.

Oliverio.”

“Roncières, 8 de agosto.

“Estoy enferma, amigo mío, y tan enferma que no me conoceríais. Creo que he llorado demasiado y necesito descansar antes de volver, porque no quiero que me veáis como estoy.

“Mi marido va a París pasado mañana y os llevará noticias nuestras. Os buscará para comer juntos, y me encarga os diga que lo esperéis en vuestra casa a las siete.

“En cuanto a mí, cuando me sienta un poco mejor y no tenga esta cara de desenterrada, que me da miedo, volveré cerca de vos.

“Yo tampoco tengo en el mundo más que a vos y Anita, y quiero dar a cada uno lo que puedo dar sin robar al otro.

“Ahí van mis ojos, que tanto han llorado, para que los beséis.

Ana.”

Cuando recibió esta carta anunciando el próximo regreso, sintió Oliverio un deseo desenfadado de tomar un coche, ir a la estación y subir al tren para encaminarse a Roncières.

Recordó que el señor de Guilleroy debía llegar al día siguiente, y empezó a desear la llegada del marido casi con tanta impaciencia como si hubiese sido la misma mujer.

Nunca sintió por Guilleroy tanto cariño como en aquellas veinticuatro horas de espera.

Cuando lo vio entrar se lanzó hacia él tendiéndole las manos.

–¿Cuánto me alegro de veros, mi querido amigo! – exclamó.

También el otro parecía satisfecho, sobre todo por volver a París, porque una estancia de tres semanas en Normandía no le resultaba muy agradable.

Ambos se sentaron en un sofá de dos asientos, en un ángulo del estudio, bajo el dosel de telas orientales, y se estrecharon nuevamente las manos con efusión.

–¿Y cómo está la condesa? –preguntó Oliverio.

–No muy bien; se ha afectado mucho y se repone lentamente, y hasta diré que no estoy muy tranquilo.

–Pero ¿por qué no vuelve?

–No sé; me ha sido imposible decidirla.

–¿Y qué hace todo el día allí?

–Llora y piensa en su madre, lo cual no le conviene.

–¿Y Anita?

–¡Oh! Es una rosa abierta.

Oliverio sintió alegría y preguntó:

–¿Ha sentido mucho la muerte?

–Sí, mucho, pero... ya sabéis... penas a los dieciocho años...

Hubo una pausa y añadió Guilleroy:

–¿A dónde vamos a comer, amigo mío? Tengo necesidad de oír ruido y de ver movimiento.

–Pues en este tiempo me parece indicado el café de Embajadores.

Se fueron del brazo hacia los Campos Eliseos; Guilleroy, agitado por el despertar de los parisienses que vuelven a la capital y para quienes aparece después de una ausencia rejuvenecida y llena de sorpresas, preguntando a Oliverio mil detalles sobre lo que se había hecho y dicho.

Oliverio, con una indiferencia en que se reflejaba el fastidio de su soledad, hablaba de Roncières, tratando de recoger de aquel hombre y en torno suyo ese algo casi material que dejan en nosotros las personas a quienes se acaba de ver, emanación sutil de los seres que se embebe al dejarlos, que se guarda unas horas y se volatiliza a otro ambiente.

El cielo calmoso de un día de verano pesaba sobre la capital y sobre la gran avenida en que comenzaban a tararear bajo el follaje los cantables de los conciertos al aire libre.

Sentados los dos hombres en la terraza del café de Embajadores, veían a sus pies las mesas y las sillas aún vacías del recinto cerrado, hasta el teatrillo en que

las cantarinas enseñaban sus tocados chillones y el matiz rosa de los rostros a la luz extraña formada del día y la eléctrica.

Subían olores de fritura, de salsas de guisos calientes que flotaban en los sutiles aromas que echaban de sí los castaños, y cuando pasaba una mujer seguida de un hombre vestido de negro buscando un sitio reservado, dejaba tras sí el perfume fresco de su traje y de su cuerpo.

–Más me gusta estar aquí que allá– dijo Guilleroy radiante de júbilo.

–Yo no– dijo Bertín–; mejor quisiera estar allá que aquí.

–¿Y eso?

–¡Diablo! Me parece París infecto este verano.

–Pero... ¡siempre es París!

El diputado estaba en uno de esos buenos días en que los hombres más graves sienten como una rara efervescencia que los hace cometer tonterías. Miraba a dos vividoras que comían en una mesa próxima en compañía de tres jóvenes enteros y muy correctos, y preguntaba habilidosamente a Oliverio sobre todas las buenas mozas conocidas y cotizadas, cuyos nombres oía todos los días.

–Tenéis suerte en ser soltero –dijo con tono pesaroso – ¡Podéis hacer y ver tantas cosas!

El pintor negó, y como todo aquel a quien fustiga una idea tomó a Guilleroy por confidente de sus tristezas y sus soledades.

Cuando le dijo todo y le recitó hasta el fin la letanía de sus melancolías, contándole, impelido por la necesidad de consolarse, cuánto hubiese dado por el amor y el contacto de una mujer cerca de él, convino el conde en que el matrimonio tenía sus ventajas. Echó mano de su elocuencia parlamentaria para elogiar las dulzuras de su vida interior, y pronunció un gran elogio de la condesa, que Oliverio aprobaba con frecuentes movimientos de cabeza.

– Vos, vos sí que habéis tenido suerte.

Halagado, Guilleroy le dio la razón.

–Quisiera que volviese –replicó– porque me ha cuidado en estos momentos- ¡Hombre! Puesto que vos os aburrís en París debíais ir a Roncières y traerla; a vos os hará caso porque sois su mejor amigo, mientras que un marido... ya sabéis...

–No deseo otra cosa –repuso Oliverio encantado–; sin embargo... ¿no la contrariaría verme llegar de ese modo?...

–No, de ninguna manera... id.

–Corriendo iré mañana en el tren de la una. ¿Hay que ponerle un telegrama?

–No; yo me encargo de ello. La prevendré para que halléis coche en la estación.

Acabaron de comer y subieron por los bulevares, pero al cabo de media hora escasa el conde dejó a Oliverio pretextando un negocio urgente que había olvidado.

II

La condesa y su hija, vestidas con trajes de granadina, acababan de sentarse frente a frente para almorzar en el amplio comedor de Roncières.

Los retratos de los antepasados, candorosamente pintados, unos con coraza, otros con justillos, éste con el pelo empolvado de oficial de las guardias francesas, aquél de coronel de la Restauración, formaban la colección de los Guilleroy encuadrados en marcos viejos de marchito dorado.

Servían dos criados que pisaban silenciosamente en torno de las dos silenciosas damas, y las moscas formaban en derredor de la araña de cristal suspendida sobre la mesa una nubecilla de puntos negros inquietos.

—Abrid las ventanas —dijo la condesa—. Hace frío aquí dentro.

Las tres ventanas, rasgadas del techo al suelo como troneras, fueron abiertas de par en par. Un soplo de aire tibio cargado de aroma de hierba caliente y el vago ruido del campo entró bruscamente por los tres huecos, mezclándose con el aire un poco húmedo del comedor formado por los espesos muros del castillo.

—¡Qué hermosura! —dijo Anita respirando a pleno pulmón.

La mirada de las dos mujeres interrogó el exterior, y contemplaron bajo el cielo azul un poco brumoso de las sierras del Mediodía tostadas por el sol, la ancha pradera del parque con sus grupos de árboles de trecho en trecho, y sus perspectivas lejanas de la campiña amarilla escondida hasta el horizonte en el dorado de las mieses maduras.

—Después de almorzar daremos un buen paseo —dijo la condesa—. Podemos ir hasta Berville siguiendo el río, porque en la llanada hará mucho calor.

—Sí, mamá, y nos llevaremos a Julio para que levante las perdices.

—Ya sabes que tu padre no quiere.

—Está en París. ¡Me gusta tanto ver levantar a Julio! Mira... míralo ladrando a las vacas. ¡Qué travieso es!

Anita se levantó y corrió a la ventana, gritando:

—¡Anda, Julio, anda!

Había en la pradera tres gruesas vacas hartas de hierba y fatigadas por el calor, y descansaban acostadas sobre las costillas, saliente la panza por la presión del suelo.

Un perdiguero iba de una a otra ladrando con fingida cólera y dando locas carreras; era fino, blanco y canela, con grandes orejas que abanicaban a cada salto, y procuraba hacer levantar a las tres vacas que no se prestaban a ello.

Aquel juego de obligar a levantar a las vacas cada vez que se echaban debía ser el preferido del perro. Las vacas no se intimidaban y lo miraban con sus ojos saltones y se volvían para seguir sus carreras.

—¡Tráelas, Julio, tráelas! —gritaba Anita desde la ventana.

Excitado, el perdiguero ladraba más fuerte, y se aventuró hasta llegar a las colas haciendo que mordía. Las vacas empezaron a inquietarse, y los temblores de su piel para quitarse las moscas fueron más frecuentes y largos.

Lanzado el perro en una carrera que no pudo contener a tiempo, llegó tan cerca de una vaca que para no tropezar con ella tuvo que saltar por encima rozándola.

El pesado animal se amoscó, levantó primero la cabeza y se puso lentamente sobre sus cuatro patas, mugiendo.

Las demás vacas la imitaron al verla y Julio bailó en torno de las tres en son de victoria, mientras Anita lo felicitaba.

–¡Bravo, Julio, bravo!

–Vamos, niña –dijo la condesa–, ven a almorzar.

Pero Anita puso una mano de pantalla a los ojos, y dijo:

–¡Toma! Viene el que trae los telegramas.

Por el invisible sendero perdido entre trigos y avenas, parecía deslizarse una blusa azul sobre la superficie de las espigas.

Un hombre se acercaba al castillo con paso cadencioso.

–¡Dios mío! –murmuró la condesa. Con tal que no sean malas noticias...

Se estremeció con el miedo que deja en nosotros por largo tiempo la muerte de un ser querido anunciada por un telegrama.

No acertaba a rasgar la pegadura para abrir en cualquier parte; temblaban sus dedos y sentía emoción en el alma, temiendo que en aquellas dobleces que se resistían hubiera una nueva desventura que hiciera correr sus lágrimas.

Por el contrario, llena de juvenil curiosidad, Anita gustaba de todo lo desconocido. Su corazón, flagelado por vez primera en su vida, sólo podía esperar venturas de la cartera negra de los ordenanzas de telégrafos, que siembran tantas emociones por calles, caminos y campos.

La condesa no comía, siguiendo en espíritu a aquel hombre que se acercaba llevando unas líneas escritas, que tal vez le hiriesen como un puñal en la garganta. El deseo de saber la ponía nerviosa y trataba de adivinar cuál fuera aquella urgente noticia. ¿De quién sería? ¿Sobre qué? Pensó en Oliverio ¿Estaría enfermo? ¿Habría muerto?

Los diez minutos que hubo de esperar le parecieron interminables. Desgarró el papel, vio el nombre de su marido y leyó: “Nuestro amigo Bertín sale para Roncières en el tren de la una. Envía coche a la estación. Un abrazo”.

–¿Qué es mamá?–preguntó Anita.

–Que viene a vernos Oliverio Bertín.

–¡Ay, qué bien! ¿Cuándo?

– En seguida.

–¿A las cuatro?

–Sí.

–¡Oh, qué bueno es!

La condesa se puso pálida; un nuevo temor llenaba hacía tiempo su espíritu, y la brusca llegada del pintor le pareció más amenazadora que todo lo que había temido.

–Tú irás a buscarlo con el faetón –dijo a su hija.

–¿Y tú no vendrás, mamá?

–No; os esperaré aquí.

–¿Por qué? No le gustará.

–No me encuentro bien.

–Pues hasta hace poco querías ir hasta Berville.

–Sí, pero no me ha sentado bien el almuerzo.

–De aquí a entonces te pondrás buena.

–No; voy a subir a mi cuarto, Avísame cuando lleguéis.

–Sí, mamá.

Después de dar las órdenes par que estuviese enganchado el faetón a la hora debida y para que se dispusiese una habitación, la condesa se encerró en su cuarto.

Hasta entonces había corrido una vida casi sin sabores, dulcificada por su amor a Oliverio y solamente agitada por el deseo de conservarlo.

Había logrado salir victoriosa en aquel combate.

Halagada por el éxito y la adulación; con el corazón exigente de mujer hermosa a quien son debidas todas las dulzuras de la tierra; casada brillantemente aunque sin inclinación; enamorada luego como para complemento de su feliz existencia; habiendo tomado aquellas relaciones culpables por amor y por culto al sentimiento, en parte, y por compensación a las vulgaridades de la existencia, su corazón se había atrincherado en aquella felicidad que le había proporcionado el azar, sin más deseo que defenderla contra las sorpresas diarias.

Había, pues, aceptado con benevolencia de mujer bonita los hechos agradables cuando se presentaba, y había sabido utilizar los elementos que le proporcionaba el destino con prudencia, sagacidad y economía.

Había sido la condesa poco audaz, poco sedienta de goces nuevos y apetitos desconocidos, tierna, tenaz y previsora, contenta con el presente e inquieta por el temperamento de lo porvenir.

Pues bien poco a poco, sin que ella misma se atreviese a confesárselo, se había implantado en su alma la preocupación oscura de los días que pasan y la vejez que se acerca. Era esto en su pensamiento como una carcoma que no cesaba en su tarea destructora.

Cerró los ojos para seguir soñando y no sentir el vértigo del abismo y la desesperación de la impotencia, porque sabía que aquel derrumbamiento de la vida no tenía fin ni podía contenerse.

Vivió satisfecha, casi orgullosa de ver que se conservaba hermosa tanto tiempo, y cuando vio junto a sí a Anita en la frescura de los dieciocho años, en vez de sufrir por ello se sintió orgullosa de poder ser preferida por la adiestrada gracia de la madurez a aquella niña que era como el capullo en toda la brillantez de su primera juventud.

Hasta se creía en el principio de un periodo feliz y tranquilo, cuando la muerte de su madre la hirió de lleno en el corazón. Durante los primeros días sintió una desesperación que no dejaba sitio a ningún otro pensamiento; estuvo de la mañana a la noche sumida en la mayor desolación, recordando mil cosas de la muerta, sus frases familiares, su rostro de antes, los vestidos que había llevado en otros tiempos, como si guardase reliquias en el fondo de su memoria, y recogiese en el pasado desaparecido todos los recuerdos íntimos de los que fue para alimentar su crueles melancolías.

Luego, cuando llegó a tal grado su desesperación que le producía a cada paso ataques de nervios y síncope, todo aquel dolor contenido estalló en llanto, y lloró todo el día.

Una mañana, al entrar su doncella, y abrir las maderas, le preguntó cómo se encontraba. La condesa se incorporó fatigada y encorvada de tanto llorar, y contestó que mal y que no podía más.

La doncella, que tenía la bandeja con el té., miró a su señora, y enternecida de verla tan pálida sobre la blancura del lecho, balbució con acento lleno de tristeza y sinceridad:

—En efecto, la señora no tiene buena cara y haría bien en cuidarse.

El tono con que esto fue dicho penetró en el corazón de la condesa como un alfilerazo, y cuando la doncella salió se levantó para mirar en la luna del armario.

Se quedó estupefacta delante de sí misma, aterrada al ver sus mejillas hundidas y sus ojos encarnados, estragos de unos días de sufrimientos.

Su rostro, que ella se sabía tan bien y que tantas veces había visto en tan diversos espejos; del que conocía las expresiones, las gracias y las sonrisas todas; en el que había corregido tantas veces la palidez, reparado las fatigas y disimulado

las ligeras arrugas vistas a la luz del sol en el ángulo de los ojos, le pareció de pronto el de otra mujer, un rostro inevitablemente enfermo que se descomponía.

Para verse mejor y cerciorarse de aquella desgracia inesperada se acercó hasta tocar el espejo con la frente, tan cerca, que su aliento empañó el cristal y borró la imagen pálida que contemplaba.

Tuvo que tomar un pañuelo para enjugar el rocío de su respiración y temblando de extraña emoción hizo largo y paciente examen de las alteraciones de su rostro.

Con ligero dedo atirantó la piel de las mejillas, alisó el de la frente, levantó los cabellos y volvió los párpados para ver el blanco de los ojos.

Luego abrió la boca, inspeccionó los dientes un poco pasados, en que brillaban puntos de oro, y se impresionó desagradablemente al ver las encías lívidas, y el matiz amarillento de la carne en los pómulos y los temporales.

Puso tanta atención en aquella revista de la belleza decadente, que no oyó abrir la puerta a sus espaldas, y se estremeció cuando oyó decir a la doncella:

–La señora se ha olvidado de tomar el té.

La condesa se volvió confusa y avergonzada

– La señora ha llorado mucho –dijo la doncella adivinando su pensamiento– y no hay nada peor que el llanto para hundir las mejillas; la sangre se vuelve agua.

–La edad... –replicó tristemente la condesa.

– La señora no está en ese caso –exclamó la doncella–. Con unos días de reposo pasará; pero es preciso que pasee mucho y no llore.

La condesa bajó al parque cuando estuvo vestida, y por vez primera desde la muerte de su madre fue a visitar el arriate en el que tanto le gustaba antes cuidar y tomar flores.

Luego se fue hacia el río y anduvo por la orilla hasta la hora de almorzar.

Al sentarse a la mesa frente a su marido y su hija, dijo para saber cómo pensaban:

– Hoy me siento mejor y debo estar menos pálida.

–Todavía tienes mala cara – repuso el conde.

Se le encogió el corazón y con la costumbre de llorar estuvo a punto de hacerlo.

Aquel día y los siguientes sintió a cada paso subir los sollozos a su garganta y las lágrimas a sus ojos, sea porque pensase en su madre o en sí misma.

Pero las contenía con sobrehumano esfuerzo, tratando de fijarse en cosas extrañas, que la alejasen de sus penas, esforzándose por consolarse y distraerse sin pensar en nada triste, para dar salud a su rostro.

No quería, sobre todo, volver a París y ver a Oliverio antes de reponerse. Comprendiendo que había adelgazado y que en su edad necesita la carne estar llena para parecer fresca provocó el apetito en los caminos y bosques próximos, y aunque volvía cansada y sin hambre hacía un esfuerzo para comer mucho.

El conde quería regresar, y no comprendía su obstinación. Viendo su invencible resistencia, acabó por decidirse a volver solo, dejándola en libertad para que lo hiciese cuando estuviese dispuesta.

Al día siguiente recibió el telegrama anunciando la llegada de Oliverio.

Tuvo intenciones de huir, tanto temía su primera mirada; hubiese querido esperar aún una o dos semanas; en una semana de cuidado se puede modificar el rostro, puesto que las mujeres, aun las más jóvenes y saludables, se ponen desconocidas de al noche a la mañana.

Pero la idea de presentarse a Oliverio a pleno sol del campo, en aquella luz del mes de agosto, y al lado de Anita, la inquietó de tal modo, que se decidió por no ir a la estación y esperar en la penumbra de la sala.

Nunca se sintió tan triste; no era aquel el dolor que había destrozado su corazón, desgarrándolo ante el cuerpo sin alma de la pobre mamá querida.

Aquel dolor, que había creído inagotable, se aminoró en unos días, hasta no ser más que un recuerdo penoso, y al presente se sentía anegada en profunda ola de melancolía, que la había tomado suavemente y no la soltaría más.

Tenía ganas irresistibles de llorar y no quería. Cada vez que sentía los párpados húmedos, los enjugaba vivamente, se levantaba, andaba y miraba al parque y a los grandes árboles sobre lo que volaban, lentamente bandadas de cuervos negros.

Iba al espejo, se examinaba rápidamente, borraba la huella de una lágrima en el ángulo del ojo con la borla de polvos, y miraba al reloj, calculando en el punto del camino en que podría estar Oliverio.

Como todas las mujeres que sienten en el alma tempestad real o ficticia, se adhería a él con irreflexiva ternura. ¿No era todo él para ella, todo lo que un ser puede significar para otro cuando se ama y se envejece?

Oyó a lo lejos el estallido de un látigo, corrió a la ventan y vio al faetón que daba la vuelta al prado del césped, al trote de los dos caballos.

Sentado junto a Anita en el fondo del carruaje, Oliverio agitó el pañuelo al ver a la condesa, y ésta contestó al saludo con ambas manos. Después bajó con el corazón alterado, pero dichosa y vibrante de gozo al sentirse tan cerca y hablarle y verlo.

Se encontraron en la antesala, delante de la puerta del salón.

Oliverio abrió los brazos con irresistible movimiento y dijo con voz muy conmovida:

—¡Ah, mi pobre condesa, permitid que os bese!

Ana cerró los ojos, se inclinó, se estrechó con él poniendo las mejillas, y mientras él apoyaba los labios, murmuró a su oído.

—¡Te amo!

Oliverio la miró sin soltar sus manos.

—Veamos ese triste rostro —dijo.

—Un poco pálido —replicó ella sintiéndose desfallecer—, pero no es nada.

Y añadió para agradecer su venida:

—¡Oh, amigo mío, amigo mío!

No supo decir más.

Oliverio buscó detrás de sí a Anita, que había desaparecido.

—¡Qué extraño es ver a vuestra hija de luto! —exclamó bruscamente.

—¿Por qué? —preguntó la condesa.

—¿Cómo por qué? —replicó él con extraordinaria animación—. ¡Es que es mi retrato, el retrato que yo os hice! Sois vos, tal como os vi antiguamente al entrar en casa de la duquesa. ¿Os acordáis de aquella puerta, por la que pasasteis bajo mi mirada, como una fragata bajo el cañón de un fuerte? ¡Diablos! Al ver hace poco a la pequeña de pie en el andén de la estación, vestida de negro y con el sol de sus cabellos como marco del rostro, me dio el corazón una vuelta y creí que iba a llorar. Os digo que es cosa de volverse loco recordándoos cuando se os ha conocido como yo, que os he mirado y amado más que nadie y reproducido en pintura. Creí que me la habíais mandado a la estación para producirme este asombro. Pero, ¡cómo me ha sorprendido! Os digo que es para volverse loco.

Se volvió y grito:

–¡Anita, Anita!

La joven estaba dando azúcar a los caballos y contestó:

–¡Aquí estoy!

–¡Ven acá!

Anita llegó corriendo.

–Ven, ponte junto a tu madre.

Se pusieron juntas y Oliverio las comparó, repitiendo maquinalmente y sin convicción que era asombroso. Se parecían menos puestas una al lado de la otra que antes de salir de París, porque la joven había tomado con el traje negro nueva expresión de luminosa juventud, mientras que la madre no tenía ya hacía tiempo aquellas llamaradas en los cabellos y el rostro con que había deslumbrado y embriagado al pintor cuando la vio por primera vez.

La condesa y Oliverio, muy satisfechos, entraron en el salón.

–¡Qué buena idea me dio de venir! –dijo Oliverio–. Pero no, la idea fue de vuestro esposo. Me ha encargado de que os lleve. ¿Sabéis lo que os propongo? ¿No? Pues os propongo lo contrario: que permanezcáis aquí. Nada de calor; París esta ahora horrible y el campo delicioso. ¡Qué hermoso es esto!

La caída de la tarde inundaba el parque de frescura, hacía temblar los árboles y provocaba en la tierra vapores sutiles que cubrían el horizonte con ligero velo.

Las tres vacas, en pie, y con la cabeza baja, pastaban con avidez, y cuatro pavos reales volaban a un cedro en el que acostumbraban dormir, bajo las ventanas del castillo, con mucho ruido de alas.

Ladraban los perros a lo lejos, en el campo, y en aquel tranquilo ocaso del día, pasaban por el ambiente llamadas y frases humanas de campo a campo, de heredad a heredad, y los gritos rápidos y guturales con que se guía al ganado.

Con la cabeza descubierta y los ojos radiantes, respiraba el pintor a sus anchas.

–Esta es la felicidad –dijo al ver que la condesa lo miraba.

–Que no dura– contestó ella acercándose.

–Tomémosla cuando se presenta.

–Hasta ahora no os había gustado el campo –dijo Ana sonriendo.

–Me gusta hoy porque os encuentro en él. No sabría vivir donde no estuviérais. Cuando se es joven puede amarse de lejos por carta, con el pensamiento, por pura exaltación, tal vez porque se ve delante la vida y no se siente pasión, sino necesidades del corazón; pero a mi edad el amor es un hábito de enfermo, un régimen del alma que sólo conserva un ala y vuela menos hacia el ideal. El corazón ya no siente éxtasis, sino exigencias egoístas, y sospecho que no tengo tiempo que perder si he de gozar lo que me queda de mi parte.

–¡Bah! ¡Viejo! –dijo la condesa tomándole una mano.

–Si, viejo –repitió Oliverio–. Todo me lo hace ver: mis cabellos, mi carácter que cambia, la tristeza que llega... He ahí una cosa que no había conocido nunca: la tristeza. Si cuando tenía treinta años me hubiesen dicho que me pondría triste, inquieto y descontento de todo sin motivo, no lo hubiese creído. Esto prueba también que mi corazón ha envejecido.

–Yo conservo joven el corazón –replicó Ana con seguridad– y no ha cambiado; tal vez ha rejuvenecido; tenía veinte años y no tiene más que dieciséis.

Estuvieron largo rato hablando así en la ventana abierta, embebiendo sus almas con el espíritu de la noche, cerca uno de otro, en aquella hora de ternura tan crepuscular como la del día y como no lo estuvieron jamás.

–La condesa está servida –anunció un criado.

–¿Habéis avisado a mi hija?– preguntó Ana.

–La señorita está en el comedor.

Se sentaron los tres a la mesa. Estaban cerrados los postigos y dos grandes candelabros de seis bujías iluminaban el rostro de Anita, dando a su cabeza tonos de oro.

Bertín sonreía sin cesar de mirarla.

–¡Diablo! ¡Y que bonita está de luto!– decía.

Y se volvía a la madre como para darle un voto de gracias por haberle proporcionado aquel placer.

Cuando volvieron al salón, había salido la luna por encima de los árboles del parque.

Su masa sombría semejaba un islote, y la campiña se distinguía detrás, como un mar velado por la bruma que flotaba al ras del llano.

–¡Ay, mamá! Vamos a pasear –dijo Anita.

La condesa no se negó.

–Me llevaré a Julio.

Salieron; la joven iba adelante, entretenida con el perro. Al bordear el prado oyeron los resoplidos de las vacas que habían despertado y sentían a su enemigo levantando el testuz para verlo.

A lo lejos, fingía la luna bajo los árboles y entre las ramas lluvia de finos rayos que caían a tierra, mojando las hojas y manchando el camino con claros amarillos.

En los claros, por los que la luz lunar caía como en un pozo, pasaba la joven como una aparición, y Oliverio la llamaba maravillado ante aquella visión negra de brillante rostro.

Cuando Anita volvía a separarse, Oliverio estrechaba la mano de la condesa y buscaba sus labios en las sombras espesas, como si cada vez que veía a Anita se avivase la impaciencia de su corazón.

Llegaron al extremo de la llanura, más allá de la cual apenas se distinguían a lo lejos los grupos de árboles de los caseríos.

A través de la claridad lechosa que bañaba los campos se limitaba el espacio, y el silencio viviente del inmenso ambiente, luminoso y templado, parecía lleno de esa dulce soñolencia e indefinible espera que hacen tan dulces las noches de verano.

En lo alto del cielo, unas cuantas nubecillas semejaban escamas de plata, y escuchando atentamente se percibía en el sosiego nocturno confuso y continuo murmullo de vida, y ruido levísimo cuya armonía parecía silencio al pronto.

En un campo próximo lanzaba su doble nota un cuco, y el perro se fue a paso furtivo hacia donde sonaba el canto aflautado. Anita lo siguió tan ligera como él, reteniendo el aliento y agachándose.

–¿Por qué pasan tan pronto estos momentos? –dijo la condesa a solas con Oliverio–; nada hay durable, ni aun tiempo queda para gustar lo bueno. Esto se acabó.

–No filosofo esta noche– dijo Oliverio sonriendo y besándole la mano–. No pienso más que en lo que estoy viendo.

–No me amáis como yo os amo –replicó la condesa.

–¡Cómo!

–Sí– le interrumpió la condesa–, amáis en mí, como muy bien decíais antes, a la mujer que satisface la necesidad de vuestro corazón, no a la mujer que no os

ha dado penas y alegrías en la vida; lo sé, lo siento así. Y yo por mi parte he sido buena y útil y agradecida para vos. Habéis amado y amáis aún en mí lo que de agradable tengo, mis atenciones para vos, mi admiración, mi cuidado en gustaros, mi pasión y el abandono completo que os he hecho de mi ser íntimo. Pero no me amáis a mí; siento esa vedad como una corriente de aire helado. Amáis en mi mil cosas, mi belleza que huye, mi admiración, el ingenio que me atribuyen, la opinión que de mí tiene la sociedad y la que de vos tengo en mi corazón, pero todo eso no soy yo, ¿entendéis?

Oliverio sonrió.

–No entiendo bien; me hacéis recriminaciones inesperadas.

–Quisiera haceros comprender de qué manera os amo. Busco y no encuentro; cuando pienso en vos, y pienso siempre, siento con cuerpo y alma deseo indecible de perteneceros; necesidad irresistible de daros más todavía; quisiera sacrificarme por vos en absoluto, porque no hay nada mejor cuando se quiere que dar siempre, la vida, el pensamiento, todo lo que se posee, con alegría por darlo y propósito de dar más todavía. Os amo hasta el extremo de querer sufrir por vos, hasta tener cariño a los tormentos y celos que siento cuando sospecho que me queréis menos. Amo en vos a alguien que yo sólo he descubierto, uno que no es de los demás, a quien se admira y conoce, que no puede cambiar ni envejecer, a quien no puedo dejar de amar porque para verlo tengo ojos que sólo a él ven... Pero no se pueden decir estas cosas porque no hay palabras para expresarlas.

–¡Any mía, Any querida! –murmuró Oliverio en voz baja.

El perro volvió haciendo cabriolas sin dar con el cuco que buscaba y había callado al acercarse a él.

Anita lo siguió sofocada de correr.

–No puedo más y me tomo a vos, señor pintor –dijo.

Se apoyó en el brazo libre de Oliverio y regresaron, yendo Bertín entre las dos.

Andaba tomado de ellas por la sombra de los árboles y saturado de una especie de fluido femenino. No trataba de verlas porque las llevaba consigo, y hasta cerraba los ojos para sentir mejor su contacto.

Ellas lo guiaban y conducían y Oliverio andaba encantado de las dos, de la de la derecha y de la de la izquierda, sin querer saber cuál era la madre y cuál era la hija.

Se dejaba conducir voluntariamente, con sensualidad inconsciente y refinada, que lo perturbaba. Trataba de mezclarlas en el corazón hasta no diferenciarlas en el pensamiento, y mecía su deseo con el encanto de aquella confusión. ¿No eran una sola mujer aquella hija y madre tan parecidas? ¿No parecía venida la hija al mundo para refrescar su amor por la madre?

Cuando abrió los ojos al entrar en el castillo, le pareció que acababa de pasar los momentos más deliciosos de su vida y de experimentar la más extraña emoción imposible de analizar que puede gustar un hombre lleno de amor por la seducción de dos mujeres.

–¡Qué deliciosa noche!–exclamó cuando se vio junto a ellas, a la luz de las lámparas.

–Yo no tengo ganas de dormir –dijo Anita–, pasaría toda la noche paseando.

–Las once y media ya –replicó la condesa mirando el reloj–. Hay que acostarse, hija mía.

Se separaron y cada cual fue a su cuarto. Anita, que no tenía ganas de acostarse, fue quien primero se durmió.

Al día siguiente, a la hora de costumbre, abrió la doncella los postigos, llevó el té a su señora y al verla aún no bien despierta le dijo:

–La señora tiene mejor cara hoy.

–¿Sí?

–Sí; no se ve tanto cansancio en el rostro de la señora.

Aunque no se había mirado aún en el espejo sabía la condesa que era cierto. Sintió menos peso en el corazón, hasta no percibir su latido, y más vida en él.

La sangre no corría en sus venas rápida y cargada de fiebre como la víspera, llevando al cuerpo, no enervamiento e intranquilidad, sino bienestar y confianza dichosa.

Cuando salió la doncella se miró al espejo.

Se sorprendió un poco porque se sentía tan bien que esperaba haber rejuvenecido muchos años en una sola noche.

Comprendió la puerilidad de su esperanza, y después de mirarse bien convino en que tenía el cutis más blanco, los ojos menos fatigados y los labios más rojos que la víspera.

Como tenía alegre el corazón no se entristeció.

–Dentro de algunos días –pensó sonriendo al mismo tiempo– estaré bien del todo. he pasado mucho para poder reponerme tan pronto.

Estuvo un rato largo, muy largo, delante de su tocador, sobre el que se alineaban en gracioso orden sobre cubierta de muselina orillado de encajes y ante un espejo de cristal tallado, esos pequeños útiles de coquetería con mango de marfil que ostentaban su cifra bajo una corona; los había en gran número, diferentes todos; preciosos, destinados a operaciones delicadas y secretas, de acero fino y cortante unos, como instrumentos de cirugía para operar bebés; otros de pluma, de miraguano, de piel de animales desconocidos, destinados a extender por el cutis la caricia de los polvos olorosos y de los perfumes cremosos o líquidos.

Los manejó mucho entre sus manos hábiles; llevó de los labios a las sienas su contacto suave como un beso para esfumar los matices imperfectos, subrayando los ojos y perfeccionando las cejas.

Cuando bajó estaba segura de que la primera mirada no le sería desfavorable.

–¿Dónde está el señor Bertín?– preguntó al criado que halló en el vestíbulo.

–Está en el jardín –dijo el criado– preparando una partida de tenis con la señorita.

La condesa los oyó cantar los tantos desde lejos. La voz sonora del pintor y la fina de la joven decían una después de otra:

–¡Quince, treinta, cuarenta, gano, a dos, gano, juego!

El jardín en que se había abierto un espacio para tenis era un gran cuadro de césped plantado de manzanos y cerrado por el parque, la huerta y las dependencias del castillo.

A lo largo de los taludes que lo limitaban por tres lados como las defensas de un campo atrincherado, había platabandas llenas de flores de todas clases, rosas en gran número, claveles, heliotropos, fucsias, resedas y otras que, como decía Bertín, daban al aire sabor de miel. Las abejas, cuyas colmenas alzaban sus colmenas junto a la empalizada del huerto, cubrían aquel florido campo con su vuelo rumoroso.

En el centro del jardín se habían cortado algunos manzanos para hacer sitio al tenis; una red alquitranada puesta de través lo dividía en dos campos.

En un lado Anita con la falda negra levantada, la cabeza desnuda, enseñaba los tobillos y la mitad de la pantorrilla cuando se lanzaba para tomar la pelota al vuelo, iba y venía corriendo, los ojos brillantes, las mejillas encendidas.

Oliverio estaba vestido con pantalón de franela blanca bien ceñido a la cintura sobre la camiseta también de franela; casco blanco de visera; el vientre algo pronunciado; y esperaba de firme la pelota con sangre fría, juzgando con precisión su caída, recibéndola y devolviéndola sin apresurarse, sin correr, con la postura elegante, la atención fija y la destreza profesional que empleaba en todos los ejercicios.

Anita vio llegar a su madre.

–¡Buenos días, mamá! Espera que acabemos este tanto.

La distracción de un segundo la perdió, porque la pelota pasó rápido y casi rozando tierra, la tocó y salió del juego.

Mientras Bertín gritaba: ¡ganado! y la joven lo acusaba de haber aprovechado su distracción, el perro Julio, adiestrado en buscar y hallar las pelotas extraviadas, se lanzó detrás de la que rodaba por la hierba, la tomó delicadamente en la boca y la llevó moviendo la cola.

El pintor saludó a la condesa, pero deseoso de volver al juego, animado por la lucha y feliz de sentirse ágil, sólo dirigió al rostro de Any una mirada ligera y distraída.

–¿Permitís, querida condesa?– preguntó-. Tengo miedo de resfriarme y tomar una neuralgia.

–Sí, sí –contestó Any.

Para dejar campo libre a los jugadores la condesa se sentó en un haz de heno segado aquella misma mañana, y se puso a mirarlos sintiéndose de pronto un poco triste.

Enfadada por perder siempre, se excitaba Anita, gritaba de despecho o de alegría, corría impetuosamente de un lado a otro de su campo, y muchas veces en la carrera caían los bucles de sus cabellos sobre sus hombros.

Se los recogía con la raqueta entre las rodillas, y en pocos segundos, con movimiento impaciente, los sujetaba con horquillas en el peinado.

Está fresca y bonita como el día –decía Bertín de lejos a la condesa.

Era cierto, si ella podía correr y acalorarse, sofocarse, dejar caer el cabello... podía hacerlo todo porque todo la embellecía.

Cuando prosiguieron el juego con ardor, se fijó la condesa cada vez más melancólica en que Oliverio prefreía aquella partida de tenis, aquella agitación de niño o de gato que persigue bolitas de papel, al reposado placer de sentarse cerca de ella y verla junto a él enamorada en aquella templada mañana...

Cuando sonó a lo lejos la primera campanada para el almuerzo le pareció que se aliviaba de un peso su corazón.

Al regresar apoyada en el brazo de Oliverio, éste le dijo:

–Me he divertido como un niño. ¡Qué bueno es el ser joven o creerse tal! No hay nada como eso; cuando no gusta correr, se acabó.

Al levantarse de la mesa, la condesa, que por primera vez había dejado de ir el día antes al cementerio, propuso la visita y los tres se encaminaron al pueblo.

Había que atravesar el bosque por el que cruzaba un arroyo llamado Rainette, sin duda por el número de renacuajos que contenía, y seguir luego por una llanada antes de llegar a la iglesia levantada entre un grupo de casas en que vivían el tendero de ultramarinos, el panadero, el cortante, el tabernero y algún modesto comerciante más, de los cuales se proveían los aldeanos.

La ida se hizo con silencio y recogimiento porque los tres llevaban en sí el recuerdo de la muerta. Sobre la tumba se arrodillaron las dos mujeres y oraron largo rato. La condesa permaneció inmóvil y doblegada, con el pañuelo en los ojos temiendo corriesen las lágrimas por sus mejillas. No rezaban en la forma que lo había hecho hasta entonces, como evocación de la muerta y llamamiento desesperado sobre su tumba hasta que creía en su desgarradora emoción que su madre la oía, sino más bien balbuciendo con fuego las sagradas palabras del “Padre Nuestro” y el “Ave María”.

No hubiese tenido aquel día fuerza y tensión bastante en el ánimo para aquella especie de entrevista dolorosa, sin respuesta por parte del ser desaparecido bajo la piedra que cubría su cuerpo.

Otras preocupaciones habían invadido su corazón de mujer punzándolo, y su oración subía al cielo impregnada de oscuros ruegos, e imploraba al Dios inexorable que ha puesto en la tierra a las pobres criaturas, para que tuviese de ella tanta compasión como de la anciana que había llamado a sí.

No hubiese podido decir qué era lo que pedía, tan confusos y ocultos estaban sus cuidados, pero conocía que necesitaba del favor divino y de la ayuda sobrenatural para peligros próximos y dolores inevitables.

Anita, que no quería levantarse antes que su madre, había dejado de rezar y pensaba.

Oliverio las miraba considerando que tenía delante un hermoso cuadro y sintiendo no poder hacer un croquis de él.

Al regreso hablaron de la existencia humana, removiendo suavemente las razones amargas y poéticas de una filosofía tibia y sentimental, que son frecuente tema de conversación entre hombres y mujeres cuando la vida los hiere de soslayo y mezclan las penas sus corazones.

Anita no estaba todavía en sazón para aquellas filosofías y se alejaba a cada instante para ir tomando al paso las flores.

Pero Oliverio sentía necesidad de tenerla junto a sí, y amoscado de verla alejarse sin cesar no le quitaba ojo. Le incomodaba que la joven gustase más de las plantas del camino que de lo que él decía; le molestaba ver que no tenía encanto para ella como lo había tenido para su madre, y hubiera de buen grado extendido el brazo para sujetarla y prohibirle que se fuese. Le resultaba demasiado viva, sobrado independiente y libre como un pájaro, como un perrillo que no obedece y se muestra selvático en demasía con el instinto de libertad que no han domado el látigo y la voz.

Para retenerla junto a él habló de cosas más alegres, y la interrogaba tratando de despertar su deseo de oír y su curiosidad femenina; pero parecía que el caprichoso viento de las altas regiones soplaba en el cerebro de la joven como sobre las espigas ondulantes, y dispersaba su atención en el espacio; apenas contestaba con una palabra fútil que Oliverio aguardaba, dicha entre un ir y venir, volvía a tomar flores.

Oliverio se incomodó al fin, llevado de pueril impaciencia, y cuando se acercó Anita para rogar a su madre que tomase el ramo para hacer otro, él la agarró por el codo y le sujetó el brazo para que no pudiese irse.

Ella forcejeaba riendo y tiraba con toda su fuerza; pero con instinto varonil empleó Oliverio el recurso de los débiles, y no pudiendo sobornar su atención la conquistó halagando su coquetería.

–Dime que flor prefieres y te haré un broche.

–Un broche... ¿cómo es eso?– preguntó Anita vacilando sorprendida.

–Con piedras del mismo color, en rubíes, en zafiros o en esmeraldas, según lo que te guste.

Aclaró el rostro Anita con la afectuosa alegría que los regalos y las promesas provocan en fisonomías juveniles.

–Las campanillas azules son muy bonitas.

–Vaya por una campanilla. La encargaremos cuando volvamos a París.

Anita no corrió ya y se quedó junto a Oliverio, pensando en cómo sería la joya prometida.

–¿Y tardan mucho en hacer eso?– preguntó.

–No sé –contestó viéndola tomada–. Depende de las dificultades; daremos prisa al joyero.

Anita tuvo de pronto una idea mortificante.

–Pero... no podré llevarla, porque estoy de luto riguroso.

– No importa –replicó Oliverio tomándola del brazo y estrechándose. Guardas el broche hasta que termine el luto, y puedes contemplarlo entretanto.

Como la noche anterior, Oliverio pasó el día entre ambas, viendo alternativamente los ojos azules de las dos, punteados de motitas negras, y hablaba, ya a una, ya a otra, volviéndose por turno.

La viva luz del sol hacía que no confundiese una con otra, pero si confundía cada vez más a la hija con el redivivo recuerdo de lo que había sido su madre.

Sentía deseos de besar a ambas, a una para encontrar en su mejilla y su nuca un poco de aquella frescura suave que había saboreado en otro tiempo y que volvía a sentir milagrosamente reproducida, y a la otra porque seguía amándola siempre y lo atraía con la fuerza de una antigua costumbre. Y hasta convenía en que al presente su deseo y su afección un poco cansadas ya, se avivaban con el espectáculo de su juventud resucitada.

Anita tornó a tomar flores. Oliverio no volvió a llamarla, como si el contacto de su brazo y la alegría que le había proporcionado lo hubiesen calmado; pero seguía con la vista todos sus movimientos con el placer con que se mira lo que afecta al ser que cautiva nuestros ojos.

Cuando Anita llegaba llevando una planta, respirara más a sus anchas Oliverio, como si instintivamente buscase en el aire algo de ella y de la tibieza de su piel.

La miraba encantado, como se mira la aurora o se escucha la música, con movimientos de bienestar cada vez que se inclinaba, se incorporaba o levantaba ambos brazos para arreglarse el peinado. Y de hora en hora, cada vez con más viveza evocaba Anita la imagen de otros tiempos.

Sus risas y movimientos le hacían sentir en los labios el sabor de los besos dados y recibidos antes; hacía del lejano pasado, cuya sensación precisa había perdido, algo semejante a un presente soñado; embrollaba para él las épocas, las fechas y las edades de su corazón, y reanimando emociones enfriadas mezclaba, sin darse cuenta de ello, el ayer con el hoy, el recuerdo con la esperanza.

Se preguntaba buscando en su memoria si la condesa había tenido en sus buenos días aquel encanto de gacela esbelta y atrevida, caprichosa e irresistible como el del animal que corre y salta.

No; había sido menos selvática, como hija de la ciudad que no ha respirado nunca el aire campestre ni vivido sobre la hierba, llegando a ser bonita a la sombra de las paredes y no al cielo y al sol.

Al regresar al castillo la condesa se puso a escribir cartas en su mesita baja colocada en el hueco de una ventana. Anita subió a su cuarto, y el pintor paseó

lentamente, con el cigarro en la boca y las manos tomadas atrás, por los paseos del parque.

Pero no se alejó hasta perder de vista la blanca fachada y el techo puntiagudo del castillo.

Cuando éste desaparecía detrás de los árboles o de los macizos de arbustos, parecía que se le ponía una sombra en el corazón, como una nube que cubriese el sol, y cuando reaparecía en los claros del bosque se detenía unos segundos para contemplar las dos líneas de altas ventanas, y luego proseguía el paseo.

Se sentí a contento aunque agitado; ¿contento de qué? De todo.

Le parecía el aire puro y buena la vida aquel día; tenía el cuerpo ligero como un muchacho, y ganas de correr para tomar con las manos las mariposas que saltaban sobre el césped como si estuviesen suspendidas de hilos de goma.

Canturreaba aires de ópera, y pronunció muchas veces la frase célebre de Gounod: “Déjame contemplar tu rostro”, con expresión tiernísima que nunca había sentido.

De pronto se hizo la pregunta de cómo había llegado a ser tan diferente de sí mismo.

Días antes, en París, descontento de todo, disgustado, irritado; al presente reposado y satisfecho de la vida, como si un Dios hubiese cambiado su espíritu.

—Este Dios —pensó— podía haberme cambiado también el cuerpo rejuveneciéndome un poco.

Vio al perro Julio cazando en el follaje; lo llamó, y cuando el perro puso bajo su mano su cabeza fina provista de largas orejas rizosas, se sentó Oliverio en la hierba para acariciarlo mejor, le habló cariñosamente, lo puso sobre sus rodillas, y conmoviéndose al hacerlo lo besó, como hacen muchas veces las mujeres que se enternecen con cualquier cosa.

Después de comer y en lugar de salir como la víspera pasaron la velada en familia en el salón.

—Va a ser preciso que nos vayamos —dijo de pronto la condesa.

—No habléis todavía de eso —contestó Oliverio—; cuando yo no estaba en Roncières no queríais ir, y ahora sólo pensáis en desfilas.

—Pero... no podemos permanecer aquí los tres indefinidamente.

—No se trata de plazo ilimitado, sino de algunos días; ¿cuántas veces no he estado en vuestra casa semanas enteras?

—Sí, pero en otras circunstancias, cuando estaba la casa abierta a todo el mundo.

—Unos días más, mamá —dijo Anita—; Oliverio me enseña muy bien a jugar al tenis, y aunque me enfado cuando pierdo, luego me alegro de hacer progresos.

Por la mañana la condesa proyectaba que la misteriosa estancia del amigo durase hasta el domingo, y después quería irse sin saber el porqué. El día, que había esperado que fuese tan bueno, le dejaba en el alma tristeza inexplicable y penetrante, y aprensión sin causa, tenaz y confusa como un presentimiento.

Cuando se vio sola en su cuarto adquirió la razón de aquel nuevo acceso de melancolía.

¿Había sufrido una de esas imperceptibles conmociones cuyo rozamiento es tan fugitivo que la razón no recuerda, pero cuya vibración queda en las cuerdas más sensibles del corazón? Tal vez, pero ¿cuál era? Recordaba algunas inconfesables contrariedades en los estados del sentimiento por que había pasado en cada minuto, pero eran en realidad muy pequeñas para entristecerla.

—Soy demasiado exigente —pensó—. No debo mortificarme así.

Abrió una ventana para respirar el aire de la noche, y permaneció de codos en ella, mirando la luna.

Un ruido leve le hizo bajar los ojos.

Oliverio paseaba delante del castillo.

–¿Por qué no me ha dicho que iba a su cuarto y me ha avisado que salía? ¿Por qué no me ha llamado para ir con él, sabiendo que me hubiera alegrado tanto? ¿En qué pensará?

La idea de que no la había buscado para aquel paseo, de que había preferido irse solo con el cigarro, del que veía la punta encendida en la claridad de aquella hermosa noche, y que ya no tenía sin cesar necesidad de ella y deseo de proporcionarle la alegría de llevársela, puso en su corazón nuevo fermento de amargura.

Iba a cerrar la ventana para no verlo ni caer en la tentación de llamarlo, cuando Oliverio levantó la vista.

–¡Hola! ¿Meditáis a la luz de las estrellas, condesa? –dijo al verla.

–Sí y vos también a lo que parece. ¿Cómo no me avisasteis que salíais? –dijo cediendo al deseo de preguntárselo.

–Sólo quería encender un cigarro y ahora entro.

– Entonces, buenas noches.

–Buenas noches, condesa.

Ana retrocedió, se sentó en una silla baja y lloró.

La doncella, que había acudido para acostarla, le dijo compasivamente.

– La señora va a tener mañana muy mala cara.

Durmió mal la condesa, con sueño febril y lleno de pesadillas.

Al despertar, ella misma abrió los postigos y se miró al espejo.

Tenía las mejillas tirantes, los párpados hinchados y el cutis amarillo.

Experimentó tan violento disgusto, que estuvo por decir que estaba enferma, quedarse en cama y no salir hasta por la noche.

Luego, y de repente, tuvo irresistible deseo de partir enseguida en el primer tren, y dejar aquel país en el que se veían demasiado bien a la luz del sol las imborrables señales de las penas de la vida.

En París se vive en la penumbra de los aposentos, en los que aun en pleno día no dejan entrar las cortinas más que una media luz. Allí volvería a ser hermosa con la palidez que tan bien sienta en su discreta claridad.

Pasó por sus ojos el rostro de Anita, un poco encarnado y mal peinado, pero fresco, cuando jugaba al tenis, y comprendió el porque del desasosiego que había sentido.

No estaba celosa de la hermosura de su hija, no, pero se confesaba por primera vez que no convenía ponerse junto a ella a la luz del sol.

Llamó, y antes de tomar el té dio la órdenes para la marcha, expidió telegramas, pidió también por telégrafo la comida para la noche, arregló sus cuentas del campo, dio las últimas instrucciones y lo arregló todo en menos de una hora, presa de impaciencia febril y creciente.

Cuando bajó, la interrogaron con sorpresa Anita y Oliverio sobre su resolución, y viendo que de aquella brusca partida no daba razón suficiente, gruñeron un poco y mostraron su enfado hasta el momento de separarse en la estación de París.

–¿Queréis venir a comer mañana? – preguntó la condesa al pintor dándole la mano.

–Sí, iré – contestó Oliverio un poco amoscado–. No está bien lo que habéis hecho. ¡Estábamos tan bien allí los tres!.

III

A solas la condesa con su hija en su cupé que la llevaba al hotel, se sintió de pronto tranquila y sosegada como si acabara de atravesar una crisis.

Respiraba mejor; sonreía a las casas, reconociendo con placer la ciudad, que los verdaderos parisienses llevan en la memoria con todos sus detalles, familiares para el corazón y los ojos.

Cada tienda la hacía esperar las que la seguían alineadas a lo largo de bulevar y adivinar el rostro del dueño tantas veces visto detrás del escaparate.

Estaba salvada; se sentía tranquila y esperaba. ¿Por qué? ¿En qué?

Cuando se detuvo el coche en el portal bajó ligeramente y entró como si huyese en las sombras de la escalera, luego en la del salón, y por último en la de su cuarto. Permaneció en pie unos momentos contenta por verse allí en seguridad, a la luz vaga y brumosa de París que apenas alumbraba y deja más adivinar que ver, y el recuerdo instintivo de la viva luz del campo sólo fue para ella como la impresión de una mortificación pasada.

Bajó a comer y encontró a su marido que acababa de entrar, y lo besó con efusión.

–¡Ya sabía yo que el amigo Bertín os traería! –dijo sonriendo. No me equivoqué al enviároslo.

Con el tono particular que Anita adoptaba cuando bromeaba sin reír, replicó:

–Pues ya ha costado trabajo; porque mamá no acababa de decidirse.

La condesa quedó un poco confusa y no dijo nada.

El día siguiente lo pasó la señora de Guilleroy en los almacenes de trajes de luto escogiendo y encargando lo que necesitaba.

Desde pequeña le habían gustado las largas sesiones de prueba ante los espejos de las buenas modistas; la entrada en las tiendas le producía ya el placer de pensar en los mil detalles de aquel ensayo de bastidores de la vida parisina; gozaba con el roce de los trajes de las oficialas que se apresuraban a recibirla, con sus sonrisa, con sus cumplimientos y sus preguntas; la costurera, la corsetera o la modista eran para ella personas de calidad a quienes trataba como a inteligentes cuando exponía su opinión para pedir un consejo.

Pero aun le gustaba verse manejada por las manos hábiles de aquellas jóvenes que la vestían y desnudaban haciéndola girar suavemente delante de su propia imagen graciosa.

El cosquilleo que sus dedos ligeros paseaban por su cuello o sus cabellos al ponerle un sombrero, era una de las golosinas más dulces con que regalaba su vida de mujer elegante.

Sin embargo, el día de su llegada pasó con cierta angustia por delante de aquellos fieles espejos que la reflejaron sin velo ni sombrero.

Las tres capotas que había escogido le sentaban maravillosamente.

Su primera visita a la modista la consoló.

– Las rubias no deberían quitarse nunca el luto –le dijo.

Se fue muy contenta y entró en las demás tiendas llena de confianza.

Al volver halló en casa una carta de la duquesa; había ido a verla y anunciaba que volvería por la noche.

La condesa escribió luego unas cartas y meditó un buen rato, pareciéndole imposible que un simple cambio de lugar hubiese hecho retroceder aquella gran pena suya a un pasado que le parecía lejano.

Apenas si se convencía de que su regreso de Roncières databa de la víspera; de tal manera se había modificado el estado de su espíritu desde su entrada en París, y como si aquel corto viaje hubiese curado sus heridas.

Bertín llegó a la hora de comer.

–Estáis deslumbradora esta noche –dijo al verla.

Esta exclamación la llenó de dulce alegría.

Al levantarse de la mesa propuso el conde, que era muy aficionado, jugar una partida con Bertín. Las dos mujeres los acompañaron a la sala de billar y allí fue servido el café.

Todavía jugaban cuando anunciaron a la duquesa. Corbelle y su mujer se presentaron al mismo tiempo con aires muy compungidos.

Durante unos minutos pareció por el tono doliente de sus frases que todos iban a llorar; poco a poco, después de las preguntas y las lamentaciones, se entró en otro orden de ideas, se aclararon los timbres de voz, y se habló con naturalidad como si la sombra de duelo que hacía poco ensombrecía la reunión hubiese desaparecido de repente.

Entonces se levantó Oliverio, tomó a Anita de la mano, la puso bajo el reflector junto al retrato de su madre, y preguntó:

–¿No es esto asombroso?

Se sorprendió de tal modo la duquesa que pareció que le pasaba algo.

–¿Es posible, Dios mío, es posible? ¡Si es una resurrección! ¡Y pensar que no lo he visto antes! Cómo os reconozco, mi querida condesa, yo, que os he conocido tanto cuando vuestro primer luto... digo, no, cuando el segundo, porque ya habíais pedido a vuestro padre. Anita, de luto, es su madre en sus tiempos. ¡Milagroso, vaya! Sin embargo no lo hubiese echado de ver, porque vuestra hija se os parece mucho, pero se parece aun más a ese retrato.

Apareció Musadieu, que había sabido del regreso de la condesa y quería ser de los primeros en presentarle “el testimonio de su doliente simpatía”.

Interrumpió su homilía al ver a Anita de pie junto al cuadro bajo la luz. Parecía hermana de la pintada.

–¡Caramba!– exclamó–. Esta es una de las cosas más sorprendentes que he visto.

Los Corbelle, con admiración que se encerraba siempre en los límites establecidos, se maravillaron a su vez con más discreto entusiasmo.

Sintió la condesa, que se le oprimía el corazón, como si las exclamaciones de aquella gente se lo apretasen poco a poco. Sin decir nada miraba a su hija junto al retrato y se sentía desconsolada y con ganas de decir:

–¡Callaos! Demasiado sé que se me parece.

Estuvo melancólica hasta el fin de la velada, y perdiendo la confianza que había adquirido el día antes.

Hablando estaba con ella Oliverio cuando anunciaron al marqués de Farandal.

Al verlo entrar el pintor y acercarse a la señora de la casa, se levantó y murmuró pasando por detrás de su butaca:

–¡Vaya! Ya está aquí ese gran majadero.

Hizo después una maniobra, logró acercarse a la puerta y se fue.

Después de oír Ana los cumplidos del recién llegado buscó con la vista a Oliverio para proseguir la conversación que le interesaba, y no viéndolo preguntó:

–¡Qué! ¿Se ha marchado el hombre ilustre?

–Creo que sí –contestó su marido–. Acabo de verlo salir a la inglesa.

Se sorprendió la condesa, meditó unos momentos, y luego se puso a hablar con el marqués.

Los íntimos se retiraron temprano, porque en realidad la condesa no había fijado la noche como de recepción, sino sólo entreabierto su puerta después de la desgracia.

Cuando estuvo sola en su lecho volvieron a asaltarla los temores que había tenido en el campo; pero ya se pronunciaban más y se dibujaban más claramente. Ya estaba resuelta la incógnita: se sentía envejecer.

Aquella noche, por vez primera comprendió que en su salón, en que había sido admirada, festejada y querida, otra, su hija, ocupaba su puesto. Y esto lo había comprendido de golpe al ver que el incienso de los homenajes se dirigía a Anita.

En su casa, casa de una mujer hermosa, reino en el que no consiente sombras, en el que elimina con discreto y tenaz cuidado toda comparación temible, y que no deja asaltar por los iguales más que para hacer vasallos, veía que iba a ser soberanía de su hija.

¡Cuán extraña fue aquella opresión de su corazón, cuando todos los ojos se volvieron a Anita, a quien Bertín tenía de la mano junto al retrato! De pronto, se vio oscurecida, destronada, desposeída; todo el mundo miró a Anita, nadie se volvió a ella.

La condesa, tan acostumbrada a oír halagos cada vez que se admiraba su retrato, estaba tan segura de las frases de elogio que no los tomaba ya en cuenta, aunque la satisficieran, y se había sentido herida y sorprendida con aquel abandono suyo y aquella admiración hacia su hija, más que si se hubiese tratado de otra rivalidad en cualquier circunstancia.

Pero como era una de esas naturalezas que después del primer golpe en una crisis reaccionan, luchan y encuentran razones para consolarse, pensó que una vez casada su hija, no tendría que soportar aquella incesante comparación que empezaba a ser penosa a la vista de Oliverio.

Sin embargo, la sacudida había sido muy violenta; tuvo fiebre y durmió poco.

Por la mañana se despertó cansada y caída, y experimentó la necesidad de ser sostenida y consolada, de pedir ayuda a quien pudiese curarla de aquellos sufrimientos físicos y morales.

Se sentía tan molesta y débil que concibió la idea de consultar con su médico; ¿quién sabía si iba a caer gravemente enferma? Porque no era natural que en pocas horas pasase por aquellas fases sucesivas de excitación y calma.

Hizo llamar al médico y esperó.

Llegó a las once; era uno de esos graves médicos de buena sociedad, cuyas condecoraciones y títulos garantizan su suficiencia, que poseen habilidad igual por lo menos a su sabiduría y que tienen, sobre todo, para entender de achaques femeninos, frases hábiles más seguras que las medicinas.

Entró, saludó y examinó a su cliente.

—Esto no es nada— dijo sonriendo—. Con unos ojos como los vuestros no se está nunca realmente enfermo.

La condesa le agradeció aquel comienzo, y le contó sus crisis nerviosas y sus melancolías, y luego, sin marcarlo mucho, sus cambios de rostro intranquilizadores.

El médico la escuchó atento sin preguntarle sobre otra cosa que el apetito, como si conociese la naturaleza secreta de aquel mal femenino: la auscultó, la

examinó, tocó con el extremo del dedo la redondez del hombro, suspendió al brazo y comprendió con su experiencia de práctico que recorría todos los velos, que ella le consultaba más por su belleza que por su salud.

–Hay algo de anemia y complicación nerviosa –dijo–; no es extraño, puesto que acabáis de experimentar un gran dolor; os dejaré una receta que arreglará eso, pero ante todo es preciso comer bien, tomar jugo de carne, no beber agua y si cerveza; puedo indicaros una marca excelente. No veléis mucho y andad cuanto podáis; dormid todo lo posible y engordad un poco. Es cuanto puedo aconsejaros, mi hermosa enferma.

La condesa lo escuchó con atención, tratando de comprender lo sobreentendido.

–Sí, he adelgazado –dijo fijándose en la última frase–. Estaba ya fuerte y tal vez me he debilitado poniéndome a dieta.

–Sin género de duda; no hay inconveniente en seguir delgada cuando siempre se ha sido, peor cuando se enflaquece de propósito, es siempre a costa de algo, pero esto se repara felizmente pronto. Adiós, señora.

Se sentía ya mejor dispuesta la condesa, y quiso que para el almuerzo fuesen a buscar la cerveza que le habían indicado a la casa principal, para obtenerla más fresca.

Cuando la condesa se levantó de la mesa, fue introducido Bertín.

–Yo, y siempre yo –dijo–. Vengo a haceros una pregunta. ¿Tenéis algo que hacer?

–Nada ¿por qué?

–¿Y Anita?

–Tampoco.

–Entonces, ¿podréis venir a mi casa a eso de las cuatro?

–Sí; pero, ¿para qué?

–Estoy haciendo el boceto de mi “Meditación” de la que os he hablado cuando os pregunté si Anita podría concederme algunos instantes de postura, y si pudiese hoy siquiera una hora me prestaría un gran servicio. ¿Queréis?

La condesa vaciló inquieta, sin saber por qué, pero no obstante contestó:

–Claro, iremos a las cuatro.

–Gracias; sois la amabilidad misma.

Oliverio se fue a preparar el lienzo y estudiar el asunto, para no fatigar a su modelo.

La condesa salió sola a pie para completar sus compras; bajó a las grandes calles centrales, y luego subió el bulevar Malesherbes a paso lento porque sentía las piernas de plomo.

Al pasar por delante de San Agustín, tuvo deseos de entrar en la iglesia para descansar; empujó la puerta almohadillada, suspiró a gusto al verse en la frescura de la iglesia, tomó una silla y se sentó.

Era religiosa al modo con que lo son muchas parisienses. Creía en Dios sin dudar, porque no podía admitir la existencia del Universo sin la de un creador; pero asociando, como todo el mundo, los atributos de la divinidad con la naturaleza de la materia creada y al alcance de su vista, personificaba al Eterno por lo que sabía de su obra, sin tener ideas muy claras sobre lo que podía ser aquel misterioso arquitecto.

Creía en El firmamento, lo adoraba en teoría y le temía muy vagamente porque desconocía en conciencia sus intenciones y voluntades, y tenía escasa

confianza en los sacerdotes, a quienes consideraba como hijos de aldeano refractarios al servicio de las armas.

Hija de un hombre de la clase media parisiense que no inculcó ningún principio de devoción, había practicado el culto con descuido hasta que se casó. El matrimonio le creó una situación nueva que encajaba más sus deberes para con la iglesia, y se conformó con aquella ligera servidumbre.

Era madrina de varios asilos muy de moda, no faltaba a misa de una en domingo y daba directamente limosnas, y por suscripción o por intermedio de un abate vicario de su parroquia.

Había orado muchas veces por deber, como un soldado monta la guardia en la puerta de un general, y otras porque estaba triste su corazón, sobre todo cuando temía el abandono de Oliverio. Entonces no revelaba al cielo el motivo de su súplica, tratándolo con la misma sencilla hipocresía que a su marido, pero le pedía su ayuda.

Al morir su padre, y su madre más recientemente, tuvo violentas crisis de fervor, de implorar apasionado y de anhelos hacia Aquél que vela por nosotros y nos consuela.

Al entrar entonces, por casualidad, en aquella iglesia, se vio de pronto llena de la necesidad de orar, no para nadie ni por nada, sino por si misma, pero ella sola, como días pasados lo había hecho por su madre.

Necesitaba ayuda de alguna parte y llamaba a Dios como por la mañana había llamado al médico.

Permaneció buen espacio arrodillada; en la iglesia reinaba silencio, interrumpido alguna vez por rumor de pasos.

Como si un reloj hubiese dado la hora en su memoria, se acordó de pronto, sacó el “remontoir”, vio que eran las cuatro y salió para recoger a su hija, a quien Oliverio debía estar esperando.

Hallaron al artista en su estudio, midiendo sobre el lienzo la postura de su “Meditación”; quería reproducir exactamente lo que había visto en el parque Monceau paseando con Anita; aquella joven modesta, en éxtasis, con un libro sobre las rodillas.

Dudó si la haría fea o bonita; fea tendría más carácter, halagaría más el sentimiento, emocionaría más y sería más filosófica: bonita seduciría y gustaría más por el regalo de los ojos.

El deseo de hacer un estudio con su amigueta por modelo lo decidió. La meditabunda sería bonita y podría realizarse, por tanto, su sueño práctico un día u otro, mientras que la fea estaría condenada a una esperanza sin fin.

Cuando entraron las dos mujeres, dijo Oliverio frotándose las manos:

—¿Conque vamos a trabajar juntos, señorita Anita?

La condesa aparecía preocupada. Se sentó en una silla y vio como Oliverio colocaba a la luz que quería una silla de jardín de junco de hierro, y abría luego su biblioteca para buscar un libro.

—¿Qué lee vuestra hija? —preguntó Oliverio después de dudar un poco.

—Lo que queráis; dadle un volumen de Víctor Hugo.

—¿”La leyenda de los siglos”?

—Bueno.

—Nena, siéntate ahí y toma este libro de versos —dijo Oliverio— Busca la página... 336 y verás un trozo titulado: “¡Poco a poco, y procura conmoverte con ello; escucha luego lo que te diga tu corazón, cierra el tomo, levanta la vista y medita.... Voy a preparar, entretanto, los útiles de trabajo.

Se fue a un rincón a preparar la paleta, y mientras vaciaba en ella los tubos, de los que salía el color en sierpecillas, se volvía a mirar a la joven, absorta en su lectura.

Sentía Oliverio conmovido el corazón, le tambalban los dedos y mezclaba los colores sin saber lo que hacía, ante aquella parición, resucitaba en el mismo sitio después de doce años.

Había acabado la lectura y miraba Anita abstraída. Se acercó Oliverio y vio en sus ojos dos gotas que caían sobre sus mejillas. El pintor sintió una sacudida de esas que desquician el ánimo del hombre, y murmuró, volviéndose a la condesa.

–¡Qué hermosa es, Dios mío!

Se quedó estupefacto al ver el semblante lívido y convulso de la señora de Guilleroy.

–¿Qué tenéis? –preguntó.

–Quiero hablaros.

Se levantó la condesa y dijo rápidamente a Anita.

–Espera un poco, hija mía, tengo que decir una palabra al señor Bertín.

Y entró en el saloncito próximo, en el que Oliverio solía recibir las visitas.

La siguió él un poco trastornado y sin comprender. Cuando estuvieron solos, la condesa le tomó ambas manos y balbució:

–¡Oliverio, por Dios, no la toméis por modelo!

–¿Por qué? –preguntó Oliverio turbado.

–¿Por qué? ¿Por qué? –contestó ella con precipitación– ¿Me lo preguntáis? ¿No adivináis la razón? ¡Oh, debí verlo antes y no lo he visto hasta ahora! No puedo deciros nada ahora... no. Llamad a mi hija, decidle que me siento mal, traed un coche e id a saber de mi dentro de una hora. Os recibiré a solas.

–Pero, ¿qué tenéis?

La condesa parecía estar a punto de sufrir una crisis.

–Dejadme... No puedo hablar aquí... Id por mi hija y pedid un coche...

Tuvo que obedecer Oliverio y volvió al estudio. Nada sospechaba Anita y había vuelto a leer, con el corazón entristecido por la historia poética y lamentable que leía.

– Tu madre está indispuesta –dijo Oliverio–. Se ha sentido mal al entrar en el saloncito... Vete con ella mientras yo busco el éter.

Salió, buscó un frasco y volvió.

Encontró a las mujeres abrazadas llorando.

Conmovida Anita con la lectura, dejaba ver su emoción, y la condesa se calmaba un poco confundiendo sus lágrimas con las de su hija.

Esperó un poco sin atreverse a hablar y mirándolas, poseído también él de inexplicable melancolía.

–¿Estáis mejor? –preguntó.

–Un poco– contestó la condesa– no será nada. ¿Habéis llamado un coche?

–Sí; vendrá en seguida.

–Gracias, amigo mío; esto no es nada... He tenido muchos disgustos desde hace algún tiempo.

Lleno de secreta angustia, Oliverio sostuvo a su amiga, pálida y débil, hasta llegar al coche. Al sostenerla sentía el pintor latir el corazón de la condesa a través del corsé.

–¿Qué tiene? – se preguntó Oliverio al verse solo–. ¿A qué viene esta crisis?

Anduvo dando vueltas en torno de la verdad sin decidirse a entrar, y al fin se acercó a ella.

–Veamos –se dijo–, ¿será que cree que hago el amor a su hija? No, eso sería demasiado.

Rechazando con argumentos reales e ingeniosos aquella suposición, se indignó porque se diese a aquel recto afecto, casi paternal, apariencias de enamoramiento y cortejo; sintió enfado poco a poco contra la condesa, sin admitir que ella pudiese atribuirle semejante villanía y tan incalificable infamia, y se prometió cuando hablase con ella no aprobar la manera de habérselo revelado.

Salió en seguida para ir a su casa, impaciente por tener la explicación y durante el camino preparó con irritación crecientes, las frases y razones que habían de vengarle de semejante sospecha.

Halló a la condesa echada en una meridiana y con el rostro alterado por el sufrimiento.

–Vamos –dijo Oliverio en tono seco –explicadme la extraña escena de hace poco.

–¡Como! ¿No habéis comprendido aún? –preguntó la condesa con voz débil.

–No, lo confieso.

–Mirad bien en vuestro corazón, Oliverio.

–¿En mi corazón?

–Sí, en el fondo.

–No comprendo; explicaos mejor.

–Digo que busquéis en el fondo de vuestro corazón, algo peligroso para vos y para mí.

–Repito que no comprendo; adivino que en vuestra imaginación hay algo, pero no en mi conciencia.

–No os hablo de la conciencia, sino del corazón.

–No sé adivinar enigmas; os ruego que seáis más explícita.

La condesa tomó lentamente las manos de Oliverio que guardó entre las suyas, y dijo como si cada palabra le costase supremo esfuerzo:

–Tened cuidado, amigo mío, porque vais a enamoraros de mi hija.

Oliverio retiró bruscamente las manos, y con aires de inocente que se rebela contra una sospecha vergonzosa, con vivo gesto y creciente animación se defendió acusándola a su vez de haber creído de él semejante cosa.

Ana lo dejó hablar tenazmente incrédula, segura de lo que había dicho.

–No sospecho de vos, amigo mío –replicó–; ignoráis lo que pasa por vos, como lo ignoraba yo esta mañana. Me habláis como si yo os acusase de haber tratado de enamorar a Anita. ¡No, no! Sé cuán leal y digno de toda estimación y confianza sois, pero os ruego, os suplico que miréis al fondo de vuestro corazón, y juzguéis si el afecto que a pesar vuestro empezáis a sentir por mi hija, no tiene carácter diverso del de una simple amistad.

Oliverio se amoscó cada vez más agitado, y abogó por su lealtad como lo había ido haciendo a solas por la calle.

Ella esperó a que acabase, y sin incomodarse ni ceder un ápice de su convencimiento, pero intensamente pálida, murmuró:

–Estoy en todo lo que me decís, Oliverio, y pienso como vos, pero estoy segura de no engañarme; oíd y reflexionad para comprender. Mi hija se me parece mucho, es la que yo era cuando empezasteis a amarme; tanto, tanto, que es natural que la améis también.

–Entonces –exclamó Oliverio– os atrevéis a decirme eso, fundándolo en este ridículo razonamiento: él me ama, mi hija se me parece, luego la amará también.

Vio cada vez más alterado el semblante de la condesa y prosiguió en tono más dulce:

–Vamos, querida Any... si precisamente porque se os parece tanto, es por lo que me gusta más. Pero sois vos, vos sola la que yo amo al mirarla a ella.

–Sí, y eso es precisamente lo que me hace sufrir y temer; no reparáis aún en lo que sentís, pero no os engañaréis sobre el particular dentro de algún tiempo.

–Vais a volveros loca, Any.

–¿Queréis pruebas?

–Sí.

–No habíais ido a Roncières hacía tres años, a pesar de mis instancias, pero os apresurasteis a ir cuando os propusieron que fueseis a buscarnos.

–¡Bueno! ¡Me reconvenís ahora por no haberos dejado sola allí sabiendo que estabais enferma desde la muerte de vuestra madre!

–Sea, no insisto, pero la necesidad de ver a Anita es en vos tan imperiosa, que no habéis dejado pasar el día sin pedirme que la lleve al estudio con el pretexto de servir de modelo.

–¿Y no habéis supuesto que a quien quería ver era a vos?

–Argumentáis ahora contra vos mismo, tratáis de convenceros y no me engañáis. Seguid oyendo: cuando el marqués de Farandal entró anoche, ¿sabéis por qué os fuisteis tan bruscamente?

Oliverio vaciló sorprendido e inquieto, desarmado por aquella observación, y luego dijo:

–Yo... no sé; estaba cansado, y además, seré franco, ese imbécil me carga.

–¿Desde cuando?

–Desde siempre.

–No; os he oído hacer su elogio, porque en otro tiempo os agradaba. Sed sincero del todo, Oliverio.

–Sí– dijo después de reflexionar un rato y meditar sus palabras– es posible que el amor que os tengo me haga querer lo que queráis y me obligue a modificar mi opinión sobre ese tonto, a quien me es indiferente encontrar por ahí alguna vez, pero al que no veo con gusto diariamente aquí.

–La casa de mi hija no será la mía... Pero basta; conozco la rectitud de vuestro corazón y sé que reflexionaréis detenidamente sobre lo que os he dicho. Cuando lo hayáis hecho, comprenderéis que os he señalado un gran peligro que aún es razón de evitar y contra el cual os prevendréis.

Oliverio no insistió, turbado, sin saber qué pensar y con real necesidad de meditar.

Después de un cuarto de hora de conversación indiferente, Oliverio se marchó.

IV

Volvió a su casa a paso lento, confuso como si hubiese acabado de saber un vergonzoso secreto de familia.

Trató de sondear en su corazón, de ver claro en él, de leer las páginas íntimas de ese libro interior, que parecen pegadas una con otra, y que muchas veces sólo dedo extraño separa.

Sí, ciertamente, no se creía enamorado de Anita. La condesa cuyo recelo no descansaba, había olfateado el peligro, señalándolo antes que existiese. Pero, ¿podría existir mañana, dentro de un mes? A esta pregunta trataba de contestar sinceramente.

Era verdad que la muchacha revolvía sus instintos amatorios pero son éstos tan numerosos en el hombre, que es preciso no confundir los temibles con los inofensivos.

Oliverio adoraba los animales, sobre todo los gatos, y no podía ver su sedosa piel sin sentir irresistible y sensual deseo de acariciar su lomo ondulante y suave y besar su pelaje eléctrico.

Pues bien, la atracción que lo arrastraba hacia la joven se parecía un poco a aquellos deseos inconscientes y pueriles, que son patrimonio inagotable de los nervios humanos.

Sus ojos de artista y de hombre sentían la seducción de su frescura, su plétora franca y hermosa de vida, de la savia de la juventud que de ella fluía; su corazón, lleno de recuerdos de su larga intimidad con la condesa, sentía ante la extraordinaria semejanza de Anita con su madre, como el toque de llamada a las emociones antiguas, dormidas desde los comienzos de su amor, y se estremecía como si despertase.

¡Despertar! ¡Sí, esto era! La idea alumbró su cerebro. Despertaba después de muchos años de sueño; si hubiese amado a Anita sin darse cuenta de ello, hubiera sentido cerca de ella el rejuvenecimiento del propio ser, que cambia al hombre cuando le enciende la llama de un nuevo deseo.

No, aquella mujer no había hecho más que soplar sobre el antiguo fuego. Seguía amando siempre a la madre, y hasta un poco más que antes, precisamente a causa de aquella muchacha, de aquella continuación de ella misma.

Y acabó por sentar este tranquilizador aforismo: no se ama más de una vez. El corazón puede conmoverse muchas veces al encuentro de otro ser, porque ejercemos unos sobre otros atracciones y repulsiones mutuas, Estas influencias hacen nacer la amistad, los caprichos, los deseos de posesión, ardores vivos y pasajeros, pero no amor verdadero; para que exista es preciso que los dos seres hayan nacido uno para el otro y se hallen en contacto por tantos puntos, por tan semejantes gustos, por gran número de afinidades carnales, del espíritu y del carácter, y tan diversas cosas de todo género, que sean y formen un haz de aproximaciones.

En suma, lo que se ama no es Fulana o Zutana, sino una mujer o un hombre, una criatura sin nombre, surgida de la gran creadora naturaleza con órganos, forma, corazón, espíritu y modo de ser general, que atrae como un imán nuestros órganos, nuestros ojos, nuestros labios, el corazón y el pensamiento, todos nuestros apetitos inteligentes y sensuales.

Se ama la especie en el individuo; las cualidades que nos seducen en todos reunidas en uno solo.

Para Oliverio la condesa había sido aquel tipo, y la duración de sus relaciones con ella, de que no se cansaba, era prueba cierta de ello. Ahora bien, Anita era lo que había sido su madre hasta el punto de engañarse la vista; no tenía, pues, nada de extraordinario que su corazón se dejase sorprender, aunque no arrastrar. Había adorado a una mujer; otra mujer casi igual nacía de ella y no podía evitar que fuese a la segunda un dejo afectuosos de la pasión sentida por la primera; no había en ello daño ni peligro alguno. Solamente su mirada y sus recuerdos se dejaban deslumbrar por aquella apariencia de resurrección, pero su instinto no se extraviaba porque no sentía por la hija perturbación alguna de deseo.

No obstante, la condesa le reconvenía sus celos del marqués. ¿Era esto exacto? Hizo de nuevo examen de conciencia severo y reconoció que, en efecto, estaba un poco celoso, lo cual nada tenía de extraordinario. ¿No se tiene muchas veces celos del hombre que hace el amor a una mujer indiferentes? ¿No se siente muchas veces antipatía hacia cualquiera que pase con una mujer del brazo en el restaurante, en el teatro e en el café? Todo poseedor de una mujer es un rival; es un varón vencedor y satisfecho, a quien los demás varones envidian.

Y sin entrar en consideraciones psicológicas, cabía pensar que si experimentaba por Anita algo de simpatía, aumentada, por su amor a la madre, era natural que sintiese el odio de la animalidad contra el marido futuro, pero domaría sin esfuerzo aquel sentimiento feo.

En el fondo de su pecho quedaba, no obstante, enojo contra la condesa y contra de si mismo. ¿No se atirantarían en lo sucesivo sus diarias relaciones por el recelo que él había de suponer en ella? ¿No tendría que cuidar en adelante, con fatigosa vigilancia, palabras, actos, miradas y actitudes respecto de la joven, puesto que todo lo que hiciese y dijese había de ser sospechoso para la madre?

Entró en su casa de mal humor y se puso a fumar cigarrillos con la impaciencia que hace encender diez fósforos en cada cigarro; después trató de trabajar.

Sus ojos y su espíritu parecían haber perdido la costumbre y olvidado el arte, como si no lo hubiese practicado nunca.

Tomó para terminarlo un pequeño lienzo empezado que representaba un ciego tocando en el rincón de una calle, y lo miró con invencible indiferencia, con tal sentimiento de impotencia, que hasta olvidó la paleta que tenía en la mano sin dejar de contemplar el caballete.

Sintió luego impaciencia por la pereza del tiempo contado en interminables minutos con intolerable fiebre. ¿Qué haría, puesto que no podía trabajar, hasta la hora de comer en el Círculo?

La idea de salir a la calle le daba fatiga por el espectáculo de las aceras, de los transeúntes, de los coches y de las tiendas y el solo pensamiento de hacer aquel día una visita a alguien, le hizo sentir disgustado por todos los que conocía.

¿Qué hacer entonces? ¿Pasear por el estudio mirando a cada vuelta la esfera del reloj, movido sólo en segundos? Ya conocía aquellas idas y venidas a través de la sala iluminada por la puerta. En los momentos de inspiración y facilidad, eran plácidas aquellas idas y venidas a través de la sala iluminada por la alegría del trabajo; pero en los de impotencia y disgusto, en las míseras horas en que nada le parecía digno de un esfuerzo, eran el paseo odioso del prisionero en su celda. Si al menos hubiese podido dormir una hora siquiera en su diván, bueno, pero estaba seguro de que no podría y se agitaría exasperado.

¿De dónde provenía aquel acceso de negro humor?

—Verdaderamente, me pongo en exceso nervioso por una causa fútil.

Pensó en leer. El tomo de la “Leyenda de los siglos”, estaba aún sobre la silla en que se había sentado Anita; lo abrió, leyó dos páginas de versos y no los comprendió, como si hubiesen estado escritos en lengua extraña; volvió a la carga, y se convenció de que no penetraba el sentido.

–Es inútil– se dijo.

Pero tuvo entonces una idea que lo tranquilizó sobre el empleo de las dos horas que restaban hasta la de comer. Se hizo calentar un baño y en él permaneció extendido, a gusto, en el agua tibia, hasta que el criado le llevó la sábana despertándolo de su ensueño.

Se fue al Círculo, donde estaban ya los compañeros de costumbre, y se le hizo una ovación al verlo entrar después de una ausencia de algunos días.

–Vuelvo del campo– dijo.

Todos ellos, excepción hecha del paisajista Maldant, sentían profundo desprecio por el campo. Rocdiane y Landa iban, sí, a cazar en él, pero no sentían en vegas y bosques más que el placer de ver caer como bolas de pluma a sus tiros, faisanes, codornices o perdigones, o hacer piruetas cinco o seis veces como clowns al disparo, los conejos, echando al aire a cada salto el borlón de pelo blanco de la cola.

Aparte de estos placeres del otoño y verano, encontraban el campo cargante.

–Prefiero las mujeres sobre los guisantes –decía Rocdiane.

La comida fue, como siempre, ruidosa y alegre, sembrada de discusiones en que no se decía nada nuevo.

Bertín habló mucho para animarse. Los demás lo encontraron zumbón; pero cuando tomó el café y jugó sesenta carambolas con el banquero Liverdy, se fue. Paseó un poco desde la Magdalena a la calle Taitbout, pasó tres veces por delante del Vaudevil, no sabiendo si entrar o no, estuvo a punto de tomar un coche para ir al Hipódromo, cambió de opinión y se dirigió al Nuevo Circo, y dando bruscamente media vuelta, subió sin causa y sin pensarlo por el bulevar Malesherbes y acertó el paso cerca de la casa de la condesa.

–Tal vez le extrañe verme esta noche –pensó.

Pero luego le ocurrió que no tenía nada de particular que fuese por segunda vez a saber de su salud.

Estaba la condesa sola con Anita en el saloncito, y trabajaba en el cobertor de los pobres.

–¡Toma! ¿Sois vos? –dijo sencillamente la condesa al verlo.

–Sí, estaba intranquilo y he querido veros. ¿Cómo estamos?

–Bastante bien, gracias.

La condesa esperó un momento y preguntó luego con intención:

–¿Y vos?

–¿Yo?– contestó Oliverio con afectación–. Divinamente, vuestros temores no tienen fundamento.

Ana dejó de trenzar y lo miró con aires de duda y de súplica.

–De veras – afirmó Oliverio.

–Tanto mejor –contestó ella con forzada sonrisa.

Oliverio se sentó, y por primera vez sintió irresistible malestar en aquella casa, una especie de inopia de ideas más grande que la que había tenido delante de su cuadro durante el día.

–Puedes seguir, hija mía, porque no molestas a Oliverio –dijo la condesa.

–¿Qué hacía? –preguntó Oliverio.

–Estudiaba una sinfonía.

Anita se levantó para dirigirse al piano, y Oliverio la siguió sin querer con la vista y la halló preciosa. Presintió que lo miraba la condesa y volvió bruscamente la cabeza, como si buscara algo en un rincón oscuro del salón.

La condesa tomó de encima de su mesilla de labor una petaquita de oro que le había regalado Oliverio, la abrió y le ofreció cigarrillos.

–Fumad, amigo mío; ya sabéis que me gusta veros fumar cuando estamos solos.

Oliverio obedeció y el piano comenzó a preludiar una melodía de corte antiguo, graciosa y ligera, que parecía inspirada al artista en una noche de primavera a la luz de la luna.

–¿De quién es eso? –preguntó Oliverio.

–De Méhul –dijo la condesa–. Es poco conocido pero gracioso.

Sentía Oliverio violentísimo deseo de mirar a Anita pero no se atrevía; no hubiese tenido que hacer más que un leve movimiento de cuello, puesto que veía de reojo las bujías del piano, pero adivinaba la atención recelosa de la condesa y no se movió, permaneciendo como absorto en el hilillo de humo ascendente del cigarro.

–¿No tenéis nada que decirme? –murmuró la condesa.

–No me culpéis –contestó Oliverio sonriente. Ya sabéis que la música me hipnotiza y secuestra mis pensamientos; hablaré en seguida.

–¡Ah! Yo había estudiado no sé qué para vos antes de morir mamá; no lo he tocado, pero lo haré cuando acabe Anita; veréis que bonito es.

La condesa tenía real talento y sutil comprensión para asimilar la emoción del sonido, y era aquella una de sus magias para con el pintor.

Cuando Anita acabó la sinfonía campestre de Méhul, la condesa se levantó, ocupó su puesto y surgió de sus dedos una melodía extraña, cuyas frases eran como quejidos diversos, cambiantes, numerosos, velados por una nota única que los interrumpía, como un grito que cortaba el canto, monótono, incesante, y parecido al golpe de una obsesión.

Pero Oliverio miraba a Anita que había ido a sentarse frente a él, y nada veía ni comprendía.

La miraba a pesar suyo, hartándose de verla como de algo acostumbrado y bueno de que se ha estado privado, y “bebiéndola” sanamente como el sediento el agua.

–¿Es bonito?– preguntó la condesa.

–¡Admirable, soberbio!– dijo Oliverio despertando–. ¿De quién es?

–¿No lo adivináis?

–No.

–¡Cómo! ¿De veras?

– Que no.

–De Schubert; es una pieza encontrada hace poco.

–No me asombra – replicó Oliverio con aires de profundo convencimiento–. Es soberbia, y seríais muy buena si la repitieseis.

La repitió, y Oliverio volvió la cabeza para continuar viendo a Anita, pero oyendo también la música para saborear dos placeres.

Luego, y cuando la señora de Guilleroy volvió a su puesto, Oliverio obedeció a la natural duplicidad del hombre, y dejó de mirar el rubio perfil de la joven que trabajaba frente a su madre.

Pero si no la veía, sentía la fragancia de su presencia como se siente la proximidad del fuego. Sentía deseos de echar sobre ella miradas rápidas, que en

seguida fijaba en la condesa, y las sentía con el ímpetu del colegial que se asoma a la ventana cuando el maestro vuelve la espalda.

Se despidió temprano porque tenía tan torpe la palabra como el cerebro y temía que se comentase su silencio.

Cuando se vio en la calle experimentó deseos de vagar, la música persistía en su oído y lo sumía en meditaciones que eran como la continuación de la melodía. Las notas volvían intermitentes y fugitivas en medidas aisladas, débiles, lejanas como un eco; luego callaba Oliverio y dejaba al pensamiento dar sentido a los motivos musicales, y viajar en busca de un ideal tierno y armónico.

Torció a la izquierda por el bulevar exterior, al ver la iluminación fantástica del parque Monceau, y entró por la alameda central constelada por los focos eléctricos.

Paseaba lentamente un guarda; a ratos pasaba un coche retrasado, y un hombre leía un periódico, sentado al pie del mástil de bronce que sustentaba el foco que bañaba al lector en una luz azulada y viva. Otros focos brillaban en el bosque y entre los árboles, y alumbraban follajes y céspedes con una luz potente y fría, dando pálida vida a aquel jardín ciudadano.

Andaba Bertín por la acera con las manos en la espalda, y se acordaba de su paseo con Anita en aquel mismo parque, cuando reconoció en su voz la voz de su madre.

Se dejó caer sobre un banco y aspirando el ambiente fresco de los céspedes regados se sintió poseído de las ansias apasionadas que son en las almas adolescentes como el cuchillo que va cortando las hojas de una novela de amor. En otro tiempo también había pasado aquellas noches de fantasía errática, en las que dejaba vagar su capricho por imaginarias aventuras, y se maravilló de volver a sentir aquellas sensaciones impropias de su edad.

La nota obstinada de Schubert, el recuerdo de Anita, de su rostro, inclinado bajo la lámpara, y la extraña sospecha de la condesa lo ocupaban aún. Seguía sondeando en su corazón los impenetrables fondos en que germinaban antes de nacer los pensamientos humanos.

Aquella terca investigación lo cansaba; la preocupación constante de Anita abría en su alma nuevos derroteros y tiernas meditaciones, y no podía desecharla de la memoria; llevaba en sí como una evocación de la joven, del modo que antes quedaba en las paredes de su estudio, cuando la condesa se iba, la extraña sensación de su presencia.

Impacientado por aquella tiranía de un recuerdo se levantó murmurando:

– Any ha hecho muy mal en decírmelo, porque por su causa pienso en la muchacha.

Volvió a su casa intranquilo por sí mismo; cuando se acostó vio que no dormiría porqué la fiebre que sentía ardía en sus venas y la savia de pensamientos le helaba el corazón.

Por temor al insomnio enervante que produce la agitación del alma trató de tomar un libró; muchas veces una lectura corta le había servido de narcótico.

Se levantó y fue a su biblioteca para escoger un libro soporífero, tenía el espíritu en tensión y ávido de emociones, y buscó en los tableros el nombre de un escritor que conviniese a su estado de exaltación.

Balzac, a quien adoraba, no le decía nada; desdeñó a Hugo, despreció a Lamartine, que no obstante solía conmoerlo, y cayó con avidez sobre un tomo de Musset, el poeta de la juventud. Lo tomó y se lo llevó para leer por donde se abriese.

Ya acostado bebió con avidez los versos de aquel inspirado que cantó como un pájaro a la aurora de la vida, y que no teniendo alimentos más que para ella se calló ante el pleno día, versos de un poeta que fue más que nada un hombre cansado que consolaba su fatiga con sonatas de amor sencillas y vivas, eco de todos los corazones jóvenes llenos de deseos.

Nunca comprendió tan bien Bertín el encanto físico de estos poemas que halagan los sentidos y apenan la inteligencia; mirando aquellos versos vibrantes le parecía tener veinte años en el corazón lleno de esperanzas, y leyó casi todo el volumen con ardor juvenil.

Oyó las tres con asombro de no tener sueño, y se levantó para cerrar la ventana, que había quedado abierta, y dejar el libro sobre la mesa, en el centro de la habitación.

Pero al contacto del aire fresco de la noche, un dolor mal curado por las aguas de Aix le corrió por los riñones como un aviso.

Arrojó a Musset con impaciente gesto.

–¡Viejo loco!–murmuró.

Volvió a acostarse y sopló la bujía.

No fue a ver a la condesa al día siguiente y tomó la enérgica resolución de no ir tampoco en dos días.

Pero hiciese lo que hiciese, ya tratando de pintar, ya de pasear, ya de llevar su melancolía de casa en casa, iba perseguido por el recuerdo indomable de aquellas dos mujeres.

Habiendo decidido no ir a verlas se resarcía pensando en ellas y dejó que su corazón se hartase de aquel recuerdo.

Sucedía a veces que en aquella especie de espejismo en que mecía su soledad se acercaban las dos diferentes mujeres, luego pasaban una delante de otra, se mezclaban, se fundían, no hacían más que un rostro un poco confuso, que no era de la madre ni de la hija, sino el de una mujer amada con locura antes, ahora y siempre.

Sentía después remordimientos por dejarse así arrastrar por aquellos pensamientos que juzgaba irresistibles y peligrosos.

Para huir de ellos y librarse de su magia dulce y fascinadora, llevó al espíritu a todas las ideas imaginables y a todos los motivos de reflexión y meditación posibles. Vano empeño; todos los caminos lo llevaban al mismo punto, en el que parecía estar esperándolo una figura rubia emboscada. Era una obsesión vaga e inevitable que flotaba en torno suyo y lo detenía cuando trataba de huir.

La confusión de los seres, que tanto lo había turbado la noche de su paseo en el parque de Roncières, volvía a su memoria cuando dejando de pensar y razonar evocaba a las dos mujeres, esforzándose por penetrar qué clase de emoción hacía vibrar su carne.

–Vamos. – se decía–, ¿siento por Anita más cariño de lo conveniente?

Palpaba en su corazón y lo sentía pletórico de afección por una mujer joven que tenía los rasgos de Anita, pero que no era ella.

Y Oliverio se tranquilizaba cobardemente, diciéndose que no la amaba y que era víctima de una semejanza.

Sin embargo, los días pasados en Roncières estaban aún en su alma como un manantial de calor, de felicidad y embriaguez, y recordaba los menores detalles con mayor sabor que entonces. De pronto, siguiendo el curso de aquellas memorias, volvió a ver la vereda que siguieron al salir del cementerio, la rebusca

de flores por la joven y la promesa que le hizo de una campanilla de zafiros cuando volvieran a París.

Todos sus buenos propósitos huyeron, y salió de casa sin tratar ya de luchar, emocionado al pensar en el placer que iba a proporcionar a Anita.

–La señora ha salido –le dijo el criado de los Guilleroy cuando llegó a su casa–; pero está la señorita.

Oliverio experimentó viva alegría.

–Decidle que deseo verla.

Se deslizó hasta la sala, pisando suave, como si temiese ser oído.

Apareció Anita en seguida.

–Buenos días, querido maestro –dijo con gravedad.

Oliverio sonrió, le estrechó la mano y se sentó cerca de ella.

–¿Adivináis a qué he venido?

–No sé –contestó ella dudando un momento.

–Para llevarte con tu madre a la joyería y escoger la campanilla de zafiros que te prometí en Roncières.

El rostro de la joven se encendió de alegría.

–¡Ay, y mamá que ha salido! Pero volverá pronto. ¿La esperaréis?

–Sí, si no tarda mucho.

–¡Qué poco galante sois conmigo! Me tratáis como si fuese una niña.

Sentía Oliverio en aquel momento invencible deseo de agradecer, de ser galante y espiritual como en los mejores días de su juventud, deseo instintivo que espolea las facultades seductoras y obliga a hacer la rueda a los pavos reales, y los versos a los poetas.

Le llegaban las frases a los labios con viveza y frescura, y habló como hablaba él en sus buenos momentos.

Animada Anita con aquella verbosidad, le contestó con la malicia y picardía que ya apuntaban en ella.

De pronto, discutiendo con ella, dijo Oliverio:

–Ya me habéis dicho eso muchas veces y...

–¡Toma!– lo interrumpió Anita riendo–, ¡ya no me tuteáis y me tomáis por mamá!...

Oliverio se puso encarnado y se calló.

–Es que muchas veces me ha dicho eso mismo tu madre –dijo al fin.

Se agotó de pronto su elocuencia, se quedó sin saber qué decir y tuvo miedo incomprensible de aquella chiquilla.

–Ya está ahí mamá –dijo Anita.

Había oído abrir la puerta del primer salón; turbado Oliverio como si lo hubiesen tomado en falta, explicó cómo se había acordado de repente de la promesa hecha y el porque había venido.

–Tengo abajo mi cupé– dijo–. Yo iré en la bigotera.

Salieron y poco después llegaban a casa de Montara.

Habiendo pasado Oliverio toda su vida en la intimidad, la observación y el afecto de las mujeres, ocupándose de ellas, sondeando sus gustos, conociendo como ellas los detalles de la moda y las interioridades de su vida privada, había llegado a asimilarse algunas de sus sensaciones, y sentía, siempre que entraba en uno de esos almacenes en que se venden los delicados y encantadores accesorios de su hermosura, la alegre emoción que ellas mismas.

Le interesaban como a ellas también las mil monadas con que se adornan, las telas encanto de la vista, los encajes que la mano acaricia y cualquier otra chuchería elegante que llamaba su atención.

En las tiendas de joyería miraba los escaparates con religioso respeto, como si fuesen santuarios de la seducción opulenta, y el mostrador de terciopelo sobre el que los dedos hábiles del joyero manejaban las piedras de preciado reflejo, le inspiraba especial preferencia.

Cuando madre e hija se sentaron delante del severo mueble sobre el que pusieron los codos con natural movimiento, Oliverio indicó lo que querían y se les enseñó muestras de flores.

Después desgranaron delante de ellas zafiros para que eligiesen cuatro.

La elección fue larga; las dos mujeres tomaban los zafiros sobre el mostrador y volvían a tomarlos con precaución para ver el oriente con atención de inteligentes.

Cuando pusieron a un lado los elegidos, hubieron de escoger tres esmeraldas para las hojas y un brillantito que había de temblar en el centro de la flor como una gota de rocío.

Oliverio, en vena de satisfacer su gusto de regalar, dijo a la condesa:

—¿Queréis hacerme el favor de elegir dos anillos?

—¿Yo?

—Sí, uno para vos y otro para Anita. Dejad que haga estos regalos en recuerdo de los dos días pasados en Roncières.

Ana se negó, Oliverio insistió, y siguió larga disputa de razones hasta que triunfó Oliverio.

Se sacaron anillos; unos, los más raros, solos en estuches especiales; otros alineados en cajas especiales en que mostraban sobre terciopelo todos los caprichos de las monturas.

El pintor se había sentado entre las dos mujeres y sacaba con el mismo anhelo curioso que ellas los anillos de las hendiduras que los sujetaban, dejándolos luego en el mostrador divididos en dos grandes grupos, los que desde luego desechaban y los que se separaban para elegir definitivamente.

Pasaba el tiempo dulce e insensiblemente en aquel entretenido trabajo de selección, más atrayente que todos los placeres del mundo para una mujer, variado como un espectáculo, casi sensual y grandemente delicado.

Después se comparó animadamente, y la elección de los tres se fijó sobre una sierpecilla de oro que llevaba un hermoso rubí entre la garganta y la cola retorcida.

Oliverio se levantó muy satisfecho.

—Os dejo mi carruaje —dijo—. Tengo que hacer y me voy.

Anita rogó a su madre que aprovecharan el buen tiempo yendo a pie; la condesa consistió y agradeciendo su oferta a Bertín se fue a pie con su hija.

Anduvieron algún espacio en silencio, saboreando el goce de los regalos recibidos, y luego hablaron de las joyas que habían visto; llevaban en los ojos algo de su espejismo y brillantez, y andaban de prisa a través de la gente que en las tardes de verano invade las aceras.

Los hombres se volvían para mirar a Anita y murmuraban confusas palabras de admiración. Era la primera vez desde el luto, que daba a su hija vivo relieve de belleza, que salía la condesa con ella, y aquel éxito callejero, aquella atención que provocaba, las flores moribundas, la conmoción aduladora que deja entre los hombres el paso de una mujer hermosa, le apretaban el corazón poco a poco, con

la misma opresión penosa que noches pasadas en su salón cuando se comparó a la joven con su retrato.

A pesar suyo espiaba las miradas que Anita provocaba, las sentía venir de lejos, rozar su rostro, pasar y fijarse en la rubia figura que marchaba a su lado.

Adivinaba, veía, mejor dicho, en los ojos el rápido y mudo homenaje a aquella resplandeciente juventud, al prestigio de la frescura juvenil, y pensaba que ella había sido lo mismo si no mejor.

Se acordó pronto de Oliverio, y tuvo como en Roncières intenciones de huir.

No quería verse en aquella claridad, en aquel paso de la gente y a la vista de los hombres que no la miraban. ya estaban lejos los días, no obstante próximos, en que ella misma provocaba el paralelo con su hija. ¿Quién entre aquellos transeúntes pensaría en compararlas? Tal vez uno solo lo había pensado hacía un momento en la joyería.

¡Él siempre! ¡Qué sufrimiento el suyo! ¡Si hubiese podido ahuyentar de su espíritu la obsesión de aquel raro paralelo! Sí, no era posible que las viese juntas sin acordarse de aquellos tiempos en que ella, fresca y bonita, entraba en su estudio segura de ser querida.

–Me siento mal –dijo– vamos a tomar un coche, hija mía.

–¿Qué tienes, mamá? –preguntó inquieta Anita.

–No es nada; ya sabes que desde la muerte de tu abuela tengo estos momentos de debilidad.

Las ideas fijas tienen la roedora tenacidad de las enfermedades incurables. Una vez en el alma la devoran sin dejarla en libertad para pensar en nada ni interesarse a tomar gusto por la menor cosa.

En su casa o fuera, a solas o entre gente, no podía la condesa desechar de sí aquella idea que le había ocurrido yendo al lado de su hija; si era posible que viéndolas Oliverio a diario no pensase a cada paso en compararlas.

Sí, debía hacerlo a pesar suyo y a cada momento, preocupado también por aquella imborrable semejanza que acentuaba la limitación, buscada de propósito en una ocasión, de gestos y palabras.

Cada vez que entraba Oliverio pensaba la condesa en ella, lo veía en su mirada y lo comentaba en su cabeza y en su corazón. Y experimentaba entonces el deseo de ocultarse, de desaparecer para que él no la viese junto a su hija.

Sufría por todos los estilos y no se creía ya ni aún en su casa. Aquel sentimiento de despojo que había sentido la noche que todos miraron a Anita junto a su retrato, seguía, se acentuaba y la exasperaba.

Se reconvenía por aquella aspiración de libertarse, por aquel deseo inconfesable de hacer salir de la casa a su hija como a huésped importuno y tenaz, y, no obstante, trabajaba para lograrlo con inconsciente habilidad, empujada por la necesidad de luchar y guardar, a pesar de todo, al hombre a quien amaba.

No pudiendo apresurar el enlace de Anita, retrasado por el reciente luto, temía firme y confusamente que un suceso imprevisto deshiciese la boda, y trabajaba, casi a pesar suyo, por hacer nacer en el corazón de su hija afecto hacia el marqués.

Toda la astuta diplomacia que había empleado para conservar durante tanto tiempo a Oliverio tomó en ella nueva forma, más fina, más secreta, y la ejercitaba en hacer que los novios se agradasen y no se encontrasen los dos hombres.

Como Oliverio por sus costumbres de trabajo no almorzaba nunca fuera y no invitaba para veladas más que a sus amigos, la condesa convidó muchas veces a almorzar al marqués. Llegaba animado después de una correría a caballo y con algo del ambiente matinal que había respirado, hablaba con expansión y placer de todas las cosas de sociedad que parecen flotar cada día sobre la revista otoñal de París hípico y brillante en las avenidas del Bosque, y Anita se complacía oyéndolo, gustando de aquellas preocupaciones del día que el marqués llevaba frescas y como revestidas de “chic”; se establecía así entre ellos intimidad juvenil y afectuoso compañerismo, que su mutua afición por los caballos aumentaba naturalmente.

Cuando el marqués se iba, el conde y la condesa hacían adrede su elogio, y hablaban de él de modo que la joven comprendiese que sólo de ella dependía el casarse con él si le gustaba.

Anita lo había comprendido así en seguida, y razonando candorosamente hallaba natural tomar por esposo aquella buena figura, que entre otras le daría la satisfacción de galopar a su lado sobre un pura sangre por la mañana, placer que prefería sobre todos.

Un día se vieron prometidos con toda naturalidad cambiando una sonrisa y un apretón de manos, y se habló de aquel enlace como de cosa largo tiempo hacía resuelta.

Entonces empezó el marqués a llevar regalos, y la duquesa trató a Anita como de la familia. Aquel asunto había sido mantenido al calor de la intimidad, durante las horas sosegadas del día, puesto que el marqués, que tenía buena porción de ocupaciones, servidumbres y deberes, iba rara vez por las noches.

Entonces era la vez que Oliverio; comía con regularidad todas las semanas en casa de sus amigos, y seguía yendo a lo mejor entre diez y doce de la noche para pedirles una taza de té.

Desde que entraba lo espiaba la condesa, tentada por el deseo de saber lo que pasaba en su corazón. No hacía un gesto ni dirigía una mirada que ella no interpretase en seguida, trabajada por la idea de que era imposible que Oliverio no amase a Anita al verlas juntas.

También Oliverio llevaba regalos. No pasaba semana sin que apareciese con dos paquetitos en la mano, de los que ofrecía uno a la madre y otro a la hija.

Cada vez que abría las cajas, que por lo regular contenían objetos preciosos, sentía la condesa opresiones de corazón. Sobradamente conocía ella aquel propósito de regalar que ella no había podido satisfacer nunca por ser mujer; aquel deseo de agradecer con dones, de llevar algo comprado, de buscar en las tiendas la chuchería que ha de gustar.

Ya en otros tiempos había pasado el pintor por aquella crisis; muchas veces lo había visto ella entrar con la sonrisa misma y el propio gesto y un paquetito en la mano. La crisis se había calmado y empezaba de nuevo. ¿Por quién? No había duda, no era por ella.

Aparecía Oliverio fatigado y más delgado, por lo que la condesa dedujo que sufría, y comparaba sus entradas, actitudes y maneras con las del marqués, a quién la influencia de Anita empezaba a subyugar. Pero no era lo mismo; Farandal empezaba a enamorarse y Oliverio amaba. Así lo creía al menos la condesa en sus horas tristes, aunque en los minutos de calma esperaba haberse engañado.

¡Cuántas veces había estado a punto de encontrarse a solas con él y rogarle que hablase, que confesase todo, que no ocultase nada! Prefería saberlo y llorar por su certeza antes que sufrir así con la duda y sin poder leer en aquel corazón cerrado, en el que presentía el empuje de otro amor.

Aquel corazón, que era más que su vida, que había cuidado y mimado con ternura doce años, del que se creía segura, que consideraba definitivamente conquistado, sometido y apasionadamente leal hasta el fin de sus días, huía de ella por una horrible y monstruosa fatalidad.

Aquel corazón se había cerrado guardando un secreto de tal modo, que ya no podía ella abrirlo con una palabra familiar y anidar en él su cariño como en retiro fiel, sólo para ella abierto. ¡Para qué amar y entregarse sin reservas, si de pronto aquel a quien se ha entregado ser y existencia, todo cuanto se posee, se va porque otro rostro le impresiona más, y llega a ser en pocos días un extraño!

¡Un extraño Oliverio! Hablaba como antes, con el mismo tono, la misma voz, iguales palabras y sin embargo, había entre ellos algo inexplicable, intangible y poderoso, que no era nada y que sin embargo obraba como el soplo de aire que hincha la vela y aleja el navío.

No tenía más cuidados que el de las comidas y veladas entre aquellas dos mujeres alejadas del mundo por su luto. Como no encontraba junto a ellas más que caras indiferentes, los Corbelle y Musadieu más frecuentemente, se consideraba casi solo con ellas. No veía a la duquesa ni al marqués, a quienes se reservaba las mañanas y el centro del día, y procuraba olvidarlas haciéndose la ilusión de que la boda se aplazaba definitivamente.

Por su parte, Anita no hablaba nunca de Farandal delante de él ¿Era por una especie de instintivo pudor o por una de esas secretas intuiciones de corazón de mujer que les hace presentir lo que no saben?

Las semanas se sucedían sin cambiar nada en aquella vida, y llegó el otoño con la reapertura de las Cámaras, anticipada en razón de las zozobras políticas.

El día de la reapertura debía llevar el conde de Guilleroy a la sesión a la señora de Mortemain, al marqués y a Anita después de almorzar en casa. Sólo la condesa, embargada por su pena siempre creciente, había preferido no salir.

Se habían levantado de la mesa ya y se tomaba alegremente el café en el salón grande.

Contento el conde con la reapertura de los trabajos parlamentarios, su único placer, hablaba casi con ingenio de la presente situación y de las dificultades de la república. El marqués, decididamente enamorado, le contestaba con brío mirando a Anita, y la duquesa se alegraba del enamoramiento de su sobrino casi tanto como de la mala situación del Gobierno.

El ambiente del salón estaba templado por el primer calor concentrado de los caloríferos, calor de alfombras y cortinajes en que se evapora rápidamente el perfume de las flores asfixiadas.

Se notaba en el salón, en el que el café también difundía su aroma, algo íntimo, familiar y reposado, cuando se abrió la puerta ante Oliverio Bertín.

Se detuvo en el umbral vacilando, sorprendido como un marido engañado que ve la falta de su mujer.

La cólera y conmoción que sintió le probaron que su corazón estaba tomado por el amor; todo lo que le habían ocultado y se había ocultado a sí mismo, apareció ante él al ver al marqués instalado en la casa como novio.

En un rápido momento de exasperación penetró todo lo que no quería saber y lo que no se atrevían a decirle. No se preguntó por qué no le habían dado cuenta de aquellos preparativos de matrimonio, pero lo adivinó, y sus ojos, que miraban duramente, tropezaron con los de la condesa, que se puso encendida.

Ambos se comprendieron.

Cuando Oliverio se sentó, callaron todos un momento como si su inesperada presencia hubiera paralizado la función de los cerebros.

La duquesa le habló y Oliverio contestó con tono breve y timbre extraño, súbitamente tomado.

Miró a todos que habían ya vuelto a hablar, y se dijo:

“Me han engañado, pero lo pagarán.”

Y lo decía particularmente por la condesa y Anita, cuyo inocente disimulo veía ya claro.

–Ya es hora de irnos –dijo de pronto el conde mirando al reloj.

–Vamos a la apertura de las tareas parlamentarias y mi mujer se queda sola ¿Queréis acompañarnos? Me alegraría mucho.

–Gracias –contestó secamente Oliverio–. No me seduce vuestra Cámara.

–Venid, querido maestro –dijo entonces Anita acercándose y con su aire jovial–. Estoy segura que nos divertiréis más que los diputados.

–No; ya os divertiréis sin mí.

Anita adivinó que estaba disgustado y para congraciarse insistió:

–Venid, señor pintor; por mi parte no puedo pasar sin vos.

Oliverio dejó salir algunas palabras, cuya viveza y acento no pudo reprimir.

–¡Bah! Podéis, como todo el mundo, pasaros sin mí.

–¡Vaya! –exclamó Anita sorprendida por aquel tono–. Ya empieza otra vez a no tutearme.

Oliverio mostró una sonrisa crispada, de esas que ponen al descubierto el estrago de un alma, y dijo saludando levemente:

–Preciso será que me acostumbre un día u otro.

–¿Por qué?

–Porque os casaréis, y vuestro marido, quien quiera que sea, no verá con gusto que os tutee.

–Entonces será tiempo de pensar en ello –se apresuró a decir la condesa–, pero creo que Anita no se casará con un hombre tan susceptible que encuentre desagradable esa familiaridad de un antiguo amigo.

–¡Vamos, vamos! –dijo el conde–. Llegaremos tarde.

Los que debían acompañarlo se levantaron y salieron junto con él, después de los apretones de manos y los besos que la duquesa, la condesa y su hija cambiaban cada vez que se veían o se separaban.

Se quedaron solos Oliverio y la condesa de pie detrás de la colgadura de la puerta cerrada.

–Sentaos, amigo mío –dijo la condesa con dulzura.

–No, gracias; yo me voy también –contestó él con brusquedad.

–¿Por qué? –murmuró ella en tono de súplica.

–Porque, según parece, no era ésta mi hora; perdonad, si he venido sin avisar.

–Oliverio, ¿qué tenéis?

–Nada; solo siento haber turbado esta partida de placer.

La condesa le tomó la mano.

–¿Qué queréis decir? Se han ido porque van a ver la reapertura. Pero yo me quedo, y realmente habéis hecho bien en venir hoy que estoy sola.

–He hecho bien... he hecho bien... –murmuró lacónicamente Oliverio.

Any lo tomó por las muñecas, y mirándolo hasta el fondo de los ojos le dijo en voz muy baja:

–¿Confesáis que la amáis?

Oliverio retiró las manos sin poder reprimir su impaciencia.

–¡Os volverá loca esa idea! –exclamó.

La condesa volvió a tomarlo por los brazos, con los dedos crispados.

–¡Confesadlo, Oliverio! –exclamó suplicante–. ¡Lo sé, pero quiero saberlo mejor! ¡Oh, no sabéis que vida paso!

–¿Qué queréis que le haga? –replicó Oliverio encogiéndose de hombros–. ¿Tengo yo la culpa que se os trastorne la cabeza?

La condesa no lo soltaba, llevándolo hacia el salón del fondo, en donde no los oirían, tomada a su traje, anhelante. Cuando llegaron junto a un diván circular lo obligó a sentarse y se colocó a su lado.

–Oliverio, mi único amigo... yo os ruego que me digáis que la amáis; lo sé, lo veo en lo que hacéis, no puedo dudarle aunque el saberlo me mate, pero quiero oírlo de vuestros labios.

El se resistía aún y la condesa se arrodilló a sus pies.

–¡Amigo mío, mi Oliverio, por Dios...! ¿Es verdad que la amáis?

–Que no, os juro que no... –replicó Oliverio tratando de levantarse.

–¡No me mintáis, porque sufro horriblemente! –dijo la condesa tapándole la boca con la mano.

Dejó caer la cabeza sobre las rodillas de aquel hombre y sollozó amargamente.

Oliverio no veía más que su nuca, en la que había una gruesa trenza de cabellos rubios rayados por muchos blancos, y sintió infinita compasión y grandísimo dolor.

Tomó con las manos aquella cabeza, la levantó con violencia, vio los ojos de ella llenos de angustia y lágrimas, y puso sobre ellos sus labios diciendo:

–¡Any mía, Any mía querida!

Trató ella de sonreír y con voz balbuciente de un niño apenado, murmuró:

–Decidme al menos que aun me queréis un poco...

–¡Sí, os amo, os adoro, Any mía! –replicó Oliverio llenándola de besos.

La condesa se incorporó, volvió a sentarse, tomó otra vez las manos de Oliverio y dijo mirándolo con ternura:

–Esto no debería acabar así... ¡Hace tanto que nos amamos!

–¿Y por qué ha de acabar? –preguntó Oliverio abrazándola.

–Porque he envejecido y porque Anita se parece demasiado a la que fui cuando me conocisteis.

–¿Todavía? –contestó Oliverio cerrando a su vez aquella doliente boca–. No hablemos más de eso, os lo ruego; os juro que os engañáis.

–Siquiera me amaseis aún un poco –repitió ella.

–¡Sí, os amos!

Permanecieron un buen rato en silencio, tomados de las manos y muy ensimismados.

–No serán alegres las horas de vida que me quedan –murmuró al fin ella.

–Yo haré que lo sean.

La sombra del nuboso cielo que precede dos horas al crepúsculo empezó a invadir el salón, envolviéndolo en el gris brumoso de las tardes de otoño.

Sonó el reloj.

Ya hace mucho que estamos aquí –dijo la condesa–. Debíais irros, porque pueden volver y no estamos serenos.

Oliverio se levantó, la abrazó y besó en la boca entreabierta como otras veces, y atravesaron los dos salones tomados del brazo como dos esposos.

–Adiós, amigo mío.

–Adiós.

Se cerró detrás de él la puerta.

Bajó la escalera, dio la vuelta hacia la Magdalena y anduvo sin saber lo que hacía, aturdido como si hubiese recibido un golpe, las piernas débiles y el corazón loco y palpitante como un harapo ardiendo que se removiera en su pecho.

Durante dos o tres horas, tal vez cuatro, anduvo a la ventura como alelado y presa de anonadamiento físico, que sólo le dejaba la fuerza precisa para echar un pie delante del otro.

Al fin entró en su casa para meditar.

¿Conque amaba a aquella muchacha? Comprendía ya todo lo sentido a su lado desde el paseo en el parque Monceau, cuando oyó de sus labios el eco de una voz reconocida por trabajo, la voz que había en otro tiempo sonado en su corazón, hasta la resurrección lenta e irresistible de un amor mal extinguido o enfriado que se obstinaba en no confesarse.

¿Qué hacer? Cuando ella se casase evitaría verla a menudo y nada más. Entretanto seguiría yendo a la casa para que nada se sospechase, y guardaría su secreto para todo el mundo.

Comió en su casa, cosa que no sucedía nunca, y luego mandó encender la estufa del estudio porque la noche prometía frío.

Mandó encender también la araña, como si temiese los rincones oscuros, y se encerró.

¡Cuán extraña, profunda y tristísima angustia le oprimió! La sentía en la garganta, en el pecho, en los músculos rendidos, en el alma; las paredes del estudio que encerraban su vida de artista y de hombre, lo ahogaban; cada uno de los estudios colgados le recordaban el acontecimiento, cada mueble evocaba también una memoria, pero todo era ya pasado.

¡Qué corta y necia le pareció su vida! Había pintado cuadros y más cuadros, y amado a una mujer. Recordó las noches de fiebre en aquel mismo estudio después de sus entrevistas, noches enteras de amor en todo su ser.

El goce del amor satisfecho, los éxitos del mundo, la embriaguez única de la gloria le habían hecho saborear horas inolvidables de íntimo triunfo.

Había amado a una mujer y sido amado por ella. De sus manos había recibido el bautismo que revela al hombre misterioso mundo de ternuras y emociones; había abierto su corazón y no podía ya cerrarlo, y otro amor entraba por la brecha a pesar suyo; mejor, el mismo amor fortificado por un rostro nuevo, el mismo acrecido con la fuerza que toma al declinar la necesidad de querer.

Amaba aquella muchacha y no podía resistir ni negar; la amaba con la desesperación de saber que no obtendría de ella ni un poco de piedad, que ignoraría siempre su horrendo tormento y que se uniría con otro.

Ante esta idea incesante que no podía desechar, sentía como ímpetus de rugir al modo de una fiera, porque se creía encadenado e impotente como si lo fuera.

A cada momento se ponía más nervioso, y a medida que meditaba paseaba de lado a lado de la ancha pieza alumbrada como para una fiesta.

No pudiendo sufrir más el dolor de aquella herida abierta, trató de calmarlo con el recuerdo de su antiguo cariño, anegándose con la evocación de su primera y mas grande pasión. Sacó la copia del retrato de la condesa que hizo para sí, la puso en un caballete, y se sentó enfrente para contemplarla; trató de volver a verla como había sido, evocándola viva y tal como la había amado; pero del lienzo surgía Anita siempre; la madre desaparecía, dejando en su lugar aquella otra figura que tanto se le parecía; era la joven con sus cabellos un poco claros, su sonrisa más picaresca, su aire más burlón, y Oliverio veía que pertenecía en cuerpo y alma a aquella muchacha como no había pertenecido jamás a nadie, como el navío que se hunde pertenece a las olas.

Se levantó y volvió al lienzo para no ver la aparición, y como se sentía poseído de tristeza, fue a buscar a su cuarto, en el cajón de su mesa en que dormían, las cartas de la condesa.

Estaban como acostadas unas sobre otras, formando un paquete de delgados papeles. Hundió las manos en aquella prosa que hablaba de ambos, en aquel baño de su antiguo amor. Miró amontonados, en los que su nombre, sólo su nombre, estaba escrito; pensó que allí estaba fijada la historia de dos corazones en aquel amarillento montón de papeles con sellos rojos, y aspiró, inclinándose, el hálito de vejez y el aroma melancólico de las cuartas guardadas.

Quiso volver a leerlas, y removiendo en el fondo del cajón tomó un puñado de las más antiguas.

A medida que las abría salían los recuerdos precisos que conmovían su corazón; había entre ellas muchas que había llevado sobre sí semanas enteras, y

volvían a sentir, al leer la fina escritura que le decía frases tan dulces, las olvidadas emociones de otros tiempos.

De pronto se vio entre los dedos con un finísimo pañuelo bordado ¿Qué era?... Buscó unos instantes y al fin recordó: cierto día, estando en el estudio, lloró ella porque estaba un poco celosa, y él se lo robó empapado de lágrimas, porque quería guardarlo.

¡Triste cosa! ¡Pobre mujer!

Del fondo de aquel cajón y de su pasado subía aquello como un vapor, el vapor impalpable de la realidad muerta. Sufrió Oliverio y lloró sobre aquellas cartas, como se llora por los muertos porque ya no existen.

Pero todo aquel amor removido hacía fermentar en él savia nueva y juvenil de irresistible ternura que provocaba la visión del rostro radiante de Anita. Había amado a la madre en un arranque apasionado de voluntaria servidumbre, y empezaba a amar a la hija con un esclavo viejo, a quien se remachan los hierros que no ha de romper jamás.

Trataba de penetrar el cómo y el porqué la poseía ella de aquel modo, puesto que apenas si conocía a aquella mujer cuyo corazón y cuya alma dormían aún el sueño de la juventud. El estaba casi al fin de su jornada; ¿cómo, pues, aquella niña lo había esclavizado con unas cuantas sonrisas y los bucles de sus cabellos? ¡Ah! Era que antes las sonrisas y los cabellos de aquella rubia muchacha le daban impulsos de caer de rodillas y con la frente en tierra.

¿Se sabe por qué muchas veces una mujer obra en nosotros como un veneno? Parece que se la bebe con los ojos y que llega a ser nuestro pensamiento nuestra carne, se embriaga, se vuelve loco, se vive por aquella imagen y se quisiera morir por ella. ¡Cuánto se sufre a veces con este feroz e incomprensible poder de un rostro sobre el corazón de un hombre!

Oliverio volvió a sus paseos; avanzaba la noche y se extinguía el fuego; el frío del exterior entraba por la claraboya, y Oliverio se acostó y siguió meditando y sufriendo.

Se levantó temprano sin saber por qué ni lo que iba a hacer, movido por sus nervios e irresoluto como una veleta.

A fuerza de buscar una distracción al espíritu y una ocupación al cuerpo, recordó que aquel mismo día, como todas las semanas, se reunían los socios del Círculo en el Baño Moro donde almorzaban. Se vistió y se fue, esperando que la ducha y el baño turco lo cambiarían.

Sintió al salir mucho frío, ese frío de helada que en una sola noche destruye lo que queda del verano.

A lo largo de los bulevares caían las anchas hojas y amarillas con ruido seco y seguido, hasta donde alcanzaba la vista, de uno a otro extremo de las anchas avenidas y entre las fachadas de las casas, como si los tallos cayesen cortados por un cuchillo de hielo.

Estaban cubiertos de hojas el centro y las aceras, convertidas durante una hora en sendero de bosque al principio del invierno; aquel follaje seco crujía bajo la pisada, y formaba a veces montones y oleadas al empuje del viento.

Hacía uno de esos días cambiantes con que acaba una estación y empieza otra, y que tienen sabor o tristeza especiales, tristeza de agonía o sabor de savia que brota.

Al franquear el umbral del Baño Turco hizo estremecer de satisfacción el corazón entristecido de Oliverio la dicha de que iba a penetrar en la habitación caliente desde el rudo frío de la calle.

Se desnudó presto, se anudó a la cintura la ligera faja que le presentaba un criado, y desapareció por aquella puerta forrada que tenía delante.

El hálito caliente y opresor que parecía llegar de una hoguera lejana lo hizo respirar como si le faltase aire, al atravesar una galería morisca alumbrada por dos lanternas orientales.

Un negro rizado, vestido únicamente con una faja, y reluciente la espalda y los musculosos miembros, se adelantó para levantar un cortinón al otro extremo, y Bertín penetró en la cámara de aire caliente; era ésta una habitación circular, alta, silenciosa, casi mística, como un templo. Recibía luz por la cúpula y por tragaluces de vidrio de color, y estaba revestida y enlozada de azulejos decorativos, a usanza árabe.

Había hombres de todas las edades casi desnudos, andando lentamente y en silencio, sentados otros en banquillos de mármol con las piernas cruzadas, y hablando mucho de ellos en voz baja.

El aire recalentado hacía respirar a prisa desde que se entraba.

En aquel espacio sofocante y decorativo en que se asaba carne humana, circulaban también los frotadores negros y árabes de piernas cobrizas, dando al espectáculo tinte antiguo y misterioso.

El primer rostro que vio Oliverio fue el del conde de Landa. Andaba como un luchador romano, orgulloso con su enorme pecho y con sus brazos cruzados.

Estaba acostumbrado al baño turco, se creía en escena como un actor aplaudido, y juzgaba como inteligente de la musculatura más o menos discutida de los mejores mozos de Patrís.

–Buenos días, Bertín– dijo.

Los dos hombres se estrecharon las manos.

–Buen tiempo para sudar ¿eh? –añadió Landa.

–Sí, magnífico.

–¿Habéis visto a Rocdiane? Está allí y lo he visto cuando salía del frote... ¡ved, ved esta musculatura!

Pasó un caballero bajito, con las piernas chupadas y los brazos flácidos, que hicieron sonreír con desdén a aquellos dos viejos modelos del vigor humano.

Rocdiane había visto al pintor y se acercó. Se sentaron sobre aquel pequeño ataúd de madera en que yacía la masa de sobres una ancha mesa de mármol y se pusieron a hablar como si estuviesen en un salón; circulaban los dependientes ofreciendo que beber, y se oían las palmadas de los frotadores sobre la carne desnuda y el chorro súbito de las duchas; una chapoteo continuo de agua que salía de todas partes llenaba también el espacio de rumor de lluvia.

A cada momento llegaba un nuevo amigo a saludar o a dar un apretón de manos, entre ellos el gordo duque de Harisson, el principito de Epilati, el barón Flach y otros.

–¡Toma, Farandal! – exclamó de pronto Rocdiane.

En efecto, entraba el marqués con las manos en la cintura y el aire aplomado de los hombres hechos a todo y a quiénes nada corta.

–Ese mozo es un gladiador –dijo Landa.

–¿Es verdad que se casa con la hija de vuestro amigo? –dijo Rocdiane.

Aquella pregunta, hecha frente a aquél hombre en aquel momento y lugar, levantó en el corazón de Oliverio viento de desesperación y rebeldía. El horror a las realidades entrevistas se le apareció en un segundo tan agudamente que tuvo que luchar con el deseo de arrojarse sobre el marqués.

–Estoy cansado –dijo levantándose; voy al frote.

Pasó un dependiente árabe.

–¿Estás libre, Ahmed? –preguntó Oliverio.

–Sí, señor Bertín.

El pintor se alejó a prisa para evitarse estrechar la mano a Farandal, que se acercaba dando vuelta.

Apenas estuvo un cuarto de hora en la sala de descanso, sosegada y tranquila con su círculo de lechos en torno de un arriate con plantas africanas y un surtidor en el centro. Le parecía que era seguido y amenazado, que el marqués lo buscaba y que tendría que estrecharle la mano cuando sentía deseos de matarlo.

Pronto se vio en el bulevar cubierto de hojas secas que habían dejado de caer porque las últimas se las había llevado una ráfaga. La alfombra amarilla iba y venía de acera a acera al impulso del viento cada vez más fuerte.

De pronto se oyó el mugido de la tempestad, y un golpe violento de viento que parecía llegar de la Magdalena se encañonó en el bulevar.

Todas las hojas caídas, que parecían esperarlo, se levantaron a su aproximación, corrían delante de él y seguían en torbellinos y espirales que subían hasta buena altura de los edificios.

El viento las dispersaba como un rebaño loco que huyese, volando hacia las barreras de París y el cielo libre del extrarradio.

Cuando la gruesa nube de hojas y polvo desapareció en las alturas del barrio Malesherbes, las calles se quedaron desnudas y extrañamente limpias.

–¿Qué haré? ¿A dónde iré? –se preguntaba Bertín.

Volvía hacia su casa sin decidirse y llamó su atención un quiosco de periódicos; compró siete u ocho con la esperanza de gastar una hora leyendo.

–Almorzaré aquí –dijo al subir a su estudio.

Pero al sentarse comprendió que no podría estar quieto, tal agitación de animal rabioso sentía.

Los periódicos no lo distrajeron un minuto, y lo que leía no pasaba de los ojos sin llegar al alma; en un artículo que leía por alto lo hizo estremecerse el nombre de Guilleroy.

Era la sesión de la Cámara en la que el conde había pronunciado unas palabras.

Despertada su atención con aquello, encontró en seguida el nombre del célebre tenor Montrosé que debía dar, a fin de diciembre, una sola representación en la gran Ópera.

Iba a ser, según decía el periódico, una magnífica solemnidad musical, porque Montrosé, ausente de París hacía seis años, acababa de obtener en toda Europa y América éxitos sin precedente. Iba además a ser acompañado por la ilustre diva sueca Helsson, a la cual tampoco se oía en París hacía cinco años.

Le ocurrió de pronto a Oliverio la idea, que pareció nacer en el fondo de su corazón de proporcionar a Anita el placer de aquel espectáculo. El luto de la condesa sería un obstáculo para el proyecto, y buscó combinaciones para realizar su deseo a pesar de todo.

Sólo halló una; tomar un palco de escena en el que se estaba casi invisible, y si ni aun esto surtía efecto, hacer que acompañasen a Anita su padre y la duquesa. En este caso debía ofrecer el palco al duque, pero tendría también que invitar al marqués.

Dudó y reflexionó largo rato.

La boda estaba decidida y fijada sin duda ninguna; adivinaba la prisa que a aquello daba la condesa y que aceleraría la entrega de su hija a Farandal. Nada

podía hacer él en aquello, ni impedir ni retrasar el temido suceso. Había que soportarlo; ¿no valía más, pues, tratar de dominarse, de ocultar su sufrimiento, de aparecer contento y no dejarse llevar, como poco antes, por un acceso?

Sí, convidaría al marqués, mitigando las sospechas de la condesa y abriéndose una puerta en casa del nuevo matrimonio.

Después de almorzar bajó hacia la Opera para adquirir un palco de los que oculta el telón; se lo prometieron y corrió a casa de los Guilleroy.

Salió la condesa conmovida aún por la escena de la víspera.

–¡Cuán bueno sois en venir hoy! –dijo.

–Os traigo algo –balbuceó Oliverio.

–¿Qué es?

–Un palco de escena en la Opera para la única representación de la Helsson y Montrosé.

–¡Qué lástima! ¿Y mi luto?

–Ya lo lleváis hace cuatro meses.

–No puedo ir, no.

–¿Y Anita? Pensad en que tal vez no se volverá a presentar ocasión igual.

–¿Y con quién irá?

–Con su padre y la duquesa, a quien voy a invitar; pienso también ofrecer un asiento al marqués.

Any lo miró al blanco de los ojos con irresistible deseo de besarlo.

–¿Al marqués? –repitió ella no pudiendo creer lo que oía.

–Sí, al marqués.

La condesa consintió en seguida en el arreglo.

–¿Habéis fijado ya la época de la boda? –preguntó Oliverio en tono indiferente.

–Sí, casi. Tenemos motivos para apresurarla, tanto más cuanto que ya era cosa decidida antes de morir mamá. ¿Os acordáis?

–Sí, ¿Para cuando?

–Para principios de enero; perdonan si no so lo he dicho antes.

Entró Anita en aquel momento. Sintió Oliverio latir violentamente su corazón, y el afecto que hacia ella lo arrastraba se agrió de pronto e hizo nacer en él esa especie de extraña animosidad pasional en que se convierte el amor avivado por los celos.

–Os traigo una cosa –le dijo.

–Parece que nos decidimos por el vos –replicó Anita.

–Oíd, hija mía –repuso con acento paternal Oliverio–. Estoy al tanto del acontecimiento que se prepara y eso será indispensable dentro de algún tiempo; más vale, pues, ahora que luego.

Anita se encogió de hombros de mala gana, mientras la condesa callaba con el pensamiento y la mirada lejos de allí.

–Entonces, ¿qué es lo que me traéis? –preguntó Anita.

Oliverio dijo lo de la representación y las invitaciones que pensaba hacer. Anita se puso contentísima y en un arranque de chiquilla saltó al cuello de Oliverio y lo besó en ambas mejillas.

Se sintió desfallecer el pintor, y el ligero roce de aquella fresca boquita le hizo comprender que no se curaría jamás.

–Ya sabes que te espera tu padre– dijo la condesa nerviosa.

–Voy, mamá.

Y se fue tirando besos con la punta de los dedos.

- ¿Van a viajar? –pregunto Oliverio cuando salió Anita.
–Sí, tres meses.
–Mejor –murmuró Oliverio a pesar suyo.
–Y volveremos a hacer nuestra antigua vida –replicó la condesa.
–Así lo espero.
–Entretanto... no me olvidéis.
–No, amiga mía.

El arranque de Oliverio el día anterior al verla llorar, y lo de la invitación al marqués para aquella representación de la Opera infundieron alguna esperanza a la condesa.

No duró mucho, no pasó una semana sin que la condesa viese en el rostro de aquel hombre las etapas de su suplicio con atención opresora y celosa. No podía pasar inadvertido esto para ella que sufría también los dolores que en él adivinaba, y la presencia de Anita le recordaba a cada paso la impotencia de sus esfuerzos.

Todo la vencía al mismo tiempo, los años y el luto; su coquetería activa e ingeniosa que durante toda la vida le había dado sobre él la victoria, se encontraba constreñida por aquel negro uniforme que subrayaba su palidez y la alteración de sus líneas, mientras daba más brillo a la hermosura de su hija.

Aún con estar cercana le parecía alejada la época del regreso de Anita a Paris, época en que ella misma buscó con orgullo semejanzas de tocado que entonces le eran favorables. Al presenté se hubiera desgarrado de buena gana aquellas vestiduras mortuorias que la afeaban y la atormentaban.

Si hubiese tenido a su servicio todos los recursos de la elegancia, si hubiese podido escoger y emplear telas de tonos delicados en armonía con su tez, y que hubieran podido dar a su agonizante encanto estudiado poder tan atrayente como la gracia inerte de su hija, hubiera sabido ser seguramente la más seductora.

Nadie como ella conocía las influencias de los trajes mareantes de tarde y el tocado sensual de las mañanas, con algo del descuido perturbador conservado para el almuerzo con los íntimos y que deja en la mujer hasta entrado el día algo del perfume de su despertar, y como la impresión material y tibia del lecho abandonada y la perfumada alcoba.

Pero, ¿qué podía intentar con aquel traje sepulcral, aquel uniforme de presidiario que había de llevar un año? ¡Un año! ¡Había de estar aún un año prisionera, inactiva y vencida en aquel luto!, ¡durante un año se sentía envejecer día por día, hora por hora, minuto por minuto, bajo el hábito de crespón! ¿Qué sería de su pobre cuerpo si en aquel año seguía sufriendo con las angustias del alma?

Estas ideas no la abandonaban y le quitaban el gusto de todo, convirtiendo para ella en dolores las alegrías y no dejándole integra una dicha ni un placer.

Sin cesar la sacudía el rabioso deseo de echar de sí aquel peso mísero que la abrumaba y el estar segura de que sin aquel sería feliz y estaría buena, porque tenía el alma fresca y viva, el corazón joven, la savia de un ser que empieza a vivir, el ansia insaciable de la felicidad más voraz que antes y necesidad devoradora de amar.

Y todas estas cosas dulces, deliciosas y poéticas que embellecen y hacen amable la vida, se alejaban de ella porque envejecía. Se acabó todo, y sin embargo sentía dentro de sí sus ternuras de niña y sus apasionados arranques de joven. Sólo había envejecido su carne, su miserable piel, esa envoltura de los huesos que poco a poco se marchita y arruga como la tela sobre el mueble.

El fantasma de su decadencia se había aferrado a ella y había llegado a ser un sufrimiento físico.

La idea de la vejez había determinado una sensación activa y perceptible como la del calor o el frío. Creía sentir como una vaga invasión la marcha lenta de las arrugas en la frente, el hundimiento de la piel en las mejillas y la garganta, y la multiplicación de esos innumerables estragos que decoloran el cutis.

A semejanza de quien se ve atacado de una enfermedad devoradora y a quien constante prurito obliga a rascarse, el terror de aquel aborrecido trabajo del tiempo la ponía en la necesidad de verse en los espejos.

La atraían obligándola a acercarse con la mirada fija, ver una y cien veces y palpar con la punta del dedo para asegurarse mejor del paso imborrable del tiempo.

Esto fue primeramente una obsesión imborrable en que caía cada vez que en su casa o fuera percibía la temible superficie del cristal azogado; se detenía en la acera para mirarse en los escaparates de las tiendas y permanecía pegada a los vidrios con que los tenderos adornaban sus portadas; llegó a ser aquello una enfermedad de poseída.

Llevaba en el bolsillo una cajita de marfil para polvos de arroz, grande como una nuez, en cuyo interior tenía un espejito diminuto, y muchas veces sin dejar de andar lo levantaba a la altura de los ojos y se miraba.

Cuando se sentaba en su salón tapizado a leer o escribir, su pensamiento, un momento distraído por aquellas tareas, volvía a la idea fija; luchaba, trataba de distraerse con otras cosas o proseguir su trabajo... Vano intento; la picadura del deseo la hurgaba, y pronto su mano dejaba libro o pluma y se iba irresistible hacia el espejito con mango de plata antigua que tenía sobre la mesa de escribir. En aquel óvalo biselado se encerraba su rostro como una figura antigua del siglo pasado pintada al pastel, y que el sol había ya pasado un poco.

Después de contemplarse largo rato dejaba el espejito con movimiento de lasitud y procuraba seguir su tarea, pero apenas había leído dos páginas o escrito veinte líneas, cuando volvía a experimentar necesidad invencible y opresora de mirarse, y volvía a tomar el espejo.

Lo manejaba como una chuchería enojosa y familiar que no puede dejar la mano, se servía de él a cada paso cuando recibía y le cobraba odio, sin dejar por eso de volverlo revolverlo entre las manos.

Irritada un día por aquella lucha con el pedazo de vidrio, lo tiró contra la pared haciéndolo menudos añicos.

Poco tiempo después lo mandó componer su marido, y se lo devolvió más brillante que nunca; tuvo que aceptarlo y dar las gracias resignándose a tenerlo.

Noche y mañana se encerraba en su cuarto, y a pesar suyo empezaba de nuevo el examen paciente y minucioso del estrago odioso y tranquilo.

No podía dormir cuando se acostaba; encendía una luz y permanecía con los ojos abiertos, considerando que los insomnios y los disgustos apresuraban la obra del tiempo; escuchaba en el silencio de la noche el “tic-tac” de su reloj, que parecía murmurar monótona y regularmente: –¡Más! ¡Más! – y su corazón se dolía de tal modo con aquel sufrimiento que lloraba de desesperación mordiendo la sábana.

Antes tuvo, como todos, noción de los años que pasaban y los cambios que traían, y como todos también se había dicho cada invierno, cada verano o cada primavera: “He cambiado mucho desde el año pasado”. Pero seguía hermosa, con pequeña diferencia, y no se inquietaba.

Al presente, en vez de hacer constar tranquilamente la marcha lenta de las estaciones, acababa de descubrir y comprender la fuga formidable de los momentos, se le había revelado súbitamente aquel deslizamiento de las horas, aquella carrera imperceptible, enloquecedora cuando se piensa en ella, aquel desfile infinito de segundos que derrumbaban el cuerpo y la vida humanos.

Pasadas aquellas míseras noches caía en largas somnolencias más tranquilas, hasta que su doncella descorría las cortinas, y encendía el fuego.

Se mantenía en un sopor, ni dormida ni despierta, con un aletargamiento del pensar que hacía renacer en ella la esperanza instintiva y providencial que alumbra hasta el último momento el corazón del hombre.

Todas las mañanas al levantarse se sentía dominada por un poderoso deseo de rogar a Dios y obtener de Él un poco de sosiego y de consuelo.

Se arrodillaba entonces delante de un gran Cristo de madera, regalo de Oliverio, obrar rara descubierta por él, y con los labios plegados, orando con la voz del alma que se habla a sí misma, elevaba hasta el Divino una dolorosa súplica.

Loca por el deseo de ser oída y atendida, sencilla en su desdicha, no dudaba que se la escuchase y que Él estuviese propicio y se condoliese de su pena.

No le pedía que hiciese por ella lo que no ha hecho por nadie, esto es, conservarla hasta la muerte en encantos, gracia y frescura; pedía sólo un poco de reposo. Ya sabía que debía envejecer como que debía morir; pero ¿por qué tan pronto? ¡Había tantas mujeres que tardaban en ponerse feas! ¿Por qué no avía de concederle que fuese una de ellas? ¡Cuán bueno será El, que tanto había sufrido también, si la dejaba aun por dos o tres años más el resto de seducción que necesitaba para agradar!

No decía ella esto en tal forma, pero lo envolvía confusamente en el gemido de su alma.

Cuando se incorporaba se sentaba ante el tocador, y con igual tensión de espíritu que cuando oraba manejaba polvos y pastas, lápices, cepillos y borlas, y con su ayuda rehacía una hermosura de yeso, diaria y fácil.

VI

En boca de todo el que andaba por el bulevar estaban los dos nombres de Ana Helsson y Montrosé.

Cuanto más cerca de la Opera más se repetían. Los inmensos carteles pegados en las columnas Morris los mostraban también a los ojos de los transeúntes, y hasta el ambiente parecía correr la preocupación del acontecimiento.

El pesado monumento que se llama “Academia Nacional de Música”, se dibujaba sobre el negro cielo, y enseñaba al público agolpado ante él su fachada pomposa y blancuzca y la columnata de mármol rojo de su galería, alumbrada como una decoración por móviles focos eléctricos.

La guardia republicana ordenaba a caballo la circulación en la plaza, e iban llegando de todos los rincones de París innumerables carruajes, dejando ver a través de los vidrios espuma de telas claras y cabezas pálidas.

Los cupés y los landós se unían a la fila en las arcadas reservada, y se detenían un instante para que bajasen las mujeres conocidas y las demasiado conocidas, envueltas en abrigos de teatro guarnecidos de piel, de pluma o de valiosos encajes con que cubrían sus adorables carnes.

Por la célebre escalera subía la multitud en grupo deslumbrador, ascensión interminable de damas vestidas como reinas, con destellos de brillantes en orejas y gargantas, y trajes cuyas colas arrastraban por los peldaños.

La sala se pobló desde muy temprano, porque no se quería perder ni una nota de los dos ilustres artistas; bajo la deslumbradora lluvia de luz eléctrica que caía del techo había un incesante remover de gente que se acomodaba y rumor creciente de voces.

Desde el palco de escena que ocupaban ya la duquesa, Anita, el conde, Bertín y el señor de Musadieu, no se veía más que los bastidores, entre los que iban y venían voceando los maquinistas con blusas, algunos caballeros de etiqueta y actores con sus trajes de espectáculo.

Pero al otro lado del inmenso telón, se percibía el rumor de la multitud, y se adivinaba la presencia de una masa de seres inquietos y excitados, cuya agitación parecía atravesar el telón y repartirse por las decoraciones.

Se iba a cantar “Fausto”.

Musadieu contaba anécdotas de las primeras representaciones de aquella obra en la Opera Cómica, sobre el semifiasco de entonces seguido de un triunfo brillante, sobre los cantantes del estreno y la manera de cantar de cada uno de ellos.

Media vuelta hacia él lo escuchaba Anita con la curiosidad viva y juvenil que a todo prestaba, y de cuando en cuando dirigía a su prometido, que había de ser dentro de poco su esposo, una mirada llena de ternura.

Lo amaba ya como aman los corazones sencillos, y al propio tiempo amaba en él las esperanzas del porvenir, la embriaguez de los primeros goces de la vida y el deseo de ser feliz la estremecía de alegría.

Y Oliverio que todo lo veía y sabía, que había bajado los grados todos del amor secreto, impotente y celoso, hasta el refugio del humano sufrimiento en que el corazón parece chirriar como carne carbonizada, estaba en pie en el fondo del palco mirando a los dos con ojos de condenado.

Sonaron los tres golpes de aviso, y un toque de arco sobre el pupitre del director de orquesta ahogó de golpe movimientos, toses y murmullos; después de corto y profundo silencio, surgieron las primeras notas de la sinfonía, llenando la

sala con el invisible e incontrastable misterio de la música que penetra en los cuerpos, enloquece los nervios y llena el alma de fiebre poética y material, por la mezcla en el aire que se respira una onda sonora que se escucha.

Oliverio se sentó en el fondo del palco dolorosamente conmovido, como si las heridas de su corazón fuesen rozadas por aquellos sonidos.

El telón había subido, y el pintor volvió a levantarse y vio una decoración representando el gabinete de un alquimista, en el que meditaba el doctor Fausto.

Veinte veces había oído aquella ópera que casi sabía de memoria, y su atención se fijó en la sala abandonando la escena.

Solamente descubría un pequeño ángulo detrás del marco del escenario que tapaba el palco, pero en aquel ángulo se enfilaba desde las orquesta al paraíso y dejaba ver una parte del público en la que vio muchas caras conocidas.

Los hombres en traje de etiqueta, alineados junto a la orquesta, parecían un museo de figuras familiares, artistas, elegantes, periodistas, toda la categoría que no deja nunca de ir a donde va todo el mundo.

En las butacas del balcón daba su nombre a cada cual, y apuntaba mentalmente las mujeres vistas. En un proscenio estaba la condesa de Lochrist, verdaderamente hermosa; más lejos, atraía la curiosidad de los gemelos una recién casada, la marquesa de Ebilín.

–Buen estreno –se dijo Bertín.

Todo le mundo oía con gran atención y evidente simpatía al tenor Montrosé que se quejaba de la vida.

–¡Qué sarcasmo! –pensaba Oliverio–. Ahí está Fausto, el misterioso y sublime Fausto, cantando el horrible hastío y la vanidad de todo, y en tanto esa gente se pregunta con inquietud si ha cambiado la voz de Montrosé.

Escuchó como los demás, y entre los vulgares versos del libreto, a través de la música que despierta profundas ideas en el fondo de las almas, tuvo Oliverio la revelación de cómo Goethe creó el corazón de Fausto.

Había leído el poema que creía hermoso, sin que lo conmoviese mucho, y de pronto midió su insondable profundidad, porque llegó a creer que él mismo era al modo de Fausto.

Anita escuchaba un poco inclinada sobre el antepecho.

Del público empezaron a salir rumores de aprobación; la voz de Montrosé era más clara y llena que antes.

Bertín cerró los ojos; hacía un mes que todo lo veía y experimentaba, todo lo que se le ponía al paso se convertía en algo como accesorio de su pasión; el mundo y hasta él mismo, eran pasto de aquella idea fija; cuanto raro, hermoso y encantador imaginaba, lo ofrecía mentalmente a su amiga, y no concebía idea que no se relacionase con su amor.

Oía en el fondo de sí mismo el eco de los lamentos de Fausto, y nacía también en él el deseo de morir, de acabar así con sus dolores y la miseria de su amor sin esperanza; contemplaba el fino perfil de Anita y también el del marqués de Farandal, que sentado detrás de ella la miraba; se sentía viejo, acabado y perdido; no había que esperar nada ni tener el derecho siquiera de esperar; estaba ya arrinconado, retirado, como un empleado que termina por edad su carrera. ¡Horrendo sufrimiento!

Estalló la sal en aplausos; Montrosé triunfaba, y Labarrière (Mefistófesles) salía del suelo.

Oliverio no lo había oído nunca en aquel papel y escuchó nuevamente; el recuerdo de Obin, el bajo altamente dramático, y de Faure, el seductor barítono, lo distrajo un instante.

De pronto lo conmovió hasta el fondo del corazón una frase cantada con irresistible vigor. Decía Fausto a Mefistófeles:

“Quiero el tesoro de los tesoros: ¡la juventud!”

Y apareció el tenor en traje de seda, espada al cinto, birrete de plumas en la cabeza, elegante, joven y hermoso, con la hermosura amanerada del actor.

Fue acogido con un murmullo; estaba bien el tenor y gustó a las mujeres. Por el contrario, Oliverio hizo un gesto de disgusto porque la evocación punzante del poema dramático de Goethe desaparecía en aquella metamorfosis, aquel hombre, vestido de punto, aquel mozo que enseñaba sus pantorrillas y lanzaba notas que le disgustaba; no, no era el verdadero, el irresistible y caballero Fausto seductor de Margarita.

Volvió a sentarse Oliverio y recordó la frase oída:

“Quiero el tesoro de los tesoros: ¡la juventud!”

La murmuró entre dientes, la cantó dolorosamente en fondo de su alma, y con los ojos fijos en la rubia nuca de Anita, que veía en el marco del palco, sentía la amargura de aquel irrealizable deseo.

Montosé acabó el primer acto tan ajustadamente, que hizo estallar el entusiasmo durante mucho rato; el ruido de los “bravos” y aplausos llenó la sala como una tempestad, las mujeres aplaudían desde los palcos, y los hombres aclamaban detrás de ellas.

Cayó el telón y volvió a levantarse dos veces sin que la ovación cesase; cuando el telón bajó por tercera vez separando al público de la escena y los palcos de ésta, la duquesa y Anita siguieron aplaudiendo y fueron contestadas con un discreto saludo del tenor.

–Nos ha visto– dijo Anita.

–¡Admirable artista!– exclamó la duquesa.

Bertín, inclinado hacia adelante, miraba con sentimiento confuso de desdén e irritación al actor aclamado que desapareció entre dos bastidores, contoneándose un poco y con la mano en la cintura, en actitud estudiada de héroe de teatro.

Se habló de él; sus éxitos metían tanto ruido como su talento, y había recorrido todas las capitales con éxtasis de las mujeres, que sabían que era irresistible y sentían latir el corazón al verlo aparecer en escena.

El parecía curarse poco, según decía, de aquel sentimental delirio, y se contentaba con sus triunfos artísticos.

Contaba Musadieu, muy veladamente a causa de la presencia de Anita, la vida de aquel cantante guapo, y la duquesa, entusiasmada, comprendía y aprobaba las locuras a que él tenor hubiese dado motivo, siendo para ella tan seductor, elegante, distinguido y músico excepcional.

–Además– dijo–, ¿cómo resistir a esa voz?

Oliverio se amoscó y se puso agrio; no comprendía, según dijo, que gustase un comiquillo, un eterno representador de tipos humanos que no es humano nunca, una ilusoria personificación de seres imaginados, un maniquí nocturno y pintado que hace toda clase de papeles a tanto por noche.

–Tenéis envidia de él –dijo la duquesa–. Vosotros, los hombres de mundo y los artistas, no queréis a los actores, porque tienen más éxito.

Se volvió a Anita y añadió:

–A ver, nena, tú que entras ahora en el mundo y ves con los ojos claros, ¿qué te parece este tenor?

–Me parece muy bien –contestó Anita con convencimiento.

Sonaron los tres golpes de anuncio del acto segundo, y se levantó el telón dejando ver la decoración de la “Kermesse”.

El aria de la Helsson fue soberbia; también ella parecía tener más voz que antes y mejor manejada, y era verdaderamente la excelente, la grande y delicada cantante cuya fama igualaba en el mundo a las de Bismark y Lesseps.

Fausto se dirigió a ella y le dijo con canto de hechicero la encantadora frase:

“Permite, bella joven, que te ofrezca mi brazo para ayuda del camino.”

La rubia y hermosísima Margarita contestó:

“Ni soy joven ni bella, caballero, ni necesito ayuda de otro brazo.”

La sala toda se estremeció de placer; cuando cayó el telón la aclamación fue formidable, y Anita aplaudió tanto, que Bertín tuvo intención de sujetarle las manos para que acabase; sentía un nuevo tormento en el corazón y no habló durante el entreacto, ocupado en perseguir entre los bastidores y hasta su cuarto, mentalmente y con rencoroso pensamiento, al odioso artista que sobreexcitaba de aquel modo a la joven.

Volvió a levantarse el telón para el acto del jardín.

Pareció que por el teatro se difundía fiebre de amor; jamás aquella música, que parece rumor de besos, había dado con interpretes semejantes; no eran ya dos artistas ilustres, Montrosé y La Heresson, sino dos seres del mundo ideal, menos aún que seres, dos voces: la eterna del hombre que ama, la eterna de la mujer que cede, suspirando junto toda la poesía de la humana ternura.

Cuando Fausto cantó:

“Déjame, déjame ver ese rostro”

dio a las notas acento tal de adoración, de transporte y de súplica, que en todos los corazones vibró por un momento el deseo de amar.

Recordó Oliverio que él también había tarareado aquella frase en el parque de Roncières, al pie de las ventanas del castillo. Había creído hasta entonces que la frase era un tanto vulgar, y al presente se le iba a los labios como un grito apasionado, como una postrera plegaria, última esperanza y definitivo favor que podía aguardar de la vida.

Después ya no oyó ni vio nada, porque tuvo crisis feroz de celos al ver que Anita se llevaba el pañuelo a los ojos.

Lloraba... luego su corazón despertaba, se animaba; sentía agitaciones aquel corazón de niña que nada había sentido todavía.

Allí cerca, sin que se acordase de él, había tenido Anita la revelación de cómo el amor perturba al ser humano, y aquella revelación había sido provocada por un payaso cantante.

No se acordaba ya del marqués de Farandal, el majadero que no veía, oía ni entendía, pero execraba con toda su alma a aquel actor de calzón de punto, que hacía la luz en el alma de la joven.

Sentía deseos de arrojarse sobre Anita como sobre una persona a quien va a atropellar un caballo, tomarla por el brazo, y arrastrarla consigo, diciéndole:

“¡Vamónos, os lo suplico!”

¡Cómo escuchaba ella palpitante, y cómo sufría él! Había ya sufrido de aquel modo, pero no tan cruelmente, y lo recordó porque los celos dolorosos se renuevan como heridas que se abren.

Primero en Roncières, al volver del cementerio, cuando por vez primera comprendía que Anita se le iba, que no sería suya jamás aquella muchacha, independiente como un animal selvático. Pero en Roncières al menos, cuando Anita escapaba de él para tomar flores, sólo sentía él el deseo brutal de sujetar su cuerpo, y ahora era el alma la que huía.

La irritación socavadora que sentía lo había ya encendido a consecuencia de numerosos pellizcos inconfesables, que hacen incesantes cardenales en los corazones enamorados; recordó las penosas impresiones de celos que sobre él habían caído día a día, porque cada vez que ella había admirado o deseado algo se había puesto celoso de todo, de modo imperceptible y continuó: celoso de lo que absorbía el tiempo y la mirada, la atención y la alegría, el asombro y el afecto de Anita, porque todo esto le robaba algo de ella; había sentido celos de todo lo que hacía sin él; de lo que él ignoraba de sus salidas, de sus lecturas, de lo que le agradaba, de un oficial heroico herido en África y del que París se ocupó ocho días, del autor de una novela muy alabada, de un poeta joven desconocido, a quien Anita no había visto, pero de quien Musadieu recitabas versos, de todos los hombres, finalmente, que alabasen delante de ella, aunque fuese superficialmente, porque cuando se ama a una mujer no se puede ver sin angustia que piense en alguien con apariencias de interés. El corazón tiene imperiosa necesidad de estar solo antes los ojos del ser amado, y que no vea, conozca ni aprecie otra cosa. Y cuando la mirada se vuelve para ver a otro, el corazón se pone delante para estorbarlo, y si no se consigue, llega el sufrimiento hasta el fondo del alma.

Oliverio sufría de este modo con aquel cantante que parecía difundir y cosechar a un tiempo el amor en aquel teatro de ópera y culpaba de ello el pintor a todos, a las mujeres que veía entusiasmadas en sus palcos y a los hombres, a aquellos majaderos que hacían la apoteosis de un fatuo.

¡Y lo llamaban artista, grande artista, y tenía éxitos el cómico intérprete del pensamiento de un extraño, de un pensamiento como nunca había tenido creador alguno!

¡Ah! Aquella era la justicia y la inteligencia de la gente de la buena sociedad, de aquellos aficionados ignorantes y pretenciosos para quienes trabajaban hasta morir, los maestros del humano arte.

Oliverio los veía aplaudir, gritar y entusiasmarse, y la antigua hostilidad que había fermentado siempre en el fondo de su corazón orgulloso y altivo de advenedizo, se levantaba y se convertía en rabia furiosa contra aquellos imbéciles que todo lo podían con el único derecho del nacimiento y el dinero.

Hasta el fin de la representación permaneció silencioso, devorado por sus pensamientos, y cuando se calmó el huracán del entusiasmo, ofreció su brazo a la duquesa, mientras Anita tomaba el del marqués.

Bajaron la gran escalera entre el oleaje de hombres y mujeres, especie de cascada lenta y magnífica de hombros desnudos, vestidos suntuosos y trajes de etiqueta.

La duquesa, la joven, su padre, y el marqués subieron en un “landó” y Oliverio se quedó solo con Musadieu en la plaza de la Opera.

De repente sintió una especie de afecto por Musadieu, algo de la natural atracción hacia un compatriota hallado en país lejano, porque se sentía perdido entre aquella multitud extraña e indiferente, mientras que con Musadieu aun podía hablar de ella.

–No volváis a casa tan pronto – le dijo tomándolo del brazo–. Hace buen tiempo y podemos dar una vuelta.

–Con mucho gusto.

Se fueron hacia la Magdalena entre la muchedumbre noctámbula y la agitación corta y violenta de la medianoche que circula por los bulevares a la salida de los teatros.

Musadieu tenía mil cosas en la cabeza, todos los asuntos de conversación del momento que Bertín llama su “plato del día”, y le abrió la espina de los dos o tres motivos que le interesaban más.

El pintor lo dejaba hablar sin escucharlo, reteniéndolos por el brazo, seguro de obligarle a hablar de Anita, y andaba sin ver nada, encerrado dentro de su amor, agotado por la crisis celosa que lo había maltratado como una caída, anonadado, por la certidumbre de que nada le quedaba ya por hacer en el mundo.

Sólo debía esperar y seguir sufriendo cada vez más; pasarían los días, uno después de otro, en completo vacío, viéndolos vivir de lejos, viéndola feliz, amada y tal vez amando.

¡Ah, un amante! Tal vez tendría uno como lo había tenido su madre.

Descubría a cada paso en sí mismo manantiales de dolor tan numerosos, diversos y complicados, tal afluencia de angustias y heridas inevitables; se sentía en tal forma perdido y tomado por una agonía inimaginable, que creía que nadie había sufrido como él, y recordó la puerilidad de los poetas que han inventado la inútil labor de Sísifo, la sed material de Tántalo y el devorado corazón de Prometeo.

¡Oh! si los poetas hubiesen sentido o conocido el amor sin esperanza de un hombre, ya gastado, por una joven ¡cómo hubiesen expresado el horrible y secreto esfuerzo de un ser que no puede ser amado, los tormentos de un deseo estéril y la picadura, más terrible que la de un buitre, de una cabecita rubia en un corazón viejo.

Musadieu seguía hablando y Bertín lo interrumpió casi a pesar suyo bajo el impero de la idea fija:

–Anita estaba esta noche encantadora.

–Sí, deliciosa...

–Es más bonita que lo fue su madre –añadió Bertín para impedir que Musadieu volviese a tomar el hilo de sus ideas.

El otro aprobó distraídamente y repitiendo los “síes” sin que su espíritu se fijase todavía en aquella nueva idea.

Oliverio trabajaba por mantenerlo en ella, y maniobrando para que se la asimilase por una de las preocupaciones favoritas de Musadieu, repuso:

–Cuando se case tendrá uno de los primeros salones de París.

Aquello bastó, y hombre de mundo convencido como era el inspector de Bellas Artes, se puso a apreciar debidamente la situación que en la sociedad francesa ocuparía la marquesa de Farandal.

Bertín lo escuchaba y veía ya a Anita en un gran salón lleno de luz y rodeada de hombres y mujeres. Y aquella visión le hizo sentir celos también.

Subían por el bulevar Malesherbes. Al pasar ante la casa de los Guilleroy levantó el pintor la vista; parecía que había luz en las ventanas, en el hueco de los cortinajes, y tuvo la sospecha de que tal vez la duquesa y su sobrino habrían sido invitados a tomar una taza de té. La rabia que sintió le hizo sufrir cruelmente.

Seguía llevando del brazo a Musadieu, y excitaba con una contradicción sus opiniones sobre la futura marquesa; aquella voz vulgar que hablaba de ella evocaba su imagen en la sombra.

Llegaron a la avenida Villers, delante de la casa del pintor.

–¿Entráis? –preguntó Bertín.

–No, gracias; es tarde y voy a acostarme.

–Vaya, subid media hora y charlaremos un poco.

–No, no; es muy tarde.

La idea de quedarse solo después de las sacudidas que acababa de soportar llenó de horror el alma de Oliverio; tenía a alguien y quería retenerlo.

–Vamos, subid; quiero que escojáis un estudio que deseaba ofrecer os hace tiempo.

Musadieu, que sabía que los pintores no están siempre en vena de regalar y que el recuerdo de las promesas vive poco, tomó la ocasión por los cabellos. En su calidad de inspector de Bellas Artes, poseía una galería coleccionada con destreza.

Subieron; el criado despertó y les sirvió grogs. La conversación giró sobre pintura un rato, y Bertín enseñó sus estudios rogando a Musadieu escogiese el que más le gustase.

Musadieu dudó porque la luz de gas engañaba en los tonos; al fin escogió un grupo de jóvenes saltando a la comba en una acera, y se quiso ir casi en seguida llevándose su regalo.

–Yo os lo mandaré a casa –dijo el pintor.

–No; prefiero llevármelo esta noche para admirarlo antes de acostarme.

No hubo medio de detenerlo, y Oliverio se encontró solo una vez más en su apartamento, aquella cárcel de sus recuerdos y su dolorosa agitación.

Cuando al siguiente día por la mañana entró el criado a llevar el té y los periódicos, halló a su amo sentado en la cama, y tan pálido que le dio miedo.

–El señor no está bien –dijo.

–No es nada; un poco de jaqueca.

–¿Quiere el señor que vaya a buscar algo?

–No. ¿Qué tal día hace?

–Llueve.

–Bueno; idos.

El criado dejó sobre la mesa el servicio de té y los periódicos y se fue.

Oliverio tomó el “Figaro” y lo abrió. El artículo de fondo tenía por título “La pintura moderna”. Era un elogio ditirámico de cuatro o cinco pintores jóvenes que tenían verdaderas dotes de coloristas, y exagerándolas para buscar el efecto pretendían ser revolucionarios en el campo del genio.

Como todos los maestros, Bertín se irritaba contra los nuevos, le indignaba verse relegado y discutía sus doctrinas.

Leyó, pues, el artículo con el punto de cólera que fácilmente siente un corazón dolorido; siguió leyendo y vio su nombre, y estas palabras... “el arte pasado de moda de Oliverio Bertín” al final de una frase, le hicieron el efecto de un puñetazo en el pecho.

Siempre había sido sensible a la crítica y a los elogios, pero en el fondo de su conciencia y a pesar de su legítima vanidad sufría más por ser criticado que gozaba por verse alabado, consecuencia de la desconfianza de sí mismo alimentada por sus constantes vacilaciones.

En los tiempos de sus triunfos, no obstante, los golpes de incensario habían sido tan numerosos que le hicieron olvidar los alfilerazos.

Ya, y ante el empuje incesante de los artistas y admiradores nuevos, las felicitaciones iban siendo más raras y los ataques más francos. Se creía clasificado en el batallón de los viejos pintores de talento a quienes los jóvenes no llaman maestros, y como era tan inteligente como perspicaz se molestaba con las insinuaciones tanto como con los ataques directos.

Pero nunca herida hecha a su orgullo de artista le había hecho sangrar de aquel modo.

Se quedó suspenso y volvió a leer el artículo para apreciar los menores matices; el articulista lo arrojaba con otros compañeros al cesto con mortificante desenfado, y al acabar se levantó murmurando las palabras aquellas: “el arte pasado de moda de Oliverio Bertín...”

No había sentido jamás tanta tristeza, tanto decaimiento, semejante sensación del fin de todo en su ser físico y en el pensante, ni tan grande y desesperada catástrofe en el alma.

Estuvo hasta las dos en la butaca, delante de la chimenea, con los pies estirados hacia el fuego, sin fuerza para moverse ni hacer nada. Sintió después necesidad de consuelo, de estrechar manos fieles, de ser tenido en lástima, de ver ojos leales y de confortarse con palabras amistosas impregnadas de cariño.

Y fue, como siempre, a casa de la condesa.

Cuando entró estaba Anita sola en el salón, volviendo la espalda y escribiendo de pie las señas en un sobre; a su lado sobre la mesa estaba desplegado el “Figaro”.

Bertín vio a un mismo tiempo a la joven y el periódico y se quedó confuso, sin atreverse a adelantar. ¡Si lo habría leído!

Anita se volvió; estaba preocupada, con prisa y lleno el espíritu de cuidados mujeriles.

–Buenos días, señor pintor –dijo– Perdonaréis si os dejo, pero tengo arriba a la costurera esperándome, y ya veis, la costurera en día de boda es importante; os prestaré a mamá que sabe discutir y razonar con vos, y si yo la necesitase os la mandaré pedir un momento.

Se fue un tanto de prisa para hacer ver que la tenía.

Aquella salida brusca sin una palabra de afecto ni una mirada de cariño hacia él, que tanto la quería, lo dejó anonadado. De nuevo se fijó en el “Figaro”.

–Lo ha leído –pensó–; ha visto que se me discute y empequeñece y no cree ya en mí. No soy nada para ella.

Dios dos pasos hacia el periódico, como si hubiese sido un hombre a quien hubiera podido abofetear, y luego se dijo:

–Tal vez no lo ha leído... Está hoy tan preocupada... Pero se hablará de ello en su presencia esta tarde en la comida y entrará en ganas de leerlo.

Con movimiento espontáneo y casi irreflexivo tomó el periódico, lo plegó, lo dobló y lo deslizó en el bolsillo con habilidad.

Entró la condesa, y al ver el rostro lívido y alterado de Oliverio adivinó que tocaba en el límite del sufrimiento.

Sintió hacia él un impulso que salía de su pobre alma tan herida también y de su cuerpo no menos trabajado, le puso las manos en los hombros y mirándolo hasta el fondo de los ojos le dijo:

–¡Oh, cuántos sufrís!

No lo negó ya Oliverio, y con sollozos en la garganta, murmuró:

–Sí... sí...

Comprendió la condesa que Oliverio iba a llorar y lo llevó al rincón más oscuro del salón, donde había dos butacas ocultas por un pequeño biombo de seda antigua.

Se sentaron detrás de aquella pequeña muralla bordada que los envolvía en la sombra gris de un día lluvioso.

–¡Cuántos sufrís, mi pobre Oliverio! –repitió compasiva Any, cada vez más conmovida con el dolor de él.

–Más de lo que creéis –contestó Oliverio apoyando la cabeza en el hombro de la condesa.

–Lo sabía –repuso ella con gran tristeza; lo sabía, porque vi nacer y crecer eso...

–No fue culpa mía –dijo Oliverio creyendo que ella lo acusaba.

–Lo sé... no os reconvengo...

Volviéndose un poco, muy suavemente, la condesa puso sus labios sobre uno de los ojos de Oliverio en el que halló una amarga lágrima. Se estremeció como si acabase de beber una gota de desesperación, y repitió:

–Pobre amigo... pobre amigo mío...

Calló un momento y añadió:

–La culpa es de nuestros corazones que no han envejecido. ¡Yo siento el mío tan vivo!

Quiso hablar Oliverio y no pudo; los sollozos se lo impidieron. Any, que escuchaba con el pecho anhelante, y llena de angustia del egoísta amor que la socavaba tanto tiempo hacía, dijo con acento desgarrador que revelaba su horrible infortunio:

–¡Cuánto la amáis, Dios mío!

–¡Oh, sí, la amo! –contestó al fin.

Any meditó un momento.

–¿Me habéis amado a mí así? –preguntó.

No lo afirmó Oliverio, porque estaba en una de esas horas en que se dice la verdad.

–No; yo era muy joven entonces... –murmuró.

–¡Cómo! ¿Muy joven? –preguntó sorprendida Any.

–Porque era muy dulce la vida; sólo a nuestra edad se ama con desesperación.

–Lo que sentís a su lado ¿es lo que sentíais junto a mí? –preguntó la condesa.

–Sí... y no, y sin embargo, es casi lo mismo; os he amado cuanto se puede amar a una mujer, y la amo como a vos, porque ella sois vos. Pero este amor se ha convertido en algo irresistible y destructor, algo más fuerte que la muerte. Pertenezco a ella como pertenece al fuego la casa que arde.

La condesa sintió que la compasión se borraba al soplo de los celos.

–¡Pobre amigo mío! –dijo con tono que procuró fuese consolador–. Dentro de unos días estará casada y se marchará; no viéndola os curaréis sin duda alguna.

–Estoy perdido –murmuró Oliverio meneando la cabeza.

–¡No! Estaréis tres meses sin verla, y eso bastará, puesto que os ha bastado ese tiempo para amarla más que a mí, a quien conocéis hace doce años.

–¡No me abandonéis, Any! –dijo entonces Oliverio en su desolación.

–¿Y qué puedo hacer yo?

–No me dejéis solo.

–Iré a veros cuantas veces queráis.

–No; tenedme aquí el mayor tiempo posible.

–Estaríais cerca de ella.

–Y de vos.

–No tenéis necesidad de verla antes de la boda.

–¡Oh, Any!

–O verla muy pronto.

–¿Puedo quedarme esta noche?

–No en el estado en que estáis. Debéis distraeros, ir al Círculo, al teatro, a cualquier parte; todo menos estar aquí.

–Os lo ruego...

–No, Oliverio, imposible. Además, tengo a comer personas cuya presencia os enojaría más.

–¿La duquesa... y él?

–Sí.

–Pasé ayer la noche con ellos.

–Os hacéis ilusiones acerca de vuestro estado.

–Os prometo estar sereno.

–No; imposible.

–Entonces, me voy.

–¿Quién os apremia?

–Necesito andar.

–Eso; andad mucho, hasta la noche; rendíos de fatiga, y acostaos luego.

–Adiós, Any.

Oliverio se levantó.

–Adiós, querido amigo. Iré a veros mañana... ¿Queréis que haga, como antes, una gran imprudencia fingiendo que almuerzo aquí a las doce, y haciéndolo realmente con vos a la una y cuarto?

–Sí, sí. ¡Qué buena sois!

–Porque os amo.

–Y yo también os amo.

–¡Oh! No habléis de eso.

–Adiós, Any.

–Adiós. Hasta mañana.

Oliverio la besó en ambas manos, luego las sienes, y por último la comisura de los labios. Tenía ya el pintor los ojos secos y el aire resuelto.

En el momento de salir la tomó, la rodeó completamente con los brazos, y posando los labios en su frente pareció aspirar de ella todo el amor que le profesaba.

Y se fue sin volver la cabeza.

Cuando se vio sola Any, se dejó caer sollozando sobre una silla, y así hubiese permanecido hasta la noche si Anita no hubiese ido a buscarla.

–Tengo que escribir dos letras –dijo a su hija enjugándose los ojos–. Sube y yo te seguiré dentro de un momento.

Hasta que llegó la noche tuvo que ocuparse en el magno negocio del ajuar de la novia.

La duquesa y su sobrino comían en casa de los Guilleroy, comida de familia, y se había convenido en que irían luego a pasar un rato al “Concierto moderno”, en el que se tocaría música de Wagner.

Acababan de ponerse a la mesa y estaban hablando de la representación de la víspera, cuando entró el ayuda de cámara llevando tres enormes ramos.

–¡Dios mío! ¿De quién es esto? –preguntó asombrada la señora de Mortemain.

–¡Oh, qué hermosos! –exclamó Anita– ¿Quién los enviará?

–Oliverio Bertín, sin duda –replicó su madre.

La condesa pensaba en él desde que se fue le había parecido un sombrío y trágico, había visto tan claro su dolor sin medida del que sentía la repercusión, y lo amaba tanto y tan por entero, que tenía el corazón lleno de lúgubres presentimientos.

En los tres ramos aparecieron sendas tarjetas del pintor, sobre las que había escrito con lápiz los nombres de la condesa, de la duquesa y de Anita.

–Pero, ¿está enfermo vuestro amigo Bertín? –preguntó la duquesa.

–Sí, me pone en cuidado aunque no se queja –replicó la condesa.

–¡Ay, es que envejece como nosotros! –dijo el conde–. Y hasta diré que envejece muy aprisa; yo creo que los solteros caen de una vez, y sus caídas son más bruscas que las de los demás. Oliverio ha cambiado, en efecto, mucho.

–¡Oh, sí! –suspiró Any.

Farandal cuchicheaba con Anita, y dijo de pronto:

–El “Figaro” de hoy publica un artículo muy desagradable para él.

Cualquier ataque, crítica o alusión desfavorable para el talento de su amigo, ponían fuera de sí a la condesa.

–Los hombres de su valía, no tienen por qué ocuparse de semejantes groserías –dijo Any.

–¡Qué! –exclamó sorprendido Guilleroy – ¿Un artículo desagradable para Oliverio? No lo he leído. ¿En qué plana?

–En la primera – dijo el marqués – en el fondo, con el título “La pintura moderna”.

–Bueno –replicó tranquilamente el conde –. No lo he leído porque se trataba de pintura.

Todos sonrieron porque sabían que fuera de la política y la agricultura, nada le interesaba.

La conversación rodó sobre otros asuntos, hasta que pasaron al salón para tomar el café.

La condesa apenas oía ni contestaba, obsesa por el cuidado de lo que Oliverio podía hacer. ¿Dónde estaría? ¿Dónde habría comido? ¿Por qué lugares arrastraría su incurable corazón?

Sentía la condesa remordimientos por haberlo dejado partir, y lo veía rodar de calle en calle, triste, vagabundo, solitario, huyendo de sus pensamientos.

Hasta que se fueron la duquesa y su sobrino no despegó los labios, hostigada por temores vagos y supersticiosos, y después de acostó pensando en él, sin dormir y con los ojos abiertos.

Después de un larguísimo rato creyó oír el sonido del timbre de la puerta. Se estremeció y se sentó para escuchar.

El timbre interrumpió por segunda vez el silencio de la noche.

Saltó del lecho y con toda su fuerza se apoyó en el botón eléctrico que le servía para llamar a su doncella, yendo luego con una bujía en la mano hasta el recibimiento.

–¿Quién es? –preguntó.

–Una carta – contestó una voz desconocida.

–¿De quién?

–De un médico.

–¿Cuál?

–No sé; se trata de una desgracia.

La condesa no vaciló, abrió y se encontró frente a un cochero de alquiler que llevaba una carta que entregó:

La condesa la tomó y leyó el sobre: “Urgentísimo. – Señor conde de Guilleroy”.

La letra era desconocida.

Entrad, sentaos y esperadme.

Al llegar a la alcoba de su marido sentía latir tan violentamente su corazón, que no pudo llamar y dio con el candelero en la puerta.

El conde dormía y no oyó.

Impaciente, la condesa dio golpes con el pie, y sonó al fin la voz soñolienta del conde:

– ¿Quién va? ¿Qué hora es?

–Soy yo –contestó la condesa–. Vengo a traeros una carta urgente que ha traído un cochero; ocurre una desgracia.

–Esperad, voy a levantarme –replicó el conde desde la cama.

Pasó un minuto, y el conde se presentó en paños menores; también llegaron los criados, despertados por los timbres y con caras de estupor y asombro al ver sentado en el comedor a un extraño.

–¿Qué será esto? No adivino... –murmuró el conde, volviendo la carta entre las manos.

–Pero, ¡leed! –exclamó febril la condesa.

El conde rompió el sobre, desplegó la carta, lanzó una exclamación de estupor y miró aterrado a su mujer.

–¡Dios mío! ¿Qué pasa? –preguntó la condesa.

–No... no... ved vos misma.

La condesa arrancó la carta de manos de su marido y leyó lo siguiente:

“Caballero: acaba de ocurrir una gran desgracia. Nuestro amigo, el eminente artista Oliverio Bertín, ha sido derribado por un ómnibus, una de cuyas ruedas ha pasado sobre su cuerpo.

“No puedo pronosticar aún las consecuencias probables de este accidente, que puede no ser grave y puede tener un desenlace fatal e inmediato.

“El señor Bertín ruega encarecidamente a la señora condesa y al señor conde de Guilleroy que vengán a verlo inmediatamente, y yo espero que tendréis la bondad de acceder al deseo de vuestro común amigo, que puede dejar de vivir antes de llegar el día. – Dr. de Rivil.”

La condesa miró a su marido con los ojos muy abiertos y espantados, y sintió luego, como si fuese una sacudida eléctrica, el valor que en ocasiones hace de la mujer el más valiente de los seres.

–¡Pronto, a vestirme! –dijo dirigiéndose a su doncella.

–¿Qué quiere ponerse la señora? –preguntó la doncella.

–Lo que queráis, no importa... Estad dispuesto dentro de cinco minutos, Santiago.

Al volver desolada a su cuarto vio al cochero que seguía esperando.

–¿Tenéis ahí vuestro coche? –preguntó.

–Sí, señora.

–Bien; iremos en él.

Y siguió hacia su cuarto.

Como una loca y con movimiento desordenado se echó encima y abrochó su vestido, se colocó el peinado de cualquier modo delante del espejo, y por aquella vez miró su rostro lívido y sus ojos espantados sin fijarse en ello.

Se echó el abrigo sobre los hombros y se precipitó al cuarto de su marido, que aún no estaba dispuesto.

–Vamos– dijo tirando de él–, ¿no pensáis en que puede morirse?

El conde la siguió azorado y vacilante, tanteando la oscura escalera con los pies y tratando de distinguir los escalones para no caerse.

El trayecto fue corto y se hizo en silencio.

La condesa temblaba de tal modo que castañeteaba los dientes y casi no veía lucir las luces del gas por el cristal del coche, rayado por la lluvia; brillaban las aceras y el bulevar estaba desierto y la noche lúgubre.

VII

Al llegar al apartamento del pintor vieron abierta la puerta y la portería alumbrada y vacía.

El doctor de Rivil, un hombre bajito, canoso, grueso y muy cuidado y cortés, salió a su encuentro en lo alto de la escalera.

Hizo un reverente saludo a la condesa y estrechó la mano del conde.

–¿Qué tal, doctor? –preguntó la condesa anhelosa, como si la subida de la escalera hubiese agotado su respiración.

–Creo que lo sucedido es menos grave de lo que creí en un principio.

–¿No morirá?

–No, no lo creo, al menos.

–¿Respondéis de ello?

–No; sólo digo que creo hallarme en presencia de una simple contusión abdominal, sin lesiones internas.

–¿A qué llamáis lesiones?

–A las rasaduras.

–¿Cómo sabéis que no las hay?

–Lo supongo.

–¿Y si las hubiera?

–Entonces esto sería grave.

–¿Podría morir?

–Sí.

–¿Pronto?

– En seguida, en algunos minutos, en algunos segundos. Pero tranquilizaos, señora; tengo el convencimiento de que curará dentro de quince días.

La condesa había escuchado con profunda atención para comprender bien.

–¿Dónde puede tener esa rasadura?

–En el hígado, tal vez.

–¿Y eso sería muy grave?

–Sí, pero me sorprendería mucho que sobreviniese ahora una complicación. Vamos a verlo; eso lo animará, porque espera con impaciencia.

Lo primero que vio la condesa al entrar en la alcoba fue una cabeza lívida sobre una blanca almohada. Unas bujías y la llama de la chimenea alumbraban el perfil y acusaban las sombras.

En aquel rostro lívido vio la condesa dos ojos que la miraban acercarse.

Todo su valor, toda su enérgica resolución se desplomaron ante aquella cabeza que parecía la de un moribundo. Oliverio, aquel hombre a quien había visto bueno hacía poco, era un espectro.

–¡Dios mío! –murmuró acercándose palpitante de horror.

Trató de sonreír para tranquilizarlo, y la mueca que hizo en la tentativa resultó espantable.

Al llegar al lecho puso ambas manos en la que tenía Oliverio sobre la cama.

–¡Pobre amigo mío!– murmuró.

–Esto no es nada –dijo Oliverio en voz baja y sin mover la cabeza.

La condesa lo contemplaba aterrada por aquel cambio; estaba tan pálido que parecía no tener gota de sangre bajo la piel. Sus mejillas hundidas parecían remetidas en la boca y también los ojos, como si de ellos tirasen desde el fondo.

Oliverio vio el terror de su amiga.

–Estoy en buen estado, ¿verdad? –dijo.

–¿Cómo ha sucedido? –preguntó la condesa mirándolo con fijeza.

Hacía grandes esfuerzos para hablar, y se traducían en su rostro las sacudidas nerviosas que experimentaba.

–No sé... iba sin mirar, pensando en otra cosa... sí, en otra cosa, y me derribó un ómnibus pasándome por encima.

–¿Os hizo sangre? –preguntó Any aterrada y como si estuviera viendo el accidente.

–No, sólo siento como un aplastamiento.

–¿Y dónde ocurrió?

–No sé... muy lejos –contestó muy bajo Oliverio.

El médico acercó un sillón, en el que se desplomó la condesa.

–¡Qué desgracia, amigo mío, qué desgracia! –murmuraba el conde a los pies del lecho.

Y verdaderamente estaba apenado porque estimaba mucho a Oliverio.

–Pero, ¿dónde sucedió esto? –volvió a preguntar Any.

–Tampoco yo lo sé exactamente –dijo el médico, o mejor dicho, no lo comprendo bien; ha sido en los Gobelinos, casi fuera de París. Al menos el cochero de alquiler que lo ha traído me ha dicho que lo recogió en una farmacia de aquel barrio, a donde lo llevaron a las nueve de la noche.

El médico se inclinó sobre Oliverio y le preguntó:

–¿Es verdad que la desgracia ocurrió cerca de los Gobelinos?

–No sé –contestó Oliverio cerrando los ojos como para recordar.

–Pero, ¿a dónde ibais?

–No me acuerdo... iba sin saber a dónde.

La condesa no pudo reprimir un gemido; sintió un ahogo que la privó de respiración un momento, y sacando el pañuelo se lo llevó a los ojos y rompió a llorar copiosamente.

Había adivinado todo, y algo intolerable y mortificante sintió en el corazón. Este algo era el remordimiento por no haber retenido a Oliverio en su casa, por haberlo echado a la calle para que ya en ella y ebrio de dolor cayese bajo el ómnibus.

–No lloréis; me desgarráis el corazón –dijo Oliverio con la voz sin timbre que tenía en aquel momento.

Por un formidable esfuerzo de voluntad dejó de llorar la condesa, descubrió sus ojos y los fijó en Oliverio, sin mover un solo músculo del rostro, sobre el que seguían cayendo lentamente las lágrimas.

Se miraron inmóviles los dos con las manos tomadas bajo el cobertor del lecho, sin acordarse de que había gente.

La mirada que se cruzaron llevó de uno a otro corazón expresión más que humana. Fue entre ambos como la evocación rápida, muda, terrible, de todos sus recuerdos, de todo su amor derrumbado, de cuanto juntos habían sentido y confundido en su vida arrastrados por el torrente que les había hecho el uno del otro.

Al mirarse subió a sus labios irresistible deseo de hablarse, de decirse mil cosas íntimas y tristes. La condesa vio que a toda costa debía alejar a los dos hombres que allí estaban, sintió la necesidad de dar con un medio, una treta, como suya, como de la mujer fecunda en recursos.

Pensó en ello mirando fijamente a Oliverio mientras su marido y el doctor cuchicheaban sobre los cuidados que habían de prodigarse al enfermo.

–¿Habéis traído enfermera? –preguntó la condesa volviéndose al médico.

–No; prefiero mandar a un interno del hospital que podrá cuidarlo mejor.

–Traed una y otro porque no está de más. ¿Los traeréis esta noche? Supongo que no estaréis aquí hasta el día.

–Sí, voy a marcharme porque estoy aquí desde las cuatro.

–¿Pero mandaréis la enfermera y el interno?

–Es difícil a estas horas, pero probaré.

–Pues urgen.

–Prometerán, pero no sé si vendrán.

–Mi esposo os acompañará y los traerá de grado o por fuerza.

–Pero vos no podéis quedar sola aquí, señora.

–¡Yo!– exclamó la condesa en un tono en que había protesta contra toda resistencia a su voluntad y exponiendo con la autoridad de palabra que no admite réplica las necesidades de la situación. Era indispensable que antes de una hora estuviese allí el interno y la enfermera a fin de precaver cualquier accidente, y para esto era preciso que alguno los levantase e la cama y los llevase.

Solamente su marido podía hacerlo, y entretanto ella, por deber, y con derecho, se quedaría cerca del enfermo, con lo que llenaba su papel de amiga y de mujer.

Su razonamiento era sensato. Hubo que convenir en ello y se decidió seguir sus instrucciones.

La condesa se había levantado pensando sólo en la marcha de los dos hombres y con prisa de verlos alejarse y quedarse sola. Para no cometer una torpeza en su ausencia escuchó atentamente las instrucciones del médico esforzándose por retenerlas bien. El criado de Oliverio escuchaba también y su mujer, la cocinera, que había ayudado en la primera cura, indicaba también con movimientos de cabeza que comprendía igualmente.

Cuando la condesa repitió las instrucciones como quien repite una lección, dio prisa a los dos hombres para que se fueran.

–Sobre todo, volved pronto –dijo a su marido.

–Os llevo en mi cupé –dijo el doctor al conde–. En él volveréis más pronto y podréis regresar dentro de una hora.

Antes de salir examinó el médico largamente al herido para asegurarse de que su estado seguía siendo satisfactorio.

Guilleroy dudaba todavía.

–¿No creéis que es imprudente lo que vamos a hacer? –preguntó.

–No, no hay cuidado. Sólo hace falta calma y reposo. La señora condesa no lo dejará hablar y le hablará lo menos posible.

La condesa se espantó.

–¡Cómo! ¿No se le puede hablar?

–¡Oh, no señora! Tomad una butaca y sentaos cerca de él; de este modo no se encontrará solo y se encontrará a su gusto, pero nada de cansarlo ni hablando ni pensando. Yo volveré a las nueve de la mañana... Aceptad mis respetos, señora.

Y salió saludando y seguido del conde que iba repitiendo:

–No os atosiguéis, querida; dentro de una hora volveré y podréis ir a casa.

Cuando se fueron, la condesa escuchó el ruido de la puerta del apartamento cerrarse, y del cupé que se alejaba.

El criado y la cocinera permanecieron en la habitación esperando ordenes.

La condesa los despidió.

–Retiraos –dijo–, si necesito algo os llamaré.

Los criados se fueron y la condesa se quedó sola con Oliverio.

Se acercó al lecho, puso ambos codos en la almohada tomando entre ellos aquella querida cabeza para contemplarla.

–¿Sois vos quien se arrojó bajo el carruaje? –preguntó la condesa en voz tan baja que casi no rozó con el aliento el rostro de Oliverio.

–No –contestó el pintor, esforzándose por sonreír–. El coche fue el que se arrojó sobre mí.

–No es verdad, fuisteis vos.

–No; os aseguro que fue él.

Después de uno de esos instantes de silencio en que se abrazan las almas con una mirada, murmuró la condesa:

–¡Oh, mi querido Oliverio! ¡Y pensar que os dejé salir!

–Esto –contestó Oliverio con convicción –me hubiera sucedido lo mismo un día u otro.

Volvieron a mirarse tratando de leerse los más escondidos pensamientos.

–No creo salir de ésta –dijo Oliverio–; sufro mucho.

–¿Sufrés mucho? –balbuceó Any.

–Sí, mucho.

La condesa se inclinó un poco más y puso sus labios en los ojos y las mejillas de Oliverio, besándolos suavemente con el roce de la boca al modo que besan los niños. Estuvo así larguísimo rato, dejando caer sobre él la lluvia de menudas y dulcísimas caricias que debían ser para Oliverio como paz y frescura, porque su rostro se contraía menos que antes.

–Any... –murmuró.

–¿Qué, amigo mío?

–Quiero que me prometáis una cosa.

–Prometeré lo que queráis.

–Si no muero antes de amanecer, juradme que traeréis a Anita una vez... nada más que una vez... no quisiera morir sin verla... Pensad en que... mañana... a esta hora... tal vez, tal vez haya cerrado los ojos para siempre... y no os veré ya más... no, ni a vos ni a ella...

–¡Callaos!... –replicó Any con el corazón partido–. ¡Callaos! Yo os prometo traerla.

–¿Lo juráis?

–Lo juro, amigo mío... pero callaos, no habléis más. Me hacéis un daño horrible... callaos.

Sufrió Oliverio una rápida conmoción, y cuando huso pasado, dijo:

–Si nos quedan pocos momentos para pasar juntos no los perdamos, aprovechémoslos para decirnos adiós... Os he amado mucho...

–Y yo –suspiró Any– ¡Os he amado siempre!

–Sólo en vos encontré alegría –añadió aún Oliverio–. Sólo los últimos tiempos han sido duros... pero no por culpa vuestra... ¡Ah, mi pobre Any, cuán triste cosa es la dicha y cuán difícil es morir!

–¡Callaos, Oliverio, os lo suplico!

–¡Hubiese sido yo tan feliz si no hubieseis tenido a vuestra hija! –añadió él sin escucharla.

–¡Por Dios, callaos!

–El que ha inventado esta existencia y creado los hombres –prosiguió Oliverio– ha sido muy ciego o muy malvado.

–Os lo suplico, Oliverio; por lo que hayáis amado, callaos, no habléis así.

Oliverio la veía inclinada sobre él, tan lívida a su vez, que parecía moribunda, y se calló.

Any se sentó en la butaca arrimada al lecho, y tomó la mano que Oliverio tenía sobre aquella.

–Ahora os prohíbo hablar –dijo–. No os mováis y pensad en mí como yo pienso en vos.

Volvieron a mirarse inmóviles, unidos por el ardiente contacto de su carne. Any apretaba con pequeñas sacudidas la mano febril que estrechaba, y él contestaba apretando un poco los dedos.

Cada una de aquellas presiones les decía algo, evocaba una partícula de su hundido pasado o removía en sus memorias recuerdos punzantes de su amor.

Eran preguntas hondas y respuestas misteriosas, tristes todas y análogas al “¿recuerdas?” de un amor pasado ya.

En aquella entrevista agónica que podía ser la última, sus espíritus retrocedían los años, y hojeaban la historia de su intimidad.

En la habitación no se oía más que la crepitación de su lumbre.

De pronto se sobresaltó Oliverio, como si saliese de una pesadilla.

–¡Vuestras cartas! –exclamó.

–¡Cómo! ¿Mis cartas? –preguntó Any.

–Me he podido morir sin destruirlas.

–¡Y qué me importa! –replicó Any–. ¡Ojalá que se encuentre y se lean: me importa poco!

–Es que yo no quiero –dijo Oliverio–. Levantaos, Any, abrid el cajón bajo mi papelera grande, y allí las veréis todas. Hay que sacarlas y quemarlas.

Any no se movió y permaneció encogida, como si Oliverio, le hubiera aconsejado una cobardía.

–Os lo ruego, Any –insistió Oliverio–. Si no lo hacéis vais a disgustarme y enloquecerme... Pensad que pueden caer en manos de cualquiera, de un notario, de un criado... o de vuestro marido... no quiero...

–No, es muy duro –repuso Any levantándose vacilante–; me parecería que quemaba nuestros dos corazones.

Oliverio siguió suplicando con la angustia pintada en el semblante.

Viéndolo sufrir, se resignó ella y buscó el mueble; al abrir el cajón, vio el montón de cartas, en cuyos sobres leyó las señas en dos líneas que tantas veces había escrito; sabía de memoria aquellas dos líneas que eran los nombres de un hombre y de una calle, tan de memoria, como su nombre propio o como las palabras que en la vida representan la esperanza o la dicha; Any contempló un momento aquellos cuadraditos que encerraban todo lo que había sabido decir de su amor, cuanto había podido arrancar de sí misma para dárselo a él con un poco de tinta sobre un trozo de papel.

Oliverio intentó volver la cabeza en la almohada para verla.

–Quemadlas– dijo.

Any tomó dos puñados y los contempló un momento en sus manos. Le parecía lo que iba a hacer, doloroso como la muerte de un amor. ¡Cuántas cosas había allí, dulces, sentidas y soñadas. Eran el alma de su alma, su propio corazón, la esencia de su amante ser; recordó con cuánto delirio había rasgueado algunas de ellas en los tiempos en que la poesía exaltaba la alegría de vivir, de adorar a alguien y decírselo.

–Quemadlas, Any –repitió Oliverio.

Con rápido movimiento de ambas manos lanzó al fuego los paquetes, que se esparcieron sobre los troncos... Después siguió tomando en la papelera con movimientos apresurados; bajándose y subiendo rápidamente para terminar pronto la terrible tarea. Cuando la chimenea estuvo llena, y la papelera vacía, Any permaneció en pie, viendo cómo la llama lamía con trabajo las laderas de aquella montaña de papel, atacándola por los extremos, trabajando en los rincones, subiendo, avivándose, extinguiéndose y volviendo a cobrar fuerza.

En torno de la blanca pirámide surgió de pronto una llamarada viva que llenó de luz el cuarto; aquella luz alumbraba a una mujer en pie y un hombre acostado, era su amor que ardía y se convertía en cenizas.

La condesa se volvió y a la brillante luz de aquella hoguera, vio a Oliverio en el borde del lecho, mirando anhelante.

–¿Está todo? –preguntó.

–Todo.

Antes de volver junto a Oliverio echó Any una mirada a la catástrofe, y sobre el montón de papeles medio consumidos que se retorcían y ennegrecían vio algo de color rojo y semejante a gotas de sangre. Parecían salir del corazón mismo de cada carta como de una herida, y corrían lentamente hacia la llama, dejando un rastro de púrpura.

Sintió la condesa sobrenatural espanto y retrocedió, como si hubiese visto asesinar a alguien, hasta que comprendió que lo que veía era sencillamente el lacre fundido de los sobres.

Volvió junto al herido, y levantándole cuidadosamente la cabeza, la colocó con precaución en el centro de la almohada. Pero al moverse, se habían recrudecido los dolores de Oliverio, y respiraba fatigoso, con el semblante contraído y sin apercibirse de que estuviese allí Any.

Ella esperó a que se calmase un poco y abriese los ojos, obstinadamente cerrados para decirle algo.

–¿Sufrió mucho? – preguntó al fin.

No contestó y Any se inclinó sobre él y le puso un dedo en la frente para obligarlo a mirar.

–¡Oliverio! ¿Sufrió? –repitió Any aterrada–. Decid, ¿queréis que llame? ¡Haced un esfuerzo, por Dios, y decidme algo!

Any escuchó y creyó oír que Oliverio decía:

–Traédmela... me lo habéis jurado...

Dicho lo cual se estremeció en el lecho, con el cuerpo doblado y el rostro convulso y desfigurado.

–¡Dios mío, Oliverio! –repitió Any–. ¿Qué tenéis? ¿Queréis que llame?

Esta vez oyó al herido.

–No... no es nada –contestó.

Pareció en efecto que se calmaba y sufría menos, cayendo de pronto en un estado a modo de entorpecimiento soñoliento. Creyendo que iba a dormirse volvió Any a sentarse junto al lecho, tomó otra vez la mano de Oliverio y esperó.

El herido no se movía; tenía la barbilla sobre el pecho y la boca entreabierta por la respiración, que parecía rascar en la garganta al salir. Solamente sus dedos se movían de tanto en tanto, como a pesar suyo, en ligeras sacudidas que hacían estremecer a la condesa hasta la raíz de los cabellos. No eran, como antes, las voluntarias opresiones que en defecto de los labios fatigados recordaban las tristezas todas de sus corazones, sino espasmos rápidos que traducían los dolores del cuerpo.

Any tuvo miedo, un miedo horrible, y deseo loco de huir, de pedir socorro, pero no se atrevió a moverse por no turbar el reposo del herido.

Entraba a través de las paredes el ruido lejano de los coches que cruzaban las calles, y Any escuchaba para ver si aquellos ruidos se detenían ante la puerta, angustiada hasta que llegase su marido y la arrancase de aquella tremenda entrevista.

Al tratar de separar su mano de la de Oliverio éste apretó más, lanzando un profundo suspiro, y la condesa se resignó a esperar para no disgustarlo.

Agonizó el fuego en la chimenea bajo la negra ceniza de las cartas, se extinguieron las dos bujías y crujió un mueble.

Todo parecía muerto y mudo en el apartamento, menos el gran reloj flamenco de la escalera, que musicaba horas, cuartos y medias, cantando en la noche la marcha del tiempo y modulándola con su variado timbre.

Inmóvil la condesa, sentía poco a poco penetrar en su alma incontrastable terror; la asaltaba la pesadilla, las ideas llenas de terror invadían su espíritu, y creyó percibir que los dedos de Oliverio se enfriaban entre los suyos.

¿Era cierto? No, sin duda... Pero ¿de dónde venía aquella inexplicable sensación de un contacto helado?

Se levantó, loca de terror, para mirar el rostro de Oliverio...

Estaba tranquilo, distendido, inanimado, indiferente ya a todas las miserias, lleno del reposo del eterno olvido.